

La inmigración subsahariana en la literatura española (2000-2012)

Auteur : van der Straten-Waillet, Chloé

Promoteur(s) : Ceballos Viro, Alvaro

Faculté : Faculté de Philosophie et Lettres

Diplôme : Master en langues et lettres modernes, orientation générale, à finalité approfondie

Année académique : 2019-2020

URI/URL : <http://hdl.handle.net/2268.2/10458>

Avertissement à l'attention des usagers :

Tous les documents placés en accès ouvert sur le site le site MatheO sont protégés par le droit d'auteur. Conformément aux principes énoncés par la "Budapest Open Access Initiative"(BOAI, 2002), l'utilisateur du site peut lire, télécharger, copier, transmettre, imprimer, chercher ou faire un lien vers le texte intégral de ces documents, les disséquer pour les indexer, s'en servir de données pour un logiciel, ou s'en servir à toute autre fin légale (ou prévue par la réglementation relative au droit d'auteur). Toute utilisation du document à des fins commerciales est strictement interdite.

Par ailleurs, l'utilisateur s'engage à respecter les droits moraux de l'auteur, principalement le droit à l'intégrité de l'oeuvre et le droit de paternité et ce dans toute utilisation que l'utilisateur entreprend. Ainsi, à titre d'exemple, lorsqu'il reproduira un document par extrait ou dans son intégralité, l'utilisateur citera de manière complète les sources telles que mentionnées ci-dessus. Toute utilisation non explicitement autorisée ci-avant (telle que par exemple, la modification du document ou son résumé) nécessite l'autorisation préalable et expresse des auteurs ou de leurs ayants droit.



Faculté de Philosophie et Lettres

La inmigración subsahariana en la literatura española
(2000-2012)

Mémoire présenté par Chloé van der Straten-Waillet en vue de l'obtention du diplôme de Master en langues et lettres modernes, orientation générale, à finalité approfondie

Promoteur : M. Álvaro Ceballos Viro

Année académique 2019-2020

Agradecimientos

Agradezco afectuosa y sinceramente al profesor Ceballos Viro el haber aceptado mi proyecto de tesina. Generoso con su tiempo, me ha proporcionado valiosos comentarios y me ha apoyado a lo largo de toda la fase de investigación y de redacción.

Le doy también las gracias a la profesora Tunca por sus sabios consejos en materia de bibliografía sobre poscolonialismo. De igual manera, quisiera agradecer a Michel Oris su valiosa ayuda a la hora de elegir los recursos adecuados sobre demografía.

Igualmente, he tenido la suerte de contar con las relecturas de Javier, Jesús y Sergio. Gracias a ellas, he podido profundizar todavía más en su lengua materna.

El último lugar, me gustaría señalar que la realización del presente trabajo habría sido mucho más penosa sin la presencia y el apoyo de mis amigos. ¡Desde aquí, muchas gracias!

Tabla de contenidos

Introducción.....	5
Capítulo 1. La inmigración subsahariana en España: realidad demográfica	7
1. Migraciones españolas: panorama histórico	7
2. Las migraciones subsaharianas en España	9
3. Políticas (anti-)migratorias en España.....	15
4. Consecuencias de las migraciones en los países de origen y de destino	17
Capítulo 2. La inmigración en el imaginario español y subsahariano	21
1. España y su relación mental con África	21
2. Influencia de la política y de los medios de comunicación en la opinión pública	24
3. ¿Son los españoles racistas?.....	27
4. Los subsaharianos y su relación mental con Europa.....	29
Capítulo 3. Cinco obras españolas sobre inmigrantes subsaharianos	33
1. <i>Las voces del Estrecho</i> (2000), Andrés Sorel	35
1.1 Algunas consideraciones sobre el origen de los personajes	35
1.2 Europa, religiones y tres mitos fundacionales	36
1.3 Inmigrantes víctimas e impotentes	40
1.4 Desaciertos del autor.....	42
2. <i>Al calor del día</i> (2001), Miguel Navero.....	43
2.1 Personajes inmigrantes secundarios: una imagen contrastada del proceso de integración	44
2.2 El caso de Matías: un futuro abierto	47
2.3 Actitudes de los personajes autóctonos	50
2.4 ¿Fallos en el tratamiento del tema migratorio?.....	53
3. <i>Donde mueren los ríos</i> (2006), Antonio Lozano	54
3.1 Inmigrantes en el centro de la historia.....	55
3.2 Personajes consistentes y heterogéneos.....	57
3.3 Ni simplificación, ni dicotomía: diversidad y complejidad de lo real	58
3.4 Fronteras ambiguas: una construcción humana.....	61
3.5 Inversión de lugares comunes.....	63

4. <i>Contra el viento</i> (2009), Ángeles Caso	66
4.1 Una heroína griega moderna	67
4.2 ¿Una narradora legítima?.....	68
4.3 África bárbara y Europa civilizadora	70
5. <i>19 cámaras</i> (2012), Jon Arretxe	75
5.1 Un protagonista poco convencional.....	75
5.2 Un barrio en cambio	78
5.3 El segundo narrador: la ignorancia en la omnisciencia	81
5.4 La invisibilidad de Juliet y el peligro de la investigación	83
Capítulo 4. Puesta en perspectiva y reflexión poscolonial.....	85
1. ¿Qué es una <i>nación</i> ?	86
2. Imposición de los discursos coloniales	90
3. Cuando los portavoces se convierten en <i>quitavoces</i>	95
Conclusión.....	99
Bibliografía.....	102

Introducción

La reciente crisis mundial provocada por el virus conocido como COVID-19 ha acaparado la atención de Europa en 2020 y ha ocultado otro tema de preocupación habitual: la inmigración procedente de países situados al sur del continente. Ninguna fuente oficial ha recogido datos exhaustivos sobre la situación de los migrantes durante la crisis sanitaria. La Organización Internacional para las Migraciones reconoce que el COVID-19 ha seguramente provocado la muerte de una gran cantidad de migrantes en incapacidad de respetar las normas de protección contra el virus o de ser acogidos en un centro de salud (OIM 2020). La crisis sanitaria ha entonces invisibilizado otro fenómeno mundial que, antes de 2020, acaparaba la atención de los medios de comunicación en los distintos países europeos. Uno de dichos países es España. Integró Europa unos años después de la muerte de Franco y, desde entonces, ha visto crecer con angustia su población migrante. Dentro de esa población, uno de los grupos que preocupa el país hispanico es el de los inmigrantes originarios del África Subsahariana. Los subsaharianos son personas que, por su color de piel, no pueden pasar desapercibidos en un país europeo y, a pesar de su presencia razonable en España, se han convertido, junto con los norteafricanos, en uno de los focos de atención de los medios de comunicación y de los discursos políticos.

El tema de la inmigración es mucho más presente en la prensa y los medios de comunicación que en la literatura española. Son pocos los autores de la Península Hispánica que han decidido escribir novelas sobre la inmigración y aún menos sobre la inmigración subsahariana –como las migraciones norteafricanas y suramericanas se ampliaron mucho unos diez años antes de su equivalente subsahariano, se ha escrito más sobre los dos primeros grupos–. Asimismo, los libros que se interesan por la llegada de inmigrantes subsaharianos a España son poco estudiados por la crítica literaria¹. La escasa atención del mundo académico se debe, quizá, al carácter comprometido² de tales obras que se preocupan por un problema social y político. En efecto, Benoît Denis reconoce que “dans une perception communément répandue, une littérature vertueuse ou civique, préoccupée de morale ou de règles de vie, nous

¹ Las dos novelas más estudiadas son *Las voces del Estrecho* y *Donde mueren los ríos*. Los otros libros han tenido menos repercusión en el mundo académico, hasta tal punto que no he encontrado ningún análisis de la última obra, *19 cámaras*. Los únicos críticos que haya dedicado un libro entero al análisis del tema de la inmigración en la literatura española son Mohamed Abrighach (2006) y Michelle Murray (2018).

² Me refiero aquí a la literatura comprometida siguiendo una acepción bastante amplia que “accueille sous sa bannière une série d’écrivains, qui [...] se sont préoccupés de la vie et de l’organisation de la Cité, se sont faits les défenseurs de valeurs universelles telles que la justice et la liberté et ont, de ce fait, souvent pris le risque de s’opposer par l’écriture aux pouvoirs en place” (Denis 2000: 17).

semblera toujours en deçà de la «haute» littérature” (2000: 33). Como lo explicaré en el momento adecuado, tales obras no tienen en realidad nada que envidiar a los libros alejados de las preocupaciones políticas de su momento. Dado que el objetivo del presente trabajo es adentrarse en la relación entre literatura española y inmigración subsahariana, he elegido centrarme en las cinco novelas –uno de los géneros literarios que mejor se prestan a la toma de posición del autor (Denis 2000: 83-84)– que tratan de este tema publicadas más o menos en los primeros diez años del siglo XXI, es decir, durante los años de reforma de la Ley de Extranjería. La concordancia temporal entre la actividad política y la literaria permite entrever algunos debates vigentes en la época. La primera novela es la que ha tenido mayor resonancia académica: se trata de *Las voces del Estrecho* (2000) de Andrés Sorel. *Al calor del día* (2001) de Miguel Naveros la sigue de sólo un año. El libro que quizá mejor trata del tema de la migración es *Donde mueren los ríos* (2006) de Antonio Lozano, un autor también africanista. La única mujer del corpus estudiado es Ángeles Caso, escritora de *Contra el viento* (2009) que publica su novela el mismo año que la última reforma de la Ley de Extranjería. Tres años después, sale *19 cámaras* (2012) de Jon Arretxe, el primero de una serie de cinco novelas negras.

Para poder analizar esas obras objetivamente, hace falta un conocimiento factual de la realidad migratoria de España. Por eso, el primer capítulo del presente trabajo propone un análisis demográfico de la proporción que representa el grupo inmigrante dentro de la sociedad española, de su composición –con una atención especial para el grupo subsahariano–, de la política migratoria española y del impacto en las sociedades de origen y de acogida. El segundo capítulo se centra más bien en la relación mental que los españoles y los subsaharianos entretienen los unos con los otros. Estudia por qué los primeros no ven de un buen ojo la llegada de extranjeros y por qué los segundos están dispuestos a tomar riesgos enormes para llegar a Europa, así como el impacto de los discursos mediáticos y políticos. El tercer capítulo constituye el centro del trabajo, en vista de que se trata de un análisis individual y profundizado de cada uno de los libros. Se presta una atención particular a los narradores elegidos y a las técnicas empleadas por los autores para desmontar las ideas recibidas europeas sobre la inmigración subsahariana. Desemboca en un cuarto y último capítulo cuyos objetivos son poner en relación los tres primeros capítulos tras un análisis comparativo e introducir cuestionamientos poscoloniales para desvelar los problemas conceptuales e ideológicos todavía presentes en esos libros sin embargo dedicados a la defensa de los inmigrantes subsaharianos. Se trata entonces bien de un análisis literario, pero las treinta primeras páginas están dedicadas a una contextualización demográfica y sociológica.

Capítulo 1

La inmigración subsahariana en España: realidad demográfica

1. Migraciones españolas: panorama histórico

Como lo subraya María Elena Álvarez Acosta, las migraciones hacia España son más recientes que en el resto de Europa occidental (2011: 255). El análisis de la Asociación Comisión Católica Española de Migraciones (ACCEM) destaca tres etapas en las migraciones hacia España: antes de 1985, entre 1986 y 1999 y de 1999 a su fecha de publicación, es decir, en 2007. En la primera etapa, el conjunto de inmigrantes sólo representaba el 0,5% de la población española. Se componía de un 65% de europeos –mayoritariamente jubilados– y de un 18% de latinoamericanos –sobre todo exiliados políticos–. En 1980, año en el que se tomaron esos datos, los inmigrantes africanos solamente representaban un 2,5% de la inmigración total en España (Antonio Izquierdo Escribano 1996: 213). La segunda etapa concuerda con la democratización del país y su entrada en la Unión europea en 1986. Empezaron a llegar en mayor cantidad inmigrantes de África (sobre todo Marruecos), Europa del Este y Asia. Entonces, el tipo de extranjeros se diversificó: aparecieron nuevas religiones y culturas, se distinguió más fácilmente a los nuevos inmigrantes del resto de la población por su apariencia física y apareció una demanda de reagrupación familiar. Según las cifras del Instituto Nacional de Estadística (INE), en 1999, las personas nacidas en el extranjero representaban un 3,13% de la población total española. La tercera etapa asistió a un gran crecimiento de la inmigración. Siguieron viniendo personas de los grupos anteriores, pero se añadió otro grupo: el de los subsaharianos. Ya estaban presentes en el territorio español antes, sobre todo gambianos y guineoecuatoriales, pero empezaron a llegar en mayor cantidad y desde orígenes más diversos a partir del año 2000. Es en ese periodo, todavía según el ACCEM, que la inmigración se volvió un problema social. Los cambios a los que los españoles asistían, así como los medios de comunicación y los debates políticos los empujaron a ver la inmigración como algo contra él que había que luchar, como un peligro para el Estado del bienestar (ACCEM 2007).

Las reacciones de rechazo a la inmigración que empezaron a surgir en la segunda etapa y tomaron fuerza en la tercera son fuertemente criticadas por los expertos de las migraciones que recuerdan que, antes de ser un país de inmigración, España era un país de emigración. Ya

a partir de los años 1880 empezó un proceso de emigración española. Durante varias décadas, los españoles se fueron a América Latina, sobre todo Argentina. Luego, a mediados del siglo XX, cambiaron su lugar de destino por Europa. Los países del norte del continente necesitaban mano de obra para reconstruirse después de las dos guerras mundiales. Los inmigrantes españoles eran entonces bienvenidos y muchos jóvenes fueron a trabajar a Francia o Inglaterra. Esas migraciones tuvieron que cesar con la crisis del petróleo pero, entre tanto, en veinte años (entre 1950 y 1970) habían emigrado 2,5 millones de españoles al resto de Europa (ACCEM 2002). Goytisolo y Naïr recuerdan que la mayoría de esos migrantes sufría discriminaciones por la población local y tenía que hacer trabajos inestables, indeseados y mal pagados (2000: 188-191). Sin embargo, los españoles actuales parecen haber olvidado esa parte de su pasado y reproducen los mismos esquemas con los inmigrantes africanos.

En realidad, la creciente atención hacia la inmigración ya había empezado antes del siglo XXI, sobre todo la atención hacia la frontera sur del país. Las migraciones africanas son las que despertaron mayor inquietud a lo largo de los años, primero con la llegada de los africanos del norte y luego con la de los subsaharianos. Queda claro que los datos sobre África están fuertemente influenciados por Marruecos. Según los datos provisionales del INE, en 2019, vivían 1 220 264 personas originarias del continente africano en España, un país con una población total de 47 026 208 personas (Tabla 1). Estas cifras toman en cuenta a los inmigrantes que obtuvieron la nacionalidad española y a los que todavía están considerados como extranjeros. Dentro de esos 1 220 264 inmigrantes, 951 095 vienen del norte de África, lo que representa un 78% de los inmigrantes originarios de ese continente. Los marroquíes son los que dominan ese grupo de norteafricanos, en vista de que representan casi un 72% del total de inmigrantes africanos residentes en España. El crecimiento espectacular de la inmigración marroquí ocurrió entre 1991 y 1998 (Juan A. Cebrián, María Isabel Bodega y Ana M. López-Sala 2000: 439), lo que también pudo preocupar a los nativos españoles. Por estas razones, la opinión pública española se fijó mucho en la presencia magrebí en su territorio y en la llegada, un poco más tardía, de subsaharianos.

El grupo de los subsaharianos empezó a crecer, por su parte, a partir del principio de los años 2000. Como lo recuerda Ildefonso Sena Rodríguez, hubo una explosión de las entradas en pateras por subsaharianos en el propio año 2000 (2004: 20). Ese mismo año, el 16,87% de los inmigrantes originarios de África eran subsaharianos; por contraste, en 2019, representaban el 22,06% de la inmigración africana total (INE 2020). Si la diferencia parece bastante escasa es porque la inmigración africana total también aumentó mucho entre esos años: creció un 395%. La migración subsahariana jugó un gran papel en este crecimiento. Mientras que la inmigración

originaria de los países de África del Norte aumentó un 371%, la del África subsahariana creció un 517%. Estas son las cifras que los medios de comunicación le ofrecen al público. Sin embargo, hay que matizarlas mucho. A pesar del fuerte aumento de la inmigración del Sur del Sáhara, los subsaharianos representan sólo un 3,99% de la inmigración total en España, país donde 6 753 098 de sus habitantes nacieron en el extranjero. La inmigración total nunca ha parado de crecer y los europeos y los latinoamericanos siguen siendo los grupos de extranjeros más consecuentes en la península hispánica, con, respectivamente, 2 174 870 y 2 213 021 de inmigrantes en el territorio español. Pero la llegada de los subsaharianos hace a veces más ruido que la de los otros.

Tabla 1: Los extranjeros en España. Evolución 2000-2019, por origen

	2000	2019	2000	2019
	Cifras brutas		Cifras relativas	
Población total en España	40 499 791	47 026 208	100%	100%
- Nacidos en España	39 027 333	40 273 110	96,36%	85,64%
- Nacidos en el extranjero	1 472 458	6 753 098	3,64%	14,36%
Población nacida en el extranjero	1 472 458	6 753 098	100%	100%
- Países europeos	676 640	2 174 870	45,95%	32,21%
- Países africanos <i>dentro de los cuales,</i>	308 626	1 220 264	20,96%	18,07%
• <i>países subsaharianos</i>	52 052	269 169	3,54%	3,99%
• <i>Marruecos</i>	236 517	874 902	16,06%	12,96%
- Otros países	487 189	3 357 964	33,09%	49,73%
Población nacida en África	308 626	1 220 264	100%	100%
- Países subsaharianos	52 052	269 169	16,87%	22,06%
- Países norteafricanos	256 574	951 095	83,13%	77,94%
• <i>Entre los cuales, Marruecos</i>	236 517	874 902	76,64%	71,70%

Fuente: INE. Población (españoles/extranjeros) por País de Nacimiento

2. Las migraciones subsaharianas en España

Dentro del grupo de los subsaharianos, los inmigrantes más presentes son, además de los originarios de Guinea Ecuatorial, los que provienen de África occidental. Esta zona está compuesta por los países siguientes: Benín, Burkina Faso, Cabo Verde, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Guinea-Bisáu, Liberia, Malí, Níger, Nigeria, Senegal, Sierra Leona, Togo y Mauritania. Hasta el final de los años 1990, Gambia y Guinea Ecuatorial, antigua colonia, eran los dos países subsaharianos que enviaban el mayor número de inmigrantes a España. Sin embargo, ya en el año 2000 las tendencias empezaron a cambiar. Inmigrantes gambianos y guineoecuatorialistas seguían llegando –todavía representaban respectivamente el 10,01% y el 20, 83% de la inmigración subsahariana– pero ya no eran casi los únicos subsaharianos. Creció repentinamente el número de inmigrantes senegaleses y nigerianos que,

en sólo cinco años (entre 2000 y 2005), sobrepasaron en cantidad a los inmigrantes gambianos y guineoecuatoriales. Así, en 2010, esos últimos pasaron a ser sólo la cuarta y la quinta nacionalidades subsaharianas en España. Las nacionalidades más representadas eran la senegalesa (25,67%), la nigeriana (18,30%) y la malí (10,04%)³.

En este trabajo, se considerará a los subsaharianos como grupo, salvo si hace falta hacer distinciones entre las diferentes nacionalidades presentes en el territorio español. Al menos será más fácil para tener una idea de esta inmigración, en vista de que la mayoría de los que analizan las migraciones los consideran como un sólo grupo. Así, se pueden ver tendencias generales de la inmigración subsahariana gracias a *Voces de inmigrantes*, un informe de Tomás Calvo Buezas basado en un cuestionario con “temas y preguntas concretas” (2018: 25). La primera información proporcionada sobre África subsahariana es que “las personas procedentes del África subsahariana son las que tuvieron mayor choque cultural durante su primera acomodación y asentamiento en España” (2018: 87). Uno de los mayores problemas que encontraron fue el no conocimiento del idioma castellano (55,2% de los encuestados lo identificaron como un problema), seguido por las dificultades en el trabajo (11,7%). En efecto, identifican como uno de “*los principales* problemas a los que se han enfrentado durante su migración y estancia en España [...] los trabajos precarios y las malas condiciones laborales” (2018: 93, énfasis en el original), así como la dificultad para acceder a la atención médica. Fueron también, con los magrebíes, unas de las principales víctimas durante la crisis económica, puesto que el 26,3 % de ellos se quedaron en paro más de dos años. Los problemas laborales que encuentran se relacionan con sus experiencias del racismo y de la xenofobia. En el informe de Calvo Buezas, todos los grupos de inmigrantes (subsaharianos, latinoamericanos, asiáticos, europeos y magrebíes) afirman haber sufrido experiencias de racismo y de xenofobia sin consecuencias alguna vez. Sin embargo, el grupo de los subsaharianos se distingue de los otros porque el 20,4% de los encuestados dice haber sufrido casos graves. Se enfrentan con esas experiencias sobre todo en la búsqueda de empleo (41,1%) y en los lugares de ocio (19%). Finalmente, también es importante subrayar que sólo un 20,9% de los encuestados subsaharianos han traído a la familia a España, una cifra que los otros grupos exceden de casi un 20%. Los inmigrantes subsaharianos en España son, entonces, en su mayoría, individuos más o menos aislados en el país de acogida.

El reagrupamiento familiar es un tema que se asocia a menudo con las mujeres. Ellas son o bien olvidadas en los estudios, o bien reducidas a su relación con los hombres (Carmen

³ Utilizo las cifras de 2000 y 2010 porque es en ese periodo que fueron publicados los libros que voy a analizar.

Castilla-Vázquez 2017: 152). Decir que las mujeres que emigran lo hacen sólo para reunirse con su marido, hermano o hijo ya instalado en el país de destino es una visión bastante reductora. El estudio de Castilla-Vázquez incluso contradice esta idea. Explica que las mujeres son cada vez más las iniciadoras de la migración familiar, las que emigran primero para después hacer entrar en el país europeo a su familia (2017: 156). También destaca varias causas de migración, además de la supervivencia de la familia. Esas causas pueden ser las mismas que las que empujan a los hombres a emigrar, como la huida de una situación de guerra por ejemplo, o razones que se relacionan con problemas que atañen al género. Así, la migración puede ser, aunque no sea una generalidad, una manera de salir de situaciones donde las mujeres están oprimidas, humilladas o esclavizadas (2017: 147). Otro problema que participa en la invisibilidad de las inmigrantes y de su individualidad es la homogeneización por estereotipos a partir de las mujeres marroquíes. Ellas son las más presentes en España y, de ahí, “las más visibles en el imaginario colectivo”. La imagen que se hace de la inmigrante marroquí, como mujer “casada, reagrupada, fiel a una cultura percibida como estática, portadora de símbolos externos como el velo o la chilaba y caracterizadas como analfabetas, sumisas, dependientes y recluidas en el ámbito doméstico”, abarca al resto de las africanas (2017: 149). Además de ser reductora para las marroquíes, esta imagen es demasiado globalizadora: da características asociadas con las mujeres de un país a las de todo un continente.

La inmigración femenina subsahariana a España ilustra bien que no se pueden homogeneizar las pautas de la trayectoria migratoria. Lo que se destaca, sobre todo, es que tal inmigración se hace de manera bastante autónoma. Significa que las subsaharianas que deciden irse de su país lo hacen de manera individual, sin relacionar su empresa con un hombre de su familia que ya habría emigrado. En su estudio de los migrantes senegaleses en Francia, Italia y España, Amparo González-Ferrer y Elisabeth Kraus hablan de “corrientes migratorias femeninas paralelas a las masculinas, pero autónomas” (2012: 4) para explicar dos datos: la llegada temprana de mujeres senegalesas –que “llegaron «tan pronto» como los hombres a España” (2012: 3)– y la discrepancia entre los orígenes de los dos sexos –la mayoría de las mujeres provienen de Dakar, por contraste con los hombres que vienen de una variedad de ciudades–. Las migraciones femeninas subsaharianas serían más bien individuales y autónomas. Este dato parece confirmar la escasez del fenómeno de la reagrupación familiar subrayada por Calvo Buezas, lo que marca una ruptura entre las trayectorias migratorias de las subsaharianas y de las marroquíes. Hay que añadir que, como África subsahariana se extiende en un territorio mucho más grande que el de Marruecos, la repartición geográfica de la emigración femenina varía más que en el país magrebí. El porcentaje de mujeres que emigra

cambia mucho de un país a otro, como lo ilustra la Tabla 2. Se pueden destacar tres tipos de países: los países que envían muchos más hombres que mujeres (se trata de la mayoría de los países, con Ghana, Senegal y Malí, cuyas emigrantes representan menos del 20% de la emigración total, a la cabeza), los que logran cierto equilibrio entre los dos sexos (como es el caso de Angola y Etiopía) y los que envían más mujeres que hombres (Cabo Verde, Guinea Ecuatorial y Kenia).

Tabla 2: Mujeres africanas inmigrantes en España en 2010, por origen geográfico

Área geográfica	Inmigrantes (n)	Mujeres (n)	Mujeres (%)
África	1 059 369	385 540	36,39%
África del Norte	817 942	319 288	39,04%
África subsahariana	241 427	66 252	27,44%
Angola	2 183	962	44,07%
Benín	378	104	27,51%
Burkina Faso	1 131	272	24,05%
Cabo Verde	3 428	1 945	56,74%
Camerún	5 919	2 185	36,92%
Congo	2 240	834	37,23%
Costa de Marfil	2 969	654	22,03%
Etiopía	980	476	48,57%
Gambia	22 168	5 233	23,61%
Ghana	15 692	2 693	17,16%
Guinea	12 553	3 566	28,41%
Guinea Ecuatorial	15 595	9 869	63,28%
Guinea-Bissau	5 875	1 307	22,25%
Kenia	873	646	74,00%
Liberia	492	113	22,97%
Mali	24 228	2 116	8,73%
Mauritania	11 803	2 434	20,62%
Nigeria	44 176	17 462	39,53%
RDCongo	1 255	486	38,73%
Senegal	61 970	10 740	17,33%
Sierra Leona	962	283	29,42%
Sudáfrica	875	360	41,14%
Togo	446	120	26,91%
Otros países ⁴	3 236	1 392	43,02%

Fuente: INE. Población (españoles/extranjeros) por país de nacimiento (URL: <https://www.ine.es/jaxi/Datos.htm?path=/t20/e245/p08/10/&file=02005.px#!tabs-tabla> [Consulta: 21/01/2020]). Cálculo personal a partir de los datos brutos extraídos de esa página.

Otro aspecto de la inmigración en el que se detienen algunos críticos es el viaje mismo. Por una parte, varios autores, como Pablo Blanco y Álvarez Acosta, insisten en el hecho de que hay muchas más migraciones dentro del continente africano mismo que hacia Europa. El primero explica que “los que intentan migrar generalmente están incurriendo en una práctica

⁴ Salvo Argelia, Egipto, Marruecos y Túnez.

repetitiva, lo han intentado varias veces” (2011: 523) o están involucrados en un proceso de migración progresiva, “en la que la persona se desplaza constantemente por el interior de los países africanos y eventualmente a Europa” (2011: 524). En otras palabras, Europa no es, muchas veces, la primera opción elegida, sino que los migrantes intentan primero instalarse en otros países africanos hasta que, empujados por la necesidad y las tensiones en el continente en general, decidan subir a Europa. Por otra parte, no hay una única manera de entrar en el territorio de la Unión Europea, sino una gran variedad que se adapta a los varios intentos del gobierno español de impedir la inmigración irregular. Según Miguel Hernando de Larramendi y Fernando Bravo, la mayoría de los inmigrantes africanos entran de manera regular, “con visados de estancia o residencia”, y sólo “luego permanecen en España de forma irregular” (2005: 210). Esto es una de las grandes razones por las que el aumento de la seguridad en la frontera sur no funciona. A pesar de su trágica fama provocada por los regulares naufragios que tal tipo de pasaje provoca, las pateras no son el medio más utilizado para llegar a la Península o a las Islas españolas. En un estudio centrado en Cádiz, Vicente Gozávez Pérez destaca otros tres sistemas para llegar a esa provincia: en barcos de pesca españoles, en los “vehículos transportados en los ferrys” o como polizones (1996: 16). A esos métodos, Sena Rodríguez añade las entradas de inmigrantes escondidos en camiones y furgonetas y las entradas en hidropedales y balsas neumáticas (2004: 22). Las maneras de pasar la frontera son variadas y, en muchos casos, también peligrosas pero raras veces resultan en catástrofes de la misma amplitud que las vistas en el Estrecho con las pateras.

Como se acaba de demostrar, las pateras no son el medio más utilizado para llegar a España. Sin embargo, la pequeña porción de migrantes que intenta hacer la travesía con ese medio se expone a grandes riesgos, cuyos resultados trágicos son a menudo expuestos en los medios de comunicación. El hecho de que cierta cantidad de africanos intente pasar al continente en pateras a pesar de los riesgos plantea la pregunta de los motivos de la migración. Como subraya irónicamente Antonio Falco en una entrevista con Blanco, los migrantes quieren “escapa[r] de la muerte, pero están dispuestos a morir” (2011: 532). ¿De qué están escapando para estar dispuestos a ahogarse? No hay una respuesta única y fija porque las razones de emigrar son múltiples, tanto personales como estructurales, difieren de una persona a otra e incluso pueden ser inconscientes. No obstante, Mehdi Lahlou logran destacar cuatro grandes fenómenos que convierten África en un país expulsor: el fuerte crecimiento demográfico, la pobreza⁵, la escasez cada vez mayor de los recursos naturales y los conflictos y guerras (2002:

⁵ Según Cebrián y Bihina, diecinueve de los veintidós países más pobres del mundo son africanos (1998: 147).

1-2). Según ellos, los problemas estructurales del continente intensifican cada uno de esos problemas y empeoran la situación en África. Como ya se ha explicado, los subsaharianos intentan primero desplazarse a otro país africano para mejorar su situación. No obstante, como lo explica Álvarez Acosta en su artículo de 2011, empeoran la situación del país al que van, dañando el ecosistema con su llegada masiva y aumentando las tensiones sociales. Esas migraciones intracontinentales provocan otras migraciones cada vez más al norte, hasta que algunos se deciden por cruzar la frontera europea. La globalización ha aumentado el número de migrantes. Provoca grandes desigualdades en el mundo pero, al mismo tiempo, ayuda al desarrollo del movimiento de personas y difunde la ideología del *self-made man*. En ese contexto, las personas en dificultad financiera se ven animadas a darse la posibilidad de buscar una vida mejor, lo que, en algunos países, sólo es posible tras emigrar. Además, todavía gracias a la globalización, los productos de consumo como la radio o la televisión se han democratizado y se han difundido en el mundo, incluso en sus partes más pobres. A través de esos medios de comunicación, los habitantes de los países africanos se hacen una idea muy idealizada de Europa como un continente próspero, igualitario y justo. Todas esas razones se combinan y empujan a emigrar a los subsaharianos que tienen los recursos suficientes.

Los que deciden ir a Europa no siempre pueden elegir el país a donde van a inmigrar. Puede depender de las redes mafiosas que los hacen pasar la frontera, de las personas que ya conocen en Europa y de la facilidad de acceso del país. A veces también quieren llegar a un país, pero se encuentran bloqueados en otro, como es el caso de ciertos senegaleses que quieren llegar a Francia pero que no logran salir de España durante años, como lo explica Odden (2010: 98). Desde los años 1990, además de ser un país de tránsito, España se ha convertido en un verdadero país receptor que tiene que acoger a un mayor número de inmigrantes permanentes. Dentro de los motivos de atracción a Europa, Cebrián y Bihina destacan el alto nivel de vida, la fuerte demanda de mano de obra en trabajos que los nativos no quieren ocupar, la presencia de otras personas de la misma nacionalidad que la de los inmigrantes y los lazos históricos (1998: 144). En el caso de España, su proximidad geográfica con África transforma el país en el lugar europeo de más fácil acceso. Además, en su informe de 2018, Calvo Buezas preguntó a los inmigrantes cuáles eran sus motivos principales para emigrar a España. Más de la mitad de los inmigrantes citaron las razones económicas, 17,2% de ellos afirmaron que habían venido por “Educación e Hijos”, 11% para conocer el mundo y 13,2% por otras razones (“como pueden ser motivos familiares, casarse o motivos de salud u otros” explica el autor [2018: 33]).

3. Políticas (anti-)migratorias en España

La Unión Europea se dio cuenta bastante temprano de que España era uno de sus puntos débiles en materia de inmigración ilegal e intentó transformar ese país en el guarda de sus fronteras. Goytisolo y Nair estimaban en 2000 que “20.000 personas atrav[esaban] anual e ilegalmente la frontera sur” (2000: 57). Y desde la publicación de *El peaje de la vida*, la cantidad de inmigrantes ha ido creciendo. España empezó a implementar leyes sobre la inmigración antes de su entrada en la Unión Europea y no dejó de cambiar esas leyes –con una tendencia a restringir los derechos de los inmigrantes en vez de extenderlos–. Existen en España varios tipos de leyes que atañen a la inmigración: Ley de Ciudadanía, Ley de Asilo, y Ley de Extranjería. La Ley de Ciudadanía fue la primera que vio la luz. Fue publicada en 1982 y declara que la ciudadanía española se obtiene o bien por *ius sanguinis*, o bien después de diez años de residencia en el país. Esta ley fue modificada varias veces, la última vez en 2015. En 1984, España estableció el derecho de asilo por primera vez para los perseguidos políticos e ideológicos. Se introdujo el estatuto de refugiado en 1995. Por el momento, España está bajo el régimen de la Ley 12/2009, la última reforma de la Ley de Asilo de 1984. La última Ley es la más importante, en vista de que establece los Derechos y Libertades de los Extranjeros. España publicó el primer esbozo de la Ley de Extranjería en 1985, antes de entrar en la Unión Europea, pero necesitó quince años para reformarla. Esta reforma desembocó en la Ley Orgánica 4/2000, una mejora de la primera Ley. Al mismo tiempo que se publicaban esas leyes, se crearon organismos para observar la inmigración y sus consecuencias, así como para ayudar a los inmigrantes extranjeros. Así, por ejemplo, se creó en 1994 el Forum para la Integración Social de los Inmigrantes y en 2000 el Observatorio español del Racismo y la Xenofobia, cuyas funciones fueron redefinidas en 2017 por el Decreto Real 703/2017 (European Commission 2019).

A pesar de las incesantes reformas y revisiones de las leyes que atañen a la inmigración, éstas todavía no hacen la unanimidad, especialmente por su tendencia a ir restringiendo los derechos de los inmigrantes. Ya en 2005 Hernando de Larramendi y Bravo explicaban que la primera Ley de Derechos y Libertades de los Extranjeros “reconocía un corpus de derechos muy amplio (incluso a los inmigrantes en situación irregular)”, pero que sus modificaciones⁶ redujeron esos derechos (2005: 210). En realidad, además de ser un intento de poner todos los partidos españoles de acuerdo sobre la legislación migratoria, la Ley de Extranjería tuvo que

⁶ No se refiere a la reforma de 2009 visto que su artículo fue publicado en 2005.

conformarse con la legislación europea, que es bastante restrictiva. Como lo subrayan Goytisolo y Nair, los acuerdos de Schengen mismos muestran la posición defensiva de Europa (2000: 59). Tras establecer un mercado común dentro de la Unión, excluyen todo lo que no es europeo –o quizá occidental–. Cuando Goytisolo y Nair publicaron *El peaje de la vida*, los políticos españoles estaban ya muy preocupados por cerrar la frontera sur del país. A lo largo de los años 2000, intentaron establecer acuerdos bilaterales con varios países africanos para que éstos redujeran la cantidad de inmigrantes. También intentaron obtener acuerdos de readmisión con los países subsaharianos para poder *devolver* a los inmigrantes considerados como ilegales a su país de origen. No obstante, pocos países subsaharianos aceptaron, como lo subraya Teresa Fajardo de Castillo en 2006 (925). Eso explica que el convenio de repatriación sea problemático para los subsaharianos. Sena Rodríguez explica que es muy difícil “devolver” a los subsaharianos por su falta de documentación, la dificultad para determinar de qué país vienen y, de todas formas, la negación de los países de origen a reconocerlos como ciudadanos suyos (2004: 21). Durante años, España intentó enviar a los sin papeles subsaharianos a Marruecos bajo el pretexto de que pasaron por allí para entrar en Europa, pero ese tipo de solución no hizo más que aumentar las tensiones sociales dentro de Marruecos, lo que podría provocar nuevas migraciones. Así, por una parte, el control de las fronteras no logra impedir la entrada de inmigrantes sin permisos de trabajo o de residencia y, por otra parte, es muy difícil hacer salir a los inmigrantes subsaharianos que ya están en el territorio español.

La mayoría de los autores –como Izquierdo Escribano, Blanco o Hernando de Larramendi y Bravo, para sólo citar a algunos– concuerdan en decir que el aumento de las medidas de control de la inmigración contribuyó al aumento de la irregularidad. Hernando de Larramendi y Bravo lo explican por tres factores. El primero es que impedir la entrada a España de los inmigrantes que llegan por el mar Mediterráneo sólo cubre una pequeña parte de la inmigración ilegal ya que, como se ha explicado más arriba, muchos africanos (tanto subsaharianos como del Norte de África) llegan como inmigrantes legales –con un visado de turista o de residencia– y sobrepasan la fecha de validez de ese documento, convirtiéndose en residentes sin papeles. El segundo factor se relaciona con el mercado español. El contingente de inmigrantes autorizados previsto por las autoridades españolas es demasiado reducido, lo que empuja a los empresarios a contratar a inmigrantes considerados como ilegales para llenar ese vacío. Es quizá el factor más importante, puesto que mientras haya trabajo en España los extranjeros no pararán de emigrar en busca de mejores condiciones de vida. El último factor es, en realidad, una cuestión de lógica: si se regulariza a menos extranjeros, habrá más inmigrantes irregulares (2005: 210). Cebrián, Bodega y López-Sala subrayan la gran tasa de irregularidad

que hay entre los subsaharianos (2000: 448) y Goytisolo y Naïr la inestabilidad de sus permisos de trabajo (2000: 118-119). La falta de regularización les vuelve *débiles*. Trabajan en la economía sumergida, no se atreven a ir a ver a la policía en caso de abusos, no van al hospital cuando están enfermos y no se benefician de seguridad social. Esta falta de regularización se explica en gran parte por la política migratoria restrictiva en cuanto a los extranjeros de países terceros, según Izquierdo Escribano (1996: 73). Así, sólo un 23,04% de los inmigrantes de origen africano obtuvieron la nacionalidad española contra un 53,26% para los suramericanos, lo que se puede explicar por el hecho de que estos últimos necesitan menos años de residencia en el territorio español para obtener la nacionalidad (Izquierdo Escribano 1996: 69). El país de origen determina las posibilidades de ser regularizado o, mejor, nacionalizado. Por ser originarios de países considerados como terceros, se les presta mucha atención y mucha energía a los inmigrantes subsaharianos aunque, como he subrayado al principio de este trabajo, en realidad la inmigración subsahariana tiene poca importancia en comparación con el conjunto de los inmigrantes en España (los subsaharianos representan un 3,99% de ellos).

4. Consecuencias de las migraciones en los países de origen y de destino

Los subsaharianos forman parte del grupo de los “*inmigrantes malditos*”, de los indeseables, en los términos empleados por Goytisolo y Naïr, mientras que los inmigrantes occidentales entran en el grupo de los inmigrantes “*ganga*”, los bienvenidos (2000: 132). Sin embargo, al contrario de lo que se podría pensar, no son necesariamente los subsaharianos más pobres de África los que emigran a Europa. Blanco incluso afirma que hay una escasa relación entre pobreza y migración (2011: 539). O bien el migrante tiene el dinero y la formación suficientes para obtener un visado y viajar legalmente; o bien no entra en las condiciones necesarias para el visado, pero tiene bastante dinero como para pagar el viaje. Éste se hace generalmente en varias etapas⁷, lo que también necesita bastante dinero (García Benito 2004: 52). Según una encuesta publicada en el trabajo de Claire Escoffier y Mehdi Lahlou, un viaje por vía terrestre puede durar hasta tres años. Muchas veces, los migrantes se paran en una ciudad en su trayecto para trabajar ahí unos meses y acumular dinero para el resto del viaje, sobre todo para la travesía. Si la hacen en patera, cuesta (o al menos costaba en el año 2002) entre 1 000 y

⁷ De la ciudad de origen al punto en el que va a cruzar el mar, de ese punto hasta el puerto de llegada en España y, a veces, de la ciudad de llegada a una ciudad más remota de la península.

1 200 dólares (2002: 32). Todavía según esta encuesta, generalmente familias y vecinos se movilizan para enviar a los “mejores elementos” del pueblo a Europa, a “los que tienen más probabilidades de triunfar para que la inversión realizada sobre la persona sea «rentable»” (2002: 22). En otras palabras, los extranjeros que logran emigrar son personas capaces de trabajar, de ahorrar dinero y que pueden ser útiles a la sociedad española.

Fajardo del Castillo explica que los países de origen de la inmigración criticaron mucho las medidas de selección de trabajadores tomadas en la Conferencia de Rabat⁸ por propiciar la fuga de cerebros, es decir, la emigración de las personas mejor formadas de esos países (2006: 924). Ese fenómeno debilita el desarrollo de los países de origen que invierten dinero en la formación intelectual de personas que se irán después a un país europeo en vez de contribuir a la mejora económica y política de su país. Según Fajardo del Castillo, la Conferencia de Rabat desembocó en acuerdos en los que “la migración se trata como una manifestación más de la movilidad de los factores de producción” (2006: 937). Así, el inmigrante, “mano de obra pobre, perchera y manipulable a voluntad” (Goytisolo y Nair 2000: 122), se vuelve una mercancía más del mercado europeo. Los países de origen de los inmigrantes no sólo pierden la parte más beneficiosa de su población, sino que casi no ganan nada como contrapartida. Europa argumentó en la Conferencia de Rabat que los inmigrantes enviaban remesas a su familia en el país de origen, lo que constituye un aporte en la economía local. No es totalmente erróneo pero, por una parte, no todos los inmigrantes envían remesas y, por otra parte, las remesas que llegan son utilizadas por la familia del inmigrante para subvenir a sus necesidades directas y no son invertidas en el desarrollo del país. Las remesas pueden ayudar a los países de origen pero no deberían reemplazar proyectos más amplios de desarrollo financiados por los países de destino.

Si la emigración de una parte de los habitantes de África es dañina para el continente, no es el caso para el lugar de destino, Europa. Es también lo que sostiene Álvarez Acosta cuando insiste en el hecho de que el codesarrollo, objetivo de la mayoría de los acuerdos tomados por el momento entre los países de origen y de destino, beneficia al Norte (2011: 265). La inmigración africana en España tiene efectos positivos en al menos dos aspectos: la demografía y la economía. Se observa, desde algunas décadas, un envejecimiento de la población occidental en general. Por ejemplo, según Goytisolo y Nair, los estudios prevén que, en 2050, España será el país más viejo del mundo (2000: 149). Con la mejora de las condiciones de vida, la esperanza de vida se ha alargado muchísimo, lo que aumenta el número de ancianos en las sociedades

⁸ Conferencia que reunió en julio de 2006 a “47 de los países de origen, tránsito y destino de las rutas migratorias [...] para crear una asociación que dé soluciones al problema de la inmigración irregular” (Fajardo del Castillo 2006: 914). Fue la primera base de los varios acuerdos de codesarrollo que se fueron estableciendo después.

calificadas de *desarrolladas*. De manera paralela, el número de nacimientos disminuyó drásticamente en sólo un siglo. Los dos fenómenos combinados desembocan en la reducción del contingente laboral de los países europeos. Cada vez menos trabajadores tienen que sostener a una cantidad cada vez mayor de jubilados. Esta tendencia está conduciendo a Europa hacia una situación económica insostenible. La llegada de inmigrantes jóvenes puede ayudar a aliviar la economía: representan a la vez una nueva fuerza de trabajo y una nueva fuerza procreadora. La necesidad de trabajadores jóvenes está ligada con el segundo aspecto positivo de la inmigración para España, el aspecto económico. Tanto los inmigrantes regularizados como los no regularizados participan en la economía del país. Como lo dicen Cebrián y Bihina, ambos participan en el sistema de producción y en el desarrollo de la economía (1998: 158). Mientras que los trabajadores regularizados se integran en el mercado laboral como todos los nativos, pagando sus impuestos y la seguridad social, los que no han obtenido los papeles de legalización se presentan como una mano de obra barata y fácil de manipular que se adapta muy bien a las demandas del mercado. Muchos vienen a cumplir los trabajos indeseados por los españoles, sobre todo en la agricultura y en la construcción, por lo que atañe a los hombres, y como trabajadoras en los hogares para las mujeres (Goytisolo y Naïr 2000). Varios autores, entre los cuales están Goytisolo y Naïr, demuestran que los inmigrantes no son la causa del paro español. Este paro viene de los problemas estructurales de la sociedad y sus primeras víctimas son, en cambio, los subsaharianos, como lo muestra el informe de Calvo Buezas (2018: 93). En palabras de Izquierdo Escribano, los inmigrantes de los países terceros son más bien los “amortiguador[es] de la crisis” (1996: 81), los primeros que pierden sus empleos a favor de españoles. Como los inmigrantes (al menos los no regularizados) sirven para llenar los vacíos dejados por la población española en el mercado laboral, cuando los españoles ya no dejan esos vacíos muchos inmigrantes se quedan en el paro.

El tipo de trabajo ocupado por los inmigrantes subsaharianos depende de su sexo y de su nacionalidad. En realidad, cada inmigrante es diferente y se adapta a sus propias condiciones de vida y motivaciones, como lo subraya Carmen Castilla-Vázquez, hablando de las mujeres migrantes (2017: 152). Sin embargo, la situación de un migrante al llegar a un nuevo país también depende mucho de sus contactos en el lugar de acogida. Muchas veces, los subsaharianos eligen a un país porque ya tienen contactos ahí (un miembro de la familia, algún amigo...) que le permitirán encontrar más o menos rápidamente un trabajo y lo ayudarán a adaptarse, como lo explican Bledsoe, Houle y Sow (2007: 391). Eso, así como el tipo de ocupación en el país de origen, explica que se concentren inmigrantes de la misma nacionalidad en un trabajo. Todavía no se han hecho estudios sobre el reparto laboral de los varios grupos de

subsaharianos, salvo sobre los grupos más numerosos. Esos estudios, como el de Pablo Pumares, destacan por ejemplo que una mayoría de senegaleses trabajan en la venta callejera, que una gran cantidad de gambianos se emplean en la agricultura y que los hombres caboverdianos vienen desde Portugal para bajar a las minas mientras que las caboverdianas se dirigen hacia Madrid para volverse empleadas domésticas (2002: 53). El servicio doméstico es el sector en el que se hallan más mujeres inmigrantes, seguido por el servicio en los hoteles, restaurantes y cafés, los servicios a empresas y el comercio, según Izquierdo Escribano (1998: 120). Además, Giulia Bortoli constata que se representa mucho a las mujeres inmigrantes africanas como prostitutas (2019: 186). Es cierto que 85% de las trabajadoras del sexo en España viene de otro país (Murray, en Tobin Stanley 2019: 12). Sin embargo, la ausencia de estudios precisos impide generalizar demasiado e impone cierta prudencia en lo que atañe a ese tema.

Capítulo 2

La inmigración en el imaginario español y subsahariano

1. España y su relación mental con África: rechazo del *Otro* sureño para sentirse más europea

España es, desde su formación, un país basado en la diversidad. De hecho, se construyó en el reconocimiento de varias naciones en su seno: Cataluña, Galicia, el País Vasco y Castilla. En los últimos cuarenta años, además de ser multinacional, pasó a ser poli-étnico, como lo subraya Abella Vázquez (2002: 67), es decir que empezó a acoger a personas de nacionalidades variadas. Esta nueva diversidad, creada por los flujos migratorios, parece ser más difícilmente aceptada que la primera, en particular cuando se trata de inmigrantes africanos. La inmigración africana en España se considera como un problema esencial en la política española. Como lo explica Pablo Pumares, “la inmigración se ha convertido desde finales de 1999 en un tema de confrontación política y ha sido utilizado con fines electorales” (2002: 56). Tal problematización de la inmigración africana no se debe al azar, sino que se puede relacionar con la historia, tanto lejana como reciente, de España.

Por una parte, la llegada de africanos a España, sobre todo de marroquíes, trae a la memoria la ocupación musulmana que se desarrolló entre los siglos VIII y XV. Los primeros inmigrantes africanos que llegaron de manera notable en la península eran originarios del norte de África, es decir, de tipo magrebí. El origen geográfico de esos extranjeros, así como el campo léxico utilizado en los medios de comunicación para hablar de ellos, contribuyeron a difundir una “visión catastrófica” (Izquierdo Escribano 1996: 45) y bélica de la inmigración proveniente del continente africano. Esta desacreditación de los inmigrantes del sur se extendió, en la conciencia colectiva, a todo el continente africano, convirtiendo también a los subsaharianos en potenciales invasores. Estos elementos refuerzan inconscientemente la asociación entre inmigración subsahariana e inmigración marroquí. La asociación entre la inmigración actual y la ocupación califa durante una parte de la Edad Media empuja a los autóctonos a ver a los inmigrantes originarios de África como nuevos invasores económicos que vienen a España para quitarles el trabajo (Andrés-Suárez 2002: 58). En esa visión, ya no van a tomar posesión de la

península por las armas, sino tras el acaparamiento de la nueva fuerza española: el dinamismo económico. Sin embargo, se demostró en el Capítulo 1 que los extranjeros no eran la causa del paro, sino sus primeras víctimas, y que ocupaban los puestos indeseados por los autóctonos. Asimismo, aunque la migración es inherente al ser humano, también significa “pérdida” y “riesgo”, en las palabras de Millán Planelles, y sólo es “comprensible en condiciones de gran vulnerabilidad” (2004: 9). Esos datos rompen totalmente con el mito del invasor fuerte y bélico. Antes de considerar a los inmigrantes del sur como invasores, habría que recordar que ellos no vienen llenos de dinero y de poder sino debilitados por la travesía.

Por otra parte, la relativamente reciente entrada de España en la Unión Europea (1986) jugó un papel decisivo en su toma de posición respecto a la inmigración. Accedió de manera brusca a las ventajas materiales y técnicas que ofrecía la modernidad, pero sin una preparación ético-cultural adecuada (Goytisolo y Naïr 2000: 183). Para alejarse de su pasado antidemocrático y de su asimilación con *el sur*, el país ibérico intentó entrar en adecuación de manera rápida con las normas europeas. Se olvidó de su pasado común con los magrebíes – cuya ocupación también supuso cierta convivencia durante varios siglos entre los marroquíes y los españoles– y empezó a asimilarse en la *identidad europea*. La construcción de una identidad se basa siempre en su diferencia con otro grupo más o menos homogeneizado de manera reduccionista. En el caso de Europa, la supuesta identidad del continente se construyó en oposición a los comunistas, el enemigo común entre 1945 y 1989. En la época, la mayoría de los países africanos, todavía bajo el régimen colonialista pero que estaban tomando su independencia poco a poco, estaban del lado de Europa. No obstante, después de la caída del Telón de Acero, Europa tuvo que buscarse a un nuevo enemigo para reforzar la identidad y la hegemonía occidental (Mohamed Abrighach 2006: 42). Lo halló en el mundo musulmán, muy presente en el Norte de África pero que también se extiende mucho en el África subsahariana⁹. La creación de ese nuevo enemigo fue reforzada por la teoría del choque de civilizaciones, desarrollada desde 1993 por varios intelectuales de la época, como Samuel Huntington y Giovanni Sartori. Su idea es que los valores islámicos son incompatibles con la cultura occidental y que, por eso, las dos *identidades* no pueden convivir. La difusión de esta teoría creó una visión negativa de los africanos en general, a pesar de que los africanos son muy heterogéneos y no comparten ni la lengua, ni la fe, ni la cultura (Goytisolo y Naïr 2000: 135). Por esta razón, además de las razones citadas en el párrafo anterior, los africanos –tanto los magrebíes como los subsaharianos– todavía están considerados como los extranjeros más

⁹ En 2005, más del 40% de la población de trece países subsaharianos era musulmán (Perspective Monde).

lejanos y extraños y consisten “en el nivel más bajo de la jerarquía de los colectivos de inmigrantes” (Abrihach 2006: 63). Como España quería justificar su pertenencia a la Unión europea, adoptó la misma visión rechazadora de los africanos, a pesar de su antigua relación con su vecino del sur. Hoy en día, esta lucha contra el *enemigo común* para garantizar la identidad del viejo continente sigue viva y el Estrecho de Gibraltar, con todos los sistemas de seguridad instalados para impedir la inmigración no deseada por el estado español, se presenta como un nuevo muro de Berlín (Andres-Suárez 2002: 59). El rechazo y el miedo a esos inmigrantes provenientes del sur responden a una necesidad de proteger la cohesión europea: se le impone ciertas características al continente africano para construir una identidad *otra*, es decir, una identidad que contiene todo lo que lo europeo no es.

El miedo a los inmigrantes africanos en realidad no sólo viene de una diferencia de lengua, de cultura, de aspecto o de religión –aunque todos estos elementos influyen en la visión que los autóctonos tienen de ellos y en la subsiguiente división entre los inmigrantes *malditos* y los inmigrantes *ganga*–. A todas esas diferencias se añade otra: la pobreza. En efecto, Fernando Savater afirma que “la raza más detestada de todas, la más perseguida y discriminada, es la raza de los pobres” (Soler-Espiauba 2004: 42). Muestra otra vez la importancia del aspecto económico. La pobreza en la que llegan una gran parte de los inmigrantes subsaharianos contribuye a desarrollar un “racismo teñido de complejo de superioridad” y que refleja más bien un “racismo de nuevos ricos hacia los pobres” (Goytisoló y Naïr 2000: 128-129). Los europeos asocian a los inmigrantes africanos con la pobreza y esta inferioridad social se convierte en su mente, de manera inconsciente, en una inferioridad étnica (Goytisoló y Naïr 2000: 132). Es posible que los españoles rechacen esta diferencia más que los otros países europeos por su proximidad geográfica e histórica con los países menos desarrollados. El país hispánico sólo empezó a desarrollarse económicamente y a entrar en la modernidad europea después de la muerte de Franco. El contacto con la pobreza tercermundista quizá tenga más impacto en el espíritu español, visto que muchos autóctonos asistieron a la transición hacia el estado de bienestar. Las diferencias económicas y étnicas se combinan y crean miedo en los nativos europeos, miedo tanto por sus privilegios como por su *identidad*.

2. Influencia de la política y de los medios de comunicación en la opinión pública

Los inmigrantes no están distribuidos de manera homogénea en el territorio español: se concentran en las zonas donde encuentran trabajo –es decir, las grandes ciudades y la costa, mayoritariamente–. Significa que todos los españoles no tienen la posibilidad de entrar en contacto con extranjeros en su vida cotidiana. Los medios de comunicación y los discursos políticos participan en la construcción de la opinión pública sobre la inmigración. A través de esos dos medios, incluso los españoles que no entran en contacto con extranjeros africanos se hacen una opinión sobre ellos.

Los partidos políticos se apropiaron del tema migratorio, según Pablo Pumares, a partir de la propuesta de nueva ley de extranjería en 2000 –cuando la inmigración africana aumentó de repente en realidad– y de la subsiguiente toma de distancia del Partido Popular. Tras ganar las elecciones, éste se propuso revisar la joven ley 4/2000 y empezó a desacreditarla, lo que incluyó definitivamente el tema de la migración en el terreno político. Para obtener el derecho de reformar la reciente ley, el propio Gobierno empezó a “transmit[ir] mensajes alarmistas”, a “atribu[ir] el fuerte incremento de detenciones en el Estrecho de Gibraltar durante 2000 a los efectos indeseables de la ley 4/2000” y a “promet[er] llevar a cabo una política mucho más estricta en relación con la inmigración regular” (Pumares 2002: 56). Se difundieron así ideas catastrofistas desde el propio Gobierno. Esta dramatización política no ha sido la única en la historia europea reciente. De hecho, varios partidos políticos se apoyan, todavía hoy en día, en la supuesta invasión económica de los inmigrantes más necesitados para marginarlos. Es posible que Izquierdo Escribano tenga razón cuando afirma que “la marginación social es electoralmente rentable” (1996: 129). Todos los partidos se apoderan del tema y la mayoría de ellos promueven una inmigración controlada, limitada y en función de las necesidades del país de acogida. Asimismo, el informe sobre la *Evolución del racismo, la xenofobia y otras formas de intolerancia en España* (2017), de Mercedes Fernández, Consuelo Valbuena y Raquel Caro, muestra un ligero aumento del número de personas que “percib[e] que un partido de ideología racista o xenófoba tendría mucha aceptación”, una opinión que había regresado desde 2007 pero que está retomando fuerzas. También señala el incremento de los discursos de odio en los últimos años (2017: 76). Pero la relación entre los discursos políticos y la opinión pública no es unidireccional: las ideas y los deseos de los españoles, revelados por los sondeos, también tienen un gran impacto en la postura adoptada por los políticos. Estos últimos intentan a menudo

cumplir con los deseos de la opinión pública para ser elegidos. Según Izquierdo Escribano, ambos la opinión pública y los partidos políticos piden una inmigración temporal, una limitación de la inmigración permanente y un rechazo de la inmigración ilegal (1996: 163), tres criterios dirigidos hacia la restricción de los derechos de los inmigrantes.

Para satisfacer las distintas demandas (de la opinión pública, de la Unión europea, de los países de origen), España introdujo una política de cuotas destinada a seleccionar a los inmigrantes deseados directamente en el país de origen para limitar la inmigración *maldita*. Como se explica en el Capítulo uno, esta política no tuvo los efectos esperados, en vista de que aumentó el número de inmigrantes no regularizados y permanentes¹⁰. La discriminación, alimentada por las autoridades públicas tras su política, favorece la segregación y la criminalización de los extranjeros (Millán Planelles 2004: 13). Tras obligar a los inmigrantes africanos a vivir en la irregularidad, sin acceso fácil a buenas viviendas y seguridad social, el gobierno español favorece la creación de guetos que, a su vez, mantienen a los extranjeros en la exclusión y les obliga a encontrar formas ilegales de ganar dinero. En cierto sentido, la política migratoria crea una realidad que parece confirmar los miedos de los electores.

En cuanto a los medios de comunicación, se encargan de vehicular y engordecen “los pocos casos de inseguridad provocados por inmigrantes marginales y marginados” (Goytisoló y Naïr 2000: 118). Goytisoló y Naïr afirman que, en vez de detenerse en las difíciles condiciones de vida de los inmigrantes, los medios de comunicación sólo se interesan por los extranjeros cuando ellos cometen un crimen y, en ese caso, incriminan la nacionalidad entera (2000: 129). En *La inmigración inesperada*, Izquierdo Escribano confirma que manipulan las cifras y esconden una parte de la realidad (1996: 38, 155). Y García Benito insiste en la importancia de esos medios en la opinión de la gente porque modelan la realidad según el punto de vista que presentan (2004: 65). Abella Vázquez es la que mejor resume su influencia. En su opinión, los medios de comunicación no crean la realidad social pero sí aumentan la eficacia de su construcción (2002: 67). La intelectual destaca cuatro aspectos tras los que influyen la opinión pública: la exageración cuantitativa de la importancia de la inmigración, la asociación arquetípica de los inmigrantes con los marroquíes, la asociación entre inmigración y males sociales (“tráfico, venta y consumo de drogas, prostitución, inseguridad ciudadana, mendicidad”) y el privilegio de las malas noticias, lo que refuerza las ideas preconcebidas sobre los extranjeros (2002: 68-69). Sin embargo, el estudio de Abella Vázquez empieza a hacerse viejo, visto que fue publicado en 2002. Creo que, desde entonces, se puede ver cierta toma de

¹⁰ Con el cierre de la frontera, los extranjeros que están en el territorio español ya no se atreven a salir del país y prefieren hacer venir a su familia (Bledsoe, Houle y Sow 2007: 386).

consciencia y una evolución en la redacción de los periódicos principales –*El País*, *El Mundo* y *ABC*–¹¹. Así, por ejemplo, *El País* ya casi no precisa el origen geográfico de los criminales en los títulos de sus artículos. Esta concientización queda, no obstante, bastante reducida. Los medios de comunicación siguen dando demasiado espacio a los problemas tradicionalmente vinculados con la inmigración no deseada. Un buen ejemplo de eso es el número de ocurrencias de la palabra *patera*. Ella aparece 5 858 veces en *ABC*, 2 858 veces en *El Mundo* y 31 032 veces en *El País*¹². La cantidad de noticias sobre las llegadas en pateras y los naufragios da un peso demasiado importante a una vía de tránsito que no es en nada la vía principal de llegada a España. Es posible que despierte sentimientos de empatía hacia los inmigrantes en la opinión pública –como fue el caso por varios de los autores que escribieron sobre la inmigración–, pero también puede perpetuar la psicosis de la invasión.

La psicosis de la invasión también se puede transmitir a través de las palabras utilizadas en los discursos oficiales. No hay que buscar muy lejos para encontrar un vocabulario problemático: utilizar palabras como *clandestinos*, *ilegales*, *espaldas mojadas*, “*mojaítos*” e *indocumentados* ya es una humillación a la condición humana en la opinión de Millán Planelles y remite al vocabulario empleado para hablar del tráfico de droga (Millán Planelles y Sena Rodríguez 2004: 14, 18). Son expresiones que esconden la humanidad de lo que designan, como si los inmigrantes africanos fueran meras mercancías, y que los presentan directamente como personas indeseadas y criminales. Otro campo léxico utilizado cuando se habla de la inmigración es el vocabulario relacionado con el agua (Andres-Suárez 2002: 58). Muchos discursos se refieren a la llegada de extranjeros africanos como una “ola”, una “marea” o una “oleada” (Goytisolo y Naïr 2000: 125). Este campo léxico recuerda, por una parte, la metáfora de la invasión, puesto que se presenta a los inmigrantes como una fuerza imparable y violenta, pero también, por otra parte, remite a los múltiples naufragios que ocurren cuando se emprende la travesía por vía marítima. Las metáforas revelan, según Goytisolo y Naïr, la estructura de prejuicios del imaginario de una comunidad (2000: 13). En este caso, presentan a los extranjeros africanos de manera ambigua: son al mismo tiempo victimarios y víctimas. Pueden, por consecuencia, provocar dos reacciones muy distintas, a saber, el miedo o la empatía. Es muy probable que despierten ambas emociones en los nativos, creando así reacciones ambiguas y

¹¹ Estudiar la representación de la inmigración en los medios de comunicación españoles podría ser un sujeto de tesina en sí. Por consiguiente, no he podido llevar un análisis en profundidad de todos los títulos de esos últimos treinta años. Sin embargo, he echado un vistazo a una serie de artículos repartidos en el tiempo en los tres principales periódicos y he lanzado búsquedas basadas en palabras claves como *inmigración*, *inmigrante*, *patera*... para hacerme una idea global de los artículos propuestos por esos medios de comunicación.

¹² Resultados personales obtenidos tras buscar la combinación de las palabras *inmigrante* y *pateras* en las páginas oficiales en línea de *El País*, *El Mundo* y *ABC*

contradictorias. Las palabras utilizadas en los discursos públicos favorecen la aparición de un racismo latente, sutil, pero matizado por cierta consciencia de los múltiples problemas de los posicionamientos racistas.

3. ¿Son los españoles racistas?

Hablar de racismo en una sociedad es un ejercicio peligroso. La frontera entre racismo, xenofobia y acciones bien intencionadas, pero torpes, es bastante borrosa. Según el trabajo de Fernández, Valbuena y Caro, el racismo es una “interpretación ideológica que confiere a cierta raza o grupo étnico una posición de poder por encima de otros” sobre la base de varios criterios, mientras que la xenofobia es el conjunto de “actitudes, los prejuicios y las conductas que rechazan, excluyen y, a menudo, denigran a las personas, fundadas en la percepción de que se trata de forasteros o de extranjeros ajenos a la comunidad, a la sociedad o a la identidad nacional” (2017: 211). Ambas definiciones se basan en el rechazo a la diferencia sin ninguna base sólida, dado que se basan en una *interpretación* y cierta *percepción*. Sin embargo, el racismo es un mecanismo que crea prejuicios que presenta como juicios (Goytisolo y Naïr 2000: 152). En la opinión de Izquierdo Escribano, sus dos pilares son la discriminación social y la segregación espacial (1996: 236). Ambos procesos de exclusión conducen a un mal conocimiento de los extranjeros y participan en la reproducción de los comportamientos que sirven de base a los clichés. Como lo explica Soler-Espiauba, éstos surgen y se autoalimentan cuando el inmigrante está rechazado –está en paro, tiene que vivir en infraviviendas...– (2004: 35). La opinión pública rechaza particularmente a los inmigrantes irregulares pero, puesto que los autóctonos asocian la irregularidad con ciertos grupos étnicos –a los que pertenecen los africanos–, sus actos y reacciones racistas afectan a todos los inmigrantes de estos grupos.

El informe-encuesta de Fernández, Valbuena y Caro, *Evolución del racismo, la xenofobia y otras formas de intolerancia en España*, contiene encuestas que fueron llevadas a cabo entre 2007 y 2017. Los datos de 2007, época de crisis económica, muestran una fuerte actitud antinmigrantes. Este tipo de actitud retrocedió después de la crisis económica pero las cifras de 2017 muestran que está subiendo de nuevo, lo que se podría explicar por los varios atentados que han tomado lugar en los años recientes. Esas cifras ilustran cómo la gente se cierra a lo ajeno para reconfortarse en lo conocido en situaciones de crisis y tiempos de miedo. Para evitar las generalizaciones y tomar en cuenta las reacciones racistas inconscientes, los autores del informe distinguen entre el *racismo simbólico* y el *racismo aversivo* así que entre

los *prejuicios manifiestos* y los *prejuicios sutiles*. Mientras que el *racismo simbólico* y los *prejuicios manifiestos* muestran un claro resentimiento el grupo dominante hacia las minorías, el *racismo aversivo* y los *prejuicios sutiles* son más complicados, en vista de que las personas que los aplican se piensan progresistas y abiertas (2017: 213, 214). De manera general, los españoles infraestiman su racismo por el “sesgo de deseabilidad social” (2017: 106). Dicho de otra forma, pocas personas se reivindicán racistas porque no es un estatuto reconocido positivamente por la comunidad. La gente quiere generalmente presentarse como abierta y progresista, pero sus disposiciones psicológicas hacia los inmigrantes traicionan el impacto de preconcepciones racistas en su manera de pensar y de concebir la sociedad española.

Esas preconcepciones surgen en parte de la presencia de los múltiples discursos de odio que circulan en Internet, en las redes sociales y en los discursos políticos. Esos mismos discursos también transmiten a los españoles una idea de lo que debería ser un inmigrante ideal. Para la mayoría de los encuestados, los extranjeros deberían estar dispuestos a adoptar el modo de vida del país, tener una cualificación laboral que España necesita, tener un buen nivel educativo, manejar la lengua castellana y tener familiares ya instalados en el territorio español (2017: 82). Los españoles están a favor de una inmigración con vistas integracionistas y que corresponda totalmente a las necesidades imaginadas de España. Digo *imaginadas* porque, en realidad, la inmigración actual ya cumple con las necesidades del país tras ocupar los puestos de trabajo dejados vacíos por los propios españoles. Asimismo, una mayoría de encuestados aceptaría más fácilmente relaciones de distancia con los extranjeros que relaciones de convivencia y un 71,1% estaría a favor de excluir a los inmigrantes por cualquier delito que cometan (2017: 97, 99). Esas actitudes muestran que la impresión de que los extranjeros representan un peligro todavía está muy presente en la mente de los nativos. Un *buen* extranjero debería pasar desapercibido en la sociedad española y participar en el desarrollo económico de España sin distinguirse demasiado de la población local. Esos requisitos parcialmente explican el rechazo mayor a los africanos: ellos están mucho más visibles, dado que difieren por su lengua, su color de piel y, a veces, su religión. Esas diferencias se marcan fuertemente a pesar del papel que juegan en la economía española. Además, la marginación de la que sufren por esos signos exteriores les impide integrarse en una sociedad española con la que tienen pocos contactos. Una vez más, las preconcepciones que aíslan a los inmigrantes son un primer paso en un engranaje de marginalidad del que es bastante difícil de salir.

La incompatibilidad entre el deseo de ver a los inmigrantes integrarse y la marginación inmediata de la que sufren los extranjeros africanos no es la única incoherencia que se puede ver en las respuestas de los encuestados. Otras tres contradicciones son también particularmente

llamativas. La primera es la tensión entre la consciencia que tienen los encuestados de la atención desmesurada y negativa que los medios de comunicación prestan a los inmigrantes y la adopción, sin duda inconsciente, de los prejuicios vehiculados por esos discursos públicos (inseguridad laboral, inseguridad callejera, inmigrantes favorecidos por las autoridades...). Así, aunque en 2016 un 59,6% de los encuestados reconocía que la presencia de inmigrantes enriquecía la cultura del país (2017: 92), esta constatación no les impidió rechazar la convivencia con los extranjeros. La segunda contradicción se relaciona con el acceso a la democracia. Los encuestados prefieren conceder a los inmigrantes la nacionalidad española antes del derecho de voto... Pero la primera contiene automáticamente el segundo (2017: 94). Esta inconsistencia podría reflejar la falta de conocimiento de la constitución española por parte de los autóctonos. La tercera incoherencia concierne la parte de la población española menos tolerante. Los autores del informe dividen a los encuestados en tres categorías en función de sus respuestas a la encuesta: el perfil tolerante (que llaman *los multiculturales*), el perfil reactivo (*los recelosos*) y el perfil ambivalente (*los distantes*). No son grupos homogéneos ni fijos, sino que se basan en criterios sutiles. El segundo grupo, el de los *recelosos*, contiene a los encuestados que expresaron el mayor número de reacciones de rechazo hacia los inmigrantes. No obstante, 71% de los encuestados categorizados como *recelosos* dicen tener relaciones con amigos extranjeros. Es el perfil que tiene el mayor porcentaje de relaciones personales con inmigrantes (2017: 149). Todas esas contradicciones muestran relaciones ambiguas respecto a la inmigración. El sistema de valor de los autóctonos entra en conflictos con sentimientos negativos despertados por los discursos oficiales o la relación con cierto individuo de un grupo étnico (2017: 214). Muestra bien que es difícil evaluar el nivel de racismo de una sociedad porque muchas preconcepciones interfieren con la consciencia de que la diferencia no es algo inherentemente negativo, sino que enriquece la cultura local. España es y no es racista: es capaz de reconocer el valor de la inmigración, pero todavía no ha logrado deshacerse de sus ideas preconcebidas sobre los extranjeros –en particular sobre los que vienen del sur de la Mediterránea–.

4. Los subsaharianos y su relación mental con Europa

Hasta ahora, mi atención se ha centrado principalmente en las preconcepciones de los españoles y sus reacciones instintivas hacia los extranjeros. Pero la otra cara de la moneda también es muy importante. Los subsaharianos no vienen por azar a España, sino que ya tienen

cierta idea de lo que pueden encontrar ahí. Si casi sólo se ofrece a los españoles una visión dramática de la inmigración –a pesar de todo lo positivo que ella les pueda traer–, a los subsaharianos en cambio se les ofrece una imagen muy rosada de ese proceso. Maya Zovko subraya que “la imaginación también ha desempeñado, desde siempre, un papel decisivo en los movimientos migratorios. El sueño de encontrar el paraíso perdido, escondido en los lugares más lejanos, ha sido uno de los motivos que han incentivado la emigración” (2010: 61). Ese paraíso perdido los subsaharianos lo encuentran en el bienestar occidental, cuya imagen es difundida por “las transmisiones televisivas” (Zovko 2010: 64). Los medios de comunicación transmiten una visión idealizada de Europa, así como la ideología del *self-made man*.

La principal fuente de esa idealización es la globalización, complementada por la exportación de los valores europeos. Gracias a las nuevas tecnologías, los subsaharianos acceden a una representación parcial de Europa que muestra en gran mayoría imágenes de su riqueza (Abrighach 2006: 202). La base de tales imágenes es real –el Occidente es más rico y ofrece mejores condiciones de vida– pero ignora a una gran parte de la población que no tiene acceso al lujo europeo y que tiene que vivir en condiciones de vida más precarias. La televisión y el acceso al Internet vehiculan una idea del Occidente como paradigma de la prosperidad. Europa se convierte en un *locus amoenus*, un lugar idílico (Abrighach 2006: 189). Se puede establecer un paralelismo entre la representación de Europa como *locus amoenus* y el soñado El Dorado de la Conquista y de los tiempos de grandes emigraciones a América durante la Revolución Industrial. Los emigrantes subsaharianos son nuevos buscadores de oro: quieren viajar a Europa para encontrar un trabajo, hacerse ricos y volver a su país (Abrighach 2006: 189, 190). Irónicamente, la Conquista hizo de Europa un continente rico y, ahora, los habitantes de los países ocupados durante la colonización emprenden un trayecto contrario para salir de la pobreza y tener mejores oportunidades de vida.

Ese paraíso económico se convierte bastante pronto en un infierno para los subsaharianos que logran llegar a Europa (Abrighach 2006: 215). La mayoría de ellos, en efecto, tiene que vivir en infraviviendas en la periferia del bienestar soñado y trabajar en la economía sumergida sin ninguna protección laboral. Una parte de esos inmigrantes desarrolla entonces una profunda nostalgia por la vida en su tierra natal –una vida generalmente idealizada por la memoria– y decide volver a África después de lograr sus objetivos económicos. Muchas veces, nunca encuentran la ocasión de irse de Europa. Esa voluntad utópica de volver rico a una tierra natal idealizada es llamada *mito del Eterno Retorno* por Abrighach (2006: 222). La escasez de la reagrupación familiar dentro de la comunidad migrante subsahariana parece confirmar la existencia de ese fenómeno: si los inmigrantes no hacen venir a su familia a

España, puede significar que piensan volver tarde o temprano a su país de origen. Esos elementos permiten deducir que, para los subsaharianos, la migración no es una finalidad, sino un proceso que les haría entrar en el mundo de la globalización tras ayudarlos a desarrollarse económicamente.

Además de provocar toda una serie de incomodidades físicas –una travesía peligrosa, las infraviviendas, los días laborales demasiado largos...–, la migración significa abandonar a su familia y a sus amigos, dejar atrás la comodidad de lo conocido y enfrentarse a nuevos valores y nuevas culturas. No es sólo una transición física sino también psicológica: en el proceso, la identidad del migrante cambia, se desdobra o se cierra. Millán Planelles explica que la identidad se construye en la alteridad (2000: 10). Por consecuencia, el contacto con otras culturas y otros sistemas de valor obliga al inmigrante a reconsiderar su identidad y a seleccionar lo que quiere rescatar de su antiguo sistema de valor y lo que quiere adoptar del nuevo. Se produce un choque de identidades asimétricas (Millán Planelles 2000: 9). En efecto, el extranjero subsahariano, identidad minoritaria, debe encontrar la manera de vincularse con la identidad mayoritaria, la española. Debe determinar el tipo de inmigrante que quiere ser. Fernández, Valbuena y Caro proponen en su informe seguir la tipología de las estrategias de aculturación propuesta por Berry en 2003 (2017: 90). Éste destaca cuatro maneras de relacionarse con la sociedad de acogida: la separación, la marginación, la integración y la asimilación. Esas estrategias abarcan desde la conservación de la cultura de origen y el alejamiento de la cultura de acogida hasta el reemplazamiento de la cultura de origen por la cultura de acogida. La integración es la estrategia que permite combinar los dos sistemas de valores. Castilla-Vázquez explica que las mujeres migrantes –pero se puede extender a los migrantes en general– desarrollan técnicas de inserción en la sociedad de acogida tras reelaborar constantemente su identidad (2017:165). Goytisolo y Naïr recuerdan, sin embargo, que integrarse en una sociedad significa tener derechos, pero también obligaciones. Los extranjeros tienen que respetar “las normas y valores, los usos y costumbres del país de acogida” (2000: 140). Los inmigrantes están, pues, marcados por la dualidad. Siempre están dividido entre dos lugares y dos identidades, a veces muy distintas, y tienen que encontrar su lugar en la sociedad de acogida sin distanciarse demasiado de su familia. Por eso se puede decir que el proceso migratorio es una transición tanto física como psicológica. En el trayecto, el migrante sufre varios cambios de estatuto (pasa de ser emigrante a migrante, para acabar como inmigrante) y se ve confrontado a la diversidad. Tiene que encontrar nuevos marcadores identitarios para definirse y encontrar su sitio en una vida ahora transnacional.

Es difícil hacerse una idea global de las opiniones de ambos grupos –los españoles y los subsaharianos–. Cada persona tiene una relación propia y particular a la alteridad. Globalmente, se puede decir que es el miedo que dificulta el contacto entre los diferentes grupos étnicos en un territorio dado: el temor a perder sus privilegios para los españoles y a ser rechazados de la riqueza europea para los subsaharianos. La difusión de una imagen bastante negativa de los inmigrantes africanos por los medios de comunicación y los discursos políticos –una imagen fundada en elementos aislados del cuerpo migrante pero homogeneizada sobre todo el grupo– establece desde el principio cierta amargura por parte de los autóctonos hacia los extranjeros. En contraste, la idealización utópica del continente europeo en África Subsahariana se enfrenta a una realidad dura, que lleva a desilusión y encerramiento en sí mismo o en el grupo de pares. Tanto los españoles como los subsaharianos tienen que hacer frente a sus preconcepciones para desmontarlas y poder reconstruir una relación sana basada en la realidad cotidiana vivida por cada grupo. Tal proceso es difícil porque pide una fuerte introspección y una voluntad de abrirse a la alteridad y cuestionar su propia identidad. Es con esa voluntad que Andrés Sorel, Miguel Naveros, Antonio Lozano, Ángeles Caso y Jon Arretxe escribieron los cinco libros que voy a analizar a continuación. Sus libros representan un intento de entender a los inmigrantes subsaharianos, de humanizarlos y de darles voz. Aunque empleen estilos diferentes, el objetivo es el mismo: transmitir el punto de vista de un grupo silenciado, pero sobre el que circulan numerosos discursos.

Capítulo 3

Cinco obras españolas sobre inmigrantes subsaharianos

El presente trabajo se propone analizar cinco libros publicados entre 2000 y 2012: *Las voces del Estrecho* (2000) de André Sorel, *Al calor del día* (2001) de Miguel Naveros, *Donde mueren los ríos* (2006) de Antonio Lozano, *Contra el viento* (2009) de Ángeles Caso y *19 cámaras* (2012) de Jon Arretxe. Este periodo corresponde a un momento de animados debates sobre la inmigración ilegal y de reflexión sobre la actitud que adoptaría España. En efecto, la primera Ley de Extranjería entró en vigencia en enero del 2000 y fue modificada por primera vez ese mismo año. Esta ley fue reformada una segunda vez en 2003 y una tercera en 2009. En otras palabras, la primera década del siglo XXI estuvo marcada por varias reformas –en general, restrictivas– de la Ley de Extranjería. Frente a ese reforzamiento progresivo de las condiciones de aceptación de los extranjeros, una serie de autores tomaron la pluma para denunciar las consecuencias del cierre progresivo de España para los inmigrantes subsaharianos.

En opinión de Mohamed Abrighach, la crítica literaria ha marginado a la literatura española sobre la inmigración por su supuesto escaso valor artístico (2006: 83). Prueba de eso es la poca cantidad de artículos críticos enfocados en los libros analizados en este trabajo. El único título que goza de cierta reputación es *Las voces del Estrecho*, por sus técnicas estilísticas que unen relatos realistas con un ambiente fantasmal. En vista de la variedad de formas que pueden adoptar los libros dedicados a ese tema, tal marginación parece excesiva. Aunque los cinco libros en los que se centra el presente trabajo se presentan como novelas que siguen una estética realista, adoptan una variedad de recursos y de géneros para llamar la atención sobre el tema de la inmigración en España sin aburrir al lector con un texto fatalista y moralizador. Por una parte, uno de los objetivos de los autores es lograr, además de una estética realista, una estética de la compasión, es decir, un estilo que permite el desarrollo de una fuerte empatía por parte del lector hacia los personajes inmigrantes (Abrighach 2006: 100). Para cumplir con ese objetivo, los escritores utilizan una serie de procedimientos, como la “descripción de la emigración o del sueño de emigrar como situación límite” (2006: 104), una “visión catastrofista de la emigración” (2006: 105) y una “implicación profunda en el relato narrado, en virtud [sic] de una proyección conmovedora del narrador en la historia” (2006: 106). Por otra parte, la estética realista de esos libros –una estética a caballo entre el periodismo, el testimonio y el

documental– se mezcla voluntariamente con otros géneros de signo claramente ficticio, como la novela negra y la novela sentimental. Esta mezcla aparece sobre todo en los tres libros más recientes y, a mi entender, le proporciona a la literatura sobre inmigración un aspecto más ligero que le hacía falta. La utilización de esos géneros que asientan el carácter ficticio de la obra permite, en efecto, relajar la presión o la incomodidad que una estética totalmente realista podría provocar en el lector. Asimismo, atenúa los efectos de la estética de compasión tras presentar a los personajes como agentes en sus vidas, y no como meras víctimas en un contexto que los supera. Tales atenuaciones permiten suavizar el contenido comprometido de los libros, así como la carga emocional que imponen a los lectores. Los autores pueden, de esa manera, lograr un doble objetivo: denunciar el trato que los inmigrantes subsaharianos reciben por parte de España y conseguir un público quizá más amplio que si se hubieran contentado con una estética puramente realista. La falta de sofisticación formal reprochada por el mundo de la crítica literaria podría ser, en realidad, el resultado de una reflexión artística rebuscada para obtener la atención del mayor número de lectores posible sin aburrirlos con un simple enternecimiento sobre la suerte de los inmigrantes.

En el análisis que sigue, no voy a pararme necesariamente en las claras tomas de posición de los autores. Las diatribas violentas contra el sistema por parte de los narradores o de uno u otro personaje permiten difundir toda una serie de críticas del sistema de acogida español. Son partes en las que los personajes denuncian muy claramente la falta de humanidad del país hispánico en lo que atañe a la inmigración subsahariana, así como las dificultades de vida en Europa. Son interesantes para ver lo que se reprocha a España, pero consisten, generalmente, en lugares comunes –como la política intervencionista del Occidente en África, la pobreza que sufren los subsaharianos, la indiferencia de una gran parte de los autóctonos españoles, los abusos laborales...–. Resulta, para mí, más interesante adentrarse en las reivindicaciones y las preconcepciones –quizá inconscientes– de los autores, dos elementos que se dejan vislumbrar a través de la estructura, el tipo de narrador, la focalización, alguna palabra problemática, elementos ausentes, elementos demasiados presentes... Son tantos elementos reveladores de la actitud frente a la inmigración de escritores posicionados ideológicamente a favor de ésta. Desvelan los valores que los autores proyectan en los inmigrantes subsaharianos, las técnicas que emplean para evitar los lugares comunes y los aspectos en los que caen, a pesar de todo, en preconcepciones occidentales.

1. *Las voces del Estrecho* (2000), Andrés Sorel

Andrés Sorel es el pseudónimo de Andrés Martínez López, un autor de izquierda –incluso comunista durante una parte de su vida– que nació en 1937 y murió recientemente, en 2019 (Escritores.org). Publicó en 2000 *Las voces del Estrecho* (en adelante, abreviaré *V. E.* para las citas), un libro que se ha convertido en una de las novelas españolas sobre la inmigración más estudiadas. Pertenece a lo que los críticos llaman *literatura de pateras*, una modalidad que se centra en el fracaso de las travesías en pateras, en una visión muy catastrofista de la situación (Abrihach 2006: 21). Como se explica en el Capítulo 1, las pateras no son en absoluto el medio más utilizado para hacer la travesía. La mayoría de los inmigrantes llega, en efecto, en avión como turistas y se queda después de la expiración de su visado. No obstante, una parte desproporcionada de los libros sobre la inmigración se focaliza en las llegadas en pateras porque “como afirma Marco Kunz las pateras representan la parte «más dramática y conmovedora, es decir, la más rentable como noticia y también la más novelable»” (Kunz citado por Maïmouna Sankhé 2016: 123). *Las voces del Estrecho* se centra en una pequeña parte de los inmigrantes: los más pobres que no tienen bastante dinero como para hacerse pasar por turistas. La historia consiste en una variedad de relatos de naufragios. Los fantasmas de los inmigrantes muertos durante la travesía del Estrecho se reúnen para intercambiar sus experiencias dramáticas, sin percatarse de la presencia de Abraham, el focalizador español que permite a los lectores acceder a esas historias. *Las voces del Estrecho* es, por lo tanto, un libro fragmentado que intenta transmitir una multiplicidad de voces ignoradas por la mayoría de los europeos.

1.1 Algunas consideraciones sobre el origen de los personajes

Los personajes del libro son, en su mayoría, marroquíes, pero también aparecen de vez en cuando migrantes subsaharianos que suben hasta Marruecos, generalmente a pie. Es importante aquí precisar que, en realidad, una parte de los subsaharianos llegan al país norteafricano en avión. Los naturales de “Côte d’Ivoire, Congo-Brazzaville, Guinea Conakry, Libia, Malí, Níger, [y] el Senegal” (Lahlou 2002: 40) ni tenían que presentar documentos de identidad válidos para entrar en Marruecos en la época en la que fue publicado *Las voces del Estrecho*. Además, es frecuente que los que tienen pasaportes o papeles en orden los hagan desaparecer para ralentizar los procesos de repatriación en caso de que sean detenidos por la policía (Lahlou y Escoffier 2002: 27). En cuanto a los que vienen de su país a pie, declaran que el trayecto

“puede durar hasta tres años”. Algunos de ellos hacen una pausa de algunos meses en uno de los países que atraviesan para encontrar un trabajo y ahorrar dinero para el resto de la travesía (Lahlou y Escoffier 2002: 25). Los libros sobre la inmigración suelen olvidarse de la dificultad de esta etapa para los subsaharianos más desprovistos. En *Las voces del Estrecho*, el trayecto previo a la travesía por mar parece ser una formalidad. Si bien se señala que “muchos quedaron en los caminos” (V. E. 216), no se describen las penas pasadas durante la travesía del desierto con tanto empeño como la del mar. La historia de estos inmigrantes parece empezar en Marruecos. A partir de ahí, todos los que emprenden la travesía son iguales. Ilustra el doble proceso al que están sometidos los personajes. Por un lado, el autor los homogeneiza tras presentarlos como un grupo unido por religiones parecidas, sufrimientos similares y un objetivo común. Por otro lado, los individualiza gracias a las múltiples historias personales que cuentan los muertos. Ese doble proceso es encarnado por la alternancia entre las palabras “coro” y “voces” (V. E. 48). Los inmigrantes son a la vez un grupo e individuos. Por eso, en el análisis que sigue a continuación, no se dará mucha importancia al origen geográfico de los inmigrantes, porque el libro no presenta ninguna diferencia entre los ciudadanos de los distintos países, quizá en una voluntad de mostrar que no se debería hacer una clasificación de *buenos* o *malos* inmigrantes: todos están en un mismo barco y se están ahogando.

1.2 Europa, religiones y tres mitos fundacionales

Varios autores subrayan que, en *Las voces del Estrecho*, Sorel utiliza la proximidad fonética entre *patera*, un barco muy plano antes asociado con el tráfico de droga y ahora con los inmigrantes, y *pátera*, un plato de poco fondo utilizado en los sacrificios antiguos (Abrighach 2006: 135), para construir un paralelismo entre las viejas religiones politeístas y la mitificación de Europa como entidad sagrada. En la novela, los migrantes mueren a manos de un mar feroz, cruel y bélico mientras intentan pasar la frontera que constituye el Estrecho. La frontera misma es humanizada y hasta deificada. La muerte de los inmigrantes en sus aguas permite mantener la estabilidad europea: los procedentes de África son sacrificados al mito de la Frontera-Ídolo, son los chivos expiatorios del desequilibrio económico mundial (Abrighach 2006: 139). Como lo explica García Benito, se pueden destacar varios protagonistas con papeles fijos en ese mito sostenido por los medios de comunicación: “el Estado-Bueno que ayuda a los pobres africanos cuando pasan en patera” pero sin dejar de defender su país de potenciales “invasores”, “las Arpías-Malas [los traficantes de humanos] que chupan la sangre de los muertos” tras utilizar su dinero, “los ciudadanos solidarios que ayudan a los negros”, “los ciudadanos desobedientes de

la Ley que ayudan a los árabes” (García Benito 2004: 61-62) y, obviamente, los inmigrantes que están representados o bien como víctimas impotentes, en una visión paternalista que no deja de recordar los tiempos de la colonización, o bien como invasores bélicos. Se crea así, en opinión de los críticos, una especie de religión laica cuyo dios principal es el dinero. Éste es la fuerza motriz de las migraciones y la causa por la que tantas vidas son sacrificadas.

La religión es un tema omnipresente en *Las voces del Estrecho*. En este libro, “la emigración es considerada como una peregrinación alegóricosimbólica hacia el infierno, la cárcel y el cautiverio. [...] Estas alegorías simbólicas se apoyan, en parte, sobre un importante trasfondo mítico”, a saber “el mito de Eldorado, de la Tierra Prometida y de Ulises” (Abrihach 2006: 100). El segundo, el mito de la Tierra Prometida, es quizá el más claro, dado que la propia estructura de la novela hace referencia al Éxodo. Como lo subraya Rasha Ahmed Ismail, los diez capítulos, llevadores cada uno de algún consejo o de una prohibición, reflejan los diez mandamientos dados a Moisés por Dios durante el gran viaje hacia la Tierra Prometida. En su artículo “Fronteras asesinas e identidades culpables: «moros» y «negros» en la literatura española del nuevo milenio”, la crítica enumera las numerosas inserciones de elementos religiosos. Destaca la utilización de los nombres *Abraham* e *Ismael*, la presencia de guías espirituales –como el Viejo de la Montaña–, las constantes alusiones a los cuarenta años que duró la travesía por el desierto en el Éxodo, así como la inclusión de pasajes bíblicos, entre otros (Ahmed Ismail 2010: 250). Ahmed Ismail considera las múltiples referencias religiosas como un “canto a las tres civilizaciones monoteístas” (2010: 250). Esta comparación con el Éxodo es aún más relevante para los inmigrantes subsaharianos, que tienen que cruzar varios países y un verdadero desierto antes de poder emprender la travesía del Estrecho. No obstante, se mueren antes de llegar, en ese desierto acuático que es el mar, y los cuarenta años que tienen que penar –referencia a los cuarenta años pasados en el desierto por los israelitas– los pasan en la muerte. Los muertos del Estrecho están en una especie de purgatorio, “a caballo entre el infierno y el paraíso” (Ahmed Ismail 2010: 251), aunque no se sabe de qué lado del Estrecho está el infierno. Según lo que dice el Piadoso, un sabio que transmite la voluntad de Dios a las almas errantes que escucha Abraham, el paraíso está en su lugar de origen y no en la abundancia europea: “quien al Paraíso pretende ser conducido, ha de desprenderse de sus riquezas” (V. E. 34). Los fantasmas de los migrantes denuncian lo problemático de esta toma de posición. En efecto, argumentan que lo que les espera en su país de origen sólo es la muerte y que tienen que emprender ese viaje hacia Europa por ellos mismos y por su familia. Dos tipos de religiones se

enfrentan en ese dilema: la religión monoteísta, basada en el bienestar después de la vida¹³, y la *religión capitalista*, basada en el bienestar instantáneo. En *Las voces del Estrecho*, ambas conducen a la muerte: pueden elegir entre soportar las malas condiciones de vida en su país de origen –como lo aconseja el Piadoso– o buscar una vida mejor en otro país tras seguir la ideología capitalista. En esta confrontación entre dos ideologías diferentes, lo que se olvida es la humanidad de las víctimas.

El culto del dinero se relaciona con otro mito subyacente en *Las voces del Estrecho*, el mito de El Dorado. Un tropo de las novelas sobre la inmigración es la idealización de Europa como una tierra donde mana leche y miel –nueva alusión a la Tierra Prometida de la Biblia–. El Occidente se ha convertido en el paradigma de la prosperidad para el mundo entero y, si bien es cierto que esta idea tiene una base real, también hay que subrayar que se añade una idealización irreal a un cuadro ya atractivo (Abrighach 2006: 189). Tal idealización es forjada por los europeos mismos a través de la globalización y de la mundialización. La omnipresencia de grandes marcas internacionales, de la publicidad y, sobre todo, de la televisión inunda los países del sur del mundo de imágenes de riqueza y bienestar. Asimismo, los emigrantes “se inspiran en valores que están muy conformes con la cultura y la identidad europeas, como por ejemplo, la lucha por la libertad, la huida del machismo dictatorial y la persecución del amor y de la realización personal” (Abrighach 2006: 202). La globalización de los valores europeos crea un contexto psicológico que empuja a emigrar. En efecto, la exaltación del modelo del *self-made man* por los medios de comunicación ofrece ejemplos de personas que parten de la nada y se hacen ricos gracias a sus esfuerzos y al sistema capitalista. En tal ambiente optimista, los africanos que deciden emigrar siguen valores muy europeos. Ya están integrados en la mentalidad económica que los países del norte han impuesto en el mundo entero. El problema es que, para que el capitalismo funcione, hace falta una clase obrera, pobre, que permita la producción de bienes de consumo baratos. A escala mundial, los países del sur, con África a la cabeza, juegan ese papel de clase obrera y, tras proveer mano de obra barata y materias primas, permiten mantener el bienestar global del norte occidental. Como consecuencia, la inmigración hacia Europa de africanos que quieren mejorar sus condiciones de vida y, si es posible, establecer cierto patrimonio económico para su familia plantea problemas al sistema capitalista. El enriquecimiento de los países del sur podría desequilibrar las fuerzas actuales. El miedo a perder sus privilegios podría ser una de las razones por las cuales Europa ve a los inmigrantes

¹³ Es interesante recordar que una de las religiones monoteístas principales es el catolicismo, una religión impuesta en África por los europeos durante la colonización.

como nuevos conquistadores. Es para proteger el sistema actual que el centro del capitalismo se cierra frente a los que, en realidad, han integrado bien su lógica.

Las voces del Estrecho refleja esta contradicción mostrando la omnipresencia de lo occidental en la vida cotidiana de los (futuros) emigrantes. Muy pronto, el narrador precisa que una de las ahogadas lleva “unos Levis muy ajustados” (V. E. 25). La moda europea es, en efecto, el modelo que los jóvenes intentan imitar (V. E. 145). En la parte dedicada a “Romeo, el africano”, el narrador explica que los marroquíes –y quizá se pueda generalizar al continente entero– “soñaban, envidiaban, emulaban a los norteamericanos en la forma de vestir, comer, en su poder, a través de sus jugadores de baloncesto, de la Coca-Cola, de las películas de la televisión” (V. E. 131). Ésta viene a ocupar un lugar primordial en la parte “Alí y Loi, ángeles de Ceuta”, que describe a los numerosos niños y jóvenes adolescentes huérfanos que tratan de hacerse un lugar en las mafias o cruzar el Estrecho. En tan sólo tres páginas, se menciona tres veces la importancia de la televisión en la vida de esos jóvenes, cuyos “ojos permanecen muy abiertos, inundados de películas, de imágenes, son ojos de sueños, y galopan hacia su futuro” (V. E. 205). Ese medio de comunicación juega un papel clave en la educación de esos huérfanos y les ofrece un bienestar irreal al que no tienen acceso. Por causa de la televisión, los jóvenes se imaginan una vida mejor basada en las normas y los valores europeos. Todos los elementos que acabo de enumerar son indicios del impacto de la mundialización en África. Muestran que los que emprenden el viaje ya están integrados hasta cierto punto en la mentalidad occidental, pero, puesto que ya están dominados económicamente por Europa, “la recreación del mito de Eldorado, que hemos venido subrayando, se somete a una fuerte inversión” desmitificadora (Abrihach 2006: 199). Al contrario de los colonizadores, ese mito no les trae riqueza y poder, sino sufrimientos y muerte. En *Las voces del Estrecho*, el mito de El Dorado se convierte en una ilusión mortal.

El último mito subyacente en el libro de Sorel es el de Ulises. Se puede establecer muchos paralelismos entre la novela y el relato mítico. Ambos cuentan la historia de un viaje peligroso por el mar Mediterráneo, desafiando la voluntad de unos dioses. En *Las voces del Estrecho*, se establece un paralelismo entre los migrantes y los atunes como fuerzas imparables. Hablando de la migración de esos peces, el Viejo de la Montaña explica que “no hubo [...] viento que su carrera paralizase, guardias que los prendieran, camino que los extraviase, ni brazos de mujer ni cantos de sirena que corten su veloz carrera hacia la almadraba de Zahara” (V. E. 92). La última parte de la frase es una clara referencia a Calipso, con la que Ulises se quedó siete años antes de continuar su viaje, y a la escena de las sirenas, cuyo canto empuja a los hombres a desviar de su ruta para encontrar un final trágico. Los atunes –y por ende los migrantes que

cruzan el Estrecho— están asociados con el héroe mítico que logró volver a Ítaca, su Tierra Prometida. La comparación con ese mito permite dignificar a los inmigrantes e insistir en el carácter atemporal de las migraciones. No obstante, también se invierte ese mito. En efecto, la Tierra Prometida que buscan los ocupantes de las pateras no es su tierra natal sino, al revés, una tierra extranjera y peligrosa para ellos. Al contrario de Ulises, que desafía la voluntad de algunos dioses pero recibe la ayuda de otros, los inmigrantes están solos: tras abandonar su tierra también le han dado la espalda a Dios, al menos según el Piadoso, para seguir al cruel dios-dinero que los sacrifica por el mantenimiento del desequilibrio económico mundial. Abandonados así, van de Caribdis a Escila: si sobreviven al desierto, se enfrentan con los campos transitorios cerca de Ceuta, con el mar y finalmente con las autoridades españolas. *Las voces del Estrecho* describe los peligros de esa larga travesía e insiste en el número de inmigrantes que se ahogan en el mar Mediterráneo. A pesar del trasfondo mítico, pocos migrantes llegan a la otra orilla. Una gran parte de los ocupantes de las pateras no se convierte en héroe sino en víctima.

Las referencias a los mitos del Éxodo, del El Dorado y de Ulises tienen un doble objetivo. Por una parte, dignifican a los inmigrantes tras asociarlos con los héroes fundacionales de la ideología occidental. Le permite al autor presentar a esos transeúntes como descendientes de los viajeros antiguos. Además, la localización de esos periodos en varios momentos de la historia pone el acento en la atemporalidad del fenómeno migratorio. Muestra que la migración está en el origen de la religión monoteísta, en la fundación de la construcción de Europa y en el principio del capitalismo, los tres fundamentos del Occidente. Por otra parte, las diferencias con los mitos originales permiten humanizar a los inmigrantes. Estos no pueden contar con una ayuda divina para ayudarlos y, al contrario de los colonizadores, no llegan en grupos organizados para garantizar su control en la nueva tierra en la que se instalan. Son seres mortales que sufren física y psicológicamente por el proceso migratorio, un sufrimiento que transmite Sorel a través de su libro.

1.3 Inmigrantes víctimas e impotentes

Las voces del Estrecho insiste constantemente en el carácter ineludible de la emigración y el estatuto de víctimas de los inmigrantes. Esas dos facetas encuentran su mayor expresión en los testimonios femeninos, un aspecto del libro al que Abdelaal Saleh Taha dedica un artículo entero. Desde su punto de vista, esas voces son centrales en el relato, visto que las mujeres “son los encargados de plantear los asuntos de gran envergadura: como la exposición de la realidad

socio-política y económica, y la decisión de inmigrar” (Saleh Taha 2017: 111). A pesar de que denuncia la suerte de las mujeres migrantes –que corren aún más riesgos que los hombres–, Sorel no logra hacerles justicia. Tras utilizar una técnica narrativa llamada “omnisciencia multi-selectiva”, un “proceso de selección constante que conduce a crear un mundo lleno de sufrimiento y de privación”, el autor crea una imagen de “mujer-víctima” (Saleh Taha 2017: 114). Es cierto que victimiza a todos los personajes inmigrantes. Pero a los sufrimientos naturales que soportan los hombres –causados por el desierto, el mar o el hambre por ejemplo– se añaden sufrimientos causados directamente por otros seres humanos en el caso de las mujeres. Muchas de ellas son maltratadas, insultadas y violadas tanto en su país de origen como en el de acogida. Además, al contrario de lo que ocurre con los hombres, los mitos, falocéntricos, no permiten dignificar a los personajes femeninos. De hecho, en los tres relatos míticos, los protagonistas son hombres –Moisés, Ulises y los grandes conquistadores–, lo que no deja espacio para una identificación femenina. Las referencias míticas, en cierto sentido, excluyen a las mujeres de las tentativas de dignificación del proceso migratorio. Sólo les queda su estatus de víctimas porque, a pesar de que intentan tomar el control de su vida tras emigrar, nunca ganan plena agencia y la única salida que las espera es la muerte.

La impotencia es un tema que afecta plenamente a las mujeres de la novela pero que también caracteriza a los migrantes masculinos. La palabra clave para describir la situación de todos los personajes migrantes del relato es “silencio”. El título del libro subraya en realidad el mutismo impuesto sobre los inmigrantes. Los muertos reunidos en un antiguo hotel nazi se cuentan sus historias los unos a los otros. Las únicas personas que pueden escucharlas son Ismael y Abraham, dos marginados. Estos testimonios nunca llegan a oídos de los autóctonos porque estos prefieren ignorar las catástrofes que ocurren en el Estrecho. Zahara de los Atunes es “un pueblo de muertos. Sólo que unos lo sab[en] y otros pref[ieren] no reconocerlo” (V. E. 21). El pueblo no se preocupa por los inmigrantes que se ahogan a su lado y ni siquiera los considera realmente seres humanos. El propio médico de Zahara se niega a examinar la mitad del cadáver de una ahogada porque le disgusta y llama a Ismael para que lo haga en su lugar (V. E. 24). Esta actitud tiene una doble importancia. Por una parte, deshumaniza a la muerta, a quien no se la considera digna de una atención médica básica para determinar su identidad. Por otra parte, muestra la posición marginal del sepulturero. Hay que precisar que él mismo es un extranjero que nunca logró hacerse su sitio en la sociedad española. Vive al lado de los muertos que se ahogan tras emprender la misma travesía a la que él sobrevivió por azar.

Ismael no es el único personaje que se relaciona con los autóctonos. Varios inmigrantes que cuentan su historia en el hotel tuvieron contactos, generalmente bastante negativos, con

españoles antes de ahogarse. Algunos de ellos murieron por causa de extremistas que lo atacaron en la playa, otros fueron asesinados por accidente por policías españoles, muchas mujeres sufrieron abusos sexuales por parte de autóctonos... Esas víctimas sufren por tanto un doble silenciamiento: por parte del mar, que “ahog[a] sus gritos” (V. E. 53), y antes por parte de sus victimarios españoles. Nunca tienen la oportunidad de expresarse. Las víctimas del Estrecho son muy conocidas por la cobertura mediática desmesurada de la que benefician las tragedias de las pateras. Sin embargo, los medios de comunicación tienden a generalizar e incluso a banalizar tales accidentes. No se habla de los motivos profundos de los inmigrantes, no se los interroga o entrevista, no se expone lo que pueden aportar a la sociedad española: los reportajes sólo se centran en la locura de tal travesía.

1.4 Desaciertos del autor

Se podría argumentar que el objetivo del libro es, justamente, devolver la voz a esos individuos. Es cierto que *Las voces del Estrecho* es un intento de atraer la atención del público español sobre las causas de las migraciones y las condiciones particulares de cada víctima. No obstante, algunos detalles resultan problemáticos. El primero es la elección del protagonista y focalizador. Abraham es un español suicida a quien le gusta África. Su papel de mediador entre el lector y los inmigrantes en cierto sentido silencia de nuevo a los muertos. El narrador incluso admite que el protagonista inventa una parte de las historias “si es preciso” (V. E. 217). No se esconde su propensión a cambiar la realidad si le viene bien. Además, poner esas historias por escrito ya es una especie de apropiación occidental. El Piadoso le dice a Abraham: “Escuchamos sonidos, voces e historias de nuestros antiguos, ininteligibles para vosotros. [...] La palabra no es algo para ser escrito, y en vosotros inmediatamente tiene que convertirse en texto” (V. E. 109). El sabio problematiza así el uso del formato escrito para transmitir las voces de los inmigrantes. El hecho de que esas historias estén recogidas en un libro ya priva a los inmigrantes de su manera de expresarse. Otro problema es que, como lo afirma Saleh Taha, retomando la idea de Andrés-Suárez, “Sorel comete [...] el error que Edward Said llamó *orientalizing the oriental*, es decir, construir un Oriente, un árabe, un islam a partir de los inveterados estereotipos del imaginario occidental” (Saleh Taha 2017: 115). En efecto, el autor construye el islam como una doctrina sexista, autoritaria y violenta. Es llamativo que al menos tres mujeres musulmanes en el libro tengan que someterse a un matrimonio forzado en el que son maltratadas. Se da una imagen bastante negativa del islam y sobre todo de los hombres musulmanes, una imagen que se hace eco de las ideas preconcebidas que los europeos

mantiene sobre esa religión. Si *Las voces del Estrecho* intenta concienciar a algunos españoles sobre el problema de la inmigración, también refuerza varios estereotipos. Todo el libro está marcado por una visión eurocéntrica que ayuda a su comprensión por parte de los europeos pero, al mismo tiempo, que no permite compartir el punto de vista africano sobre el proceso migratorio. Por ejemplo, el uso de los mitos de la Odisea, la diáspora judía y El Dorado –bases de la construcción ideológica europea– magnifica el proceso migratorio tras presentar a los inmigrantes actuales como herederos de una tradición migratoria ancestral e ilustre. No obstante, no se hace ninguna alusión a los mitos fundacionales africanos. En *Las voces del Estrecho* faltan las voces de los migrantes, su cultura, la comprensión de su religión, su concepción de la migración.

2. *Al calor del día* (2001), Miguel Naveros

Hijo de un periodista de izquierdas, Miguel Naveros Pardo nació en Madrid en 1956 y murió en 2017, después de ser “condecorado con la insignia de Andalucía por su reconocida trayectoria literaria y periodística” (Fernández Amador 2018: 731). Publicó en 2001 *Al calor del día* (en adelante, abreviaré *C. D.* para las citas), una novela en la que toda la trama se desarrolla en un solo día. En ella, se entremezclan una multitud de vidas que ilustran varios de los grandes problemas españoles de principios del siglo: la creciente urbanización, los juegos de poderes, la violencia de género y la inmigración, tanto legal como ilegal. La elección de temas subversivos se puede relacionar con la concepción que Miguel Naveros tiene de la escritura. Para él, “la literatura y el periodismo comparten un mismo fin, el de comunicar” (Fernández Amador 2018: 721). En su opinión, la literatura debe transmitir un mensaje. Como Sorel, Naveros conocía el mundo del periodismo, pero prefirió utilizar la literatura para que sus ideas llegaran a un mayor número de personas. Entre los temas tratados, el que me interesa es obviamente el de la inmigración. Se explora a través de varios personajes secundarios, ya más o menos asentados en España, y de uno de los personajes principales, el guineano Matías Melo. Se rastrean las peripecias de este subsahariano recién llegado que intenta llegar a Las Balsas –zona llena de invernaderos– sin ser detenido por la policía.

Una de los pocos críticos que han estudiado *Al calor del día* es Rasha Ahmed Ismail. Para ella, el libro sólo participa en “el monólogo de Occidente” con un “punto de vista hispanocéntrico” y poco espacio dedicado al inmigrante principal de la novela (Ahmed Ismail 2010: 248). En otras palabras, en la opinión de Ahmed Ismail, Naveros no logra establecer un

diálogo con el África Subsahariana; se encierra en sus ideas de europeo asentado sin dejar espacio a una visión menos occidentalizada. Si bien es cierto que el autor no puede deshacerse por completo de su visión europea, habría que matizar la opinión de la crítica. Matías está poco presente en comparación con el conjunto de la novela, pero su presencia se hace sentir de manera subyacente y el tema de la inmigración se establece como un vínculo entre las distintas tramas. El guineano no es en absoluto el único inmigrante del libro: varios personajes originarios de países extranjeros están distribuidos en la trama y ocupan posiciones heterogéneas en la sociedad. Para tener una idea global de la visión de la inmigración que transmite Naveros, hay que analizar todos esos personajes y su estatus en la sociedad.

2.1 Personajes inmigrantes secundarios: una imagen contrastada del proceso de integración

El primer grupo que se puede destacar se compone de inmigrantes que no han logrado integrarse en la sociedad española. Son personajes víctimas que sufren físicamente por su color de piel. El primero de ellos es un joven nigeriano anónimo que recibe una grave paliza por parte de dos policías porque estaba intentando robar un coche (*C. D.* 368). La reacción de los policías es totalmente desproporcionada y parece responder más a un sentimiento de enfado que a una manera típica de proceder a una detención. Como esa violencia policial no responde a ninguna agresión previa por parte del nigeriano, una juez, Ana Crespo, decide procesar a los dos agentes del orden público, lo que le vale la animosidad de sus colegas de la comisaría. Las dos etapas de ese acontecimiento –la paliza dada al joven nigeriano y la reacción de rechazo de la policía al proceso judicial– son muy interesantes porque revelan ciertas actitudes discriminatorias que puedan adoptar los autóctonos respecto a los inmigrantes. La vista de un africano que está cometiendo un delito desemboca en una reacción desproporcionada por parte de los policías, que actúan directamente como si el ladrón fuera amenazante. Esta reacción podría tener sus raíces en sentimientos de miedo, de enfado y de exasperación –provocada por la asociación sistemática que se establece en la mente de los autóctonos entre crimen e inmigrantes–. La mezcla de tales sentimientos basados en preconcepciones desemboca en actitudes negativas exageradas cuando los autóctonos tienen que tratar con personas de origen extranjero. Además, la reacción de animosidad de la policía hacia la juez traiciona, de manera indirecta, la idea subyacente de que los inmigrantes no deberían tener –en opinión de algunos autóctonos– el mismo acceso a la justicia que el resto de la población. Si los dos policías hubieran dado tal paliza a una persona de nacimiento español, no se habrían sorprendido de las consecuencias. El

hecho de que su víctima sea un nigeriano parece hacerles pensar que no pueden ser procesados. La acción de la juez es lo que se espera en tal caso, pero aparece como ilegítima, en opinión de los agentes de la comisaría, porque se aplica a una persona extranjera que no tiene sus papeles en orden. La decisión de la juez de emprender un juicio recuerda que no porque una persona esté considerada ilegal por el estado en el que se encuentra deja de tener los derechos de un ser humano.

El no respeto de los derechos humanos de los inmigrantes logra su mayor expresión con el grupo de magrebíes que aparece al final del libro. Después de sufrir los insultos y las provocaciones gratuitas de jóvenes españoles, dos de ellos son atropellados voluntariamente por esos provocadores con un coche. Ana Crespo llama ese accidente un “asesinato racista” (C. D. 388). Los magrebíes están poco presentes en la novela pero dos de ellos acaban asesinados. Este final dramático corresponde a la jerarquía destacada por el protagonista Rafael Peral: “una pirámide descendente de prostitutas, esclavos, sudacas, negros y moros, por ese orden, antes los negros que los moros, sí, porque los moros además de la raza aparte [son] el prototipo del infiel” (C. D. 404). Los acontecimientos del libro encajan en esta pirámide. La utilización de la palabra *infel* y su asociación con los magrebíes resulta bastante irónica en un país que intenta volverse cada vez más laico¹⁴. Además, como ya se ha destacado en el análisis del libro anterior, varios países subsaharianos son también musulmanes, pero los autóctonos no asocian necesariamente a los habitantes del África Subsahariana con la religión islámica. El propio Naveros evita mencionar la religión de los inmigrantes del África negra en *Al calor del día*.

La violencia de la que son víctimas el joven nigeriano y el grupo de magrebíes es una manera de recordar los excesos a los que puede conducir el racismo. Sin embargo, no todos los personajes inmigrantes de la novela son víctimas; al contrario, varios de ellos han logrado hacerse un hueco en la sociedad española. Dos buenos ejemplos de la capacidad de adaptación de los extranjeros en territorio español son Édgard y Domingo Muro. Ambos son guineanos, como Matías Melo, lo que resulta problemático. En efecto, como lo subraya Ahmed Ismail, no se precisa de qué Guinea se trata. El origen de esos extranjeros, una información a la que se da generalmente una “suma importancia” en Europa, “se convierte en un dato innecesario o totalmente inservible cuando se trata de inmigrantes” (Ahmed Ismail 2010: 247). La imprecisión de los datos sobre el origen de los subsaharianos traiciona cierta tendencia a

¹⁴ Queda claro que España todavía es muy católica pero, como lo subraya Murray, España es “a secular European nation [...] where actual religión is on the decline” (2018: 105). Según la crítica, el secularismo se asocia con la democracia y la modernidad europeas a las que España quiere adherir (2018: 106). La religión musulmana, por lo tanto, representa no sólo una fe que se volvió antagonista de la fe cristiana durante la Reconquista, sino también una práctica asociada con lo primitivo (Murray 2018: 106).

homogeneizar a los habitantes del continente africano, como si éste fuera un inmenso país y no un conjunto de una gran variedad de culturas. En el caso de Muro y Matías, se puede adivinar que vienen de Guinea ecuatorial, el país subsahariano que ha tenido más contactos con España en los últimos siglos, porque el primero explica que ambos vienen de la misma región, Midyobo (V. C. 137). Esta información permite resaltar la solidaridad que existe entre los inmigrantes de mismo origen, una solidaridad muchas veces tematizada en los libros.

Domingo Muro es un inmigrante que ha logrado integrarse muy bien en España: es abogado, trabaja con Comisiones Obreras y Solidaridad Humana, dos grupos dedicados a ayudar a los trabajadores, y sus pares españoles lo respetan. Su carrera ya está asentada, lo que le permite ayudar a inmigrantes despistados, como Matías, para llegar a Las Balsas, la zona en la que están los invernaderos y en la que los recién llegados tienen más posibilidades de encontrar un trabajo. Édgard, por su parte, trabaja en una discoteca. Es también un compatriota de Matías pero, aparte de eso, no se sabe mucho de él; ni siquiera aparece físicamente en la novela. Sin embargo, ayuda a Matías dándole contactos. El joven recién llegado parece considerarlo como un apoyo seguro y como una figura de autoridad: teme que su amigo se enfade porque no ha seguido sus consejos inmediatamente. No se sabe nada del pasado de Édgard y Domingo. Pero sus respectivas posiciones estables en la sociedad española son una prueba de que es posible escapar, al menos parcialmente, al racismo latente y al papel casi pre-impuesto de criminal que los subsaharianos generalmente desarrollan en la sociedad de acogida europea.

Édgard y Domingo no son los únicos inmigrantes exitosos en la novela. Otro subsahariano ha logrado encontrar un trabajo que le permite ganar mucho dinero e incluso ser famoso. Se trata de Bibó, un joven inmigrante que encontró trabajo en los invernaderos cuando llegó a España. Es ahí que Jesús Romero, el entrenador del club de la ciudad, el Medi, lo descubrió. El español había oído que había buenos jugadores dentro de los trabajadores en Las Balsas, así que fue a ver uno de los partidos que los inmigrantes organizaban durante sus pausas. Vio a Bibó, fue seducido por su talento y decidió integrarlo en el Medi. No obstante, tuvo primero que pasar trámites administrativos totalmente contradictorios: Bibó no podía obtener ese trabajo de jugador profesional sin papeles, pero tampoco podía conseguir papeles sin trabajo. La historia del joven futbolista muestra a la vez su suerte y lo difícil que es ser legalizado para la mayoría de los inmigrantes. Su situación no es para nada un caso aislado: encarna la gran paradoja de la ley española sobre la obtención de los papeles. Aunque Romero se sorprende por lo ilógicos que son los trámites administrativos, no piensa más allá de la situación que lo preocupa. Sólo problematiza el caso de su nuevo talento, sin pensar en todos los otros inmigrantes que se encuentran en la misma situación que Bibó pero con menos suerte. Gracias

a sus talentos como atleta y a la ayuda de un español bastante poderoso, el joven inmigrante ha logrado arreglar sus papeles y se ha convertido en un jugador famoso y querido por los seguidores del Medi. No obstante, éstos siguen viendo a los otros extranjeros con recelo. Disocian a Bibo de uno de los grupos sociales de los que forma parte. Esas contradicciones en las actitudes de los autóctonos hacen pensar que un inmigrante tiene que demostrar sus capacidades para luego ser un poco aceptado y sostenido por los nativos españoles. Pero cuando llegan, en el momento en el que más necesitan ayuda, se topan con su animosidad. Bibo, Édgard y Domingo encarnan la posibilidad para los inmigrantes de integrarse en la sociedad española tras encontrar un buen trabajo. Sin embargo, el libro no muestra cómo se consigue ese tipo de oportunidad. Bibo logra regularizarse por un golpe de suerte mientras que se desconoce las circunstancias que permitieron a Édgard y Domingo lograr el empleo que ocupan. A través de esos tres personajes, *Al calor del día* muestra que es posible, para un inmigrante subsahariano, obtener cierta legitimidad en la sociedad española, pero la manera de conseguirlo resulta bastante borrosa. La otra alternativa oferta por la novela –la de quedarse en el margen de la sociedad sin trabajo fijo, bien remunerado o valorado– es, obviamente, mucho menos atractiva y, desafortunadamente, más asequible.

2.2 El caso de Matías: un futuro abierto

Todos estos personajes rodean la historia de Matías y ofrecen varias pistas de futuro para el joven ecuatoguineano. El primer contacto que se tiene con él se hace a través de una joven, Teresa, que lo ve salir de una casa abandonada en la que el inmigrante ha dormido varios días. Esa primera descripción es muy reveladora ya que muestra los dos elementos principales a los que la gente va a asociar al ecuatoguineano: éste surge de detrás de la basura y le da miedo a un perro que tiene que “retroced[er] para emboscarse en las piernas de su amo” (C. D. 23). Matías está presentado desde el principio como un personaje pobre y que asusta a los autóctonos. No obstante, inmediatamente después la actitud del joven desmiente esa primera impresión: éste tiene tanto miedo que se queda paralizado en plena calle. Sus pensamientos al principio del libro reflejan bien su profunda angustia. Son obsesivos, poco coherentes y casi infantiles. Mientras está esperando a Édgard por ejemplo, piensa lo siguiente: “a ver si llegaba Édgard; Édgard era su amigo; Édgard no se iba a enfadar porque no se hubiera ido ya a Las Balsas; Édgard no se iba a enfadar porque no le hubiera hecho caso al compañero Ibrahim” (C. D. 64). Este monólogo mental muestra una fuerte angustia que le impide articular más de dos proposiciones. El estilo infantil podría ser interpretado como una señal de fuerte prejuicio por

parte de Naveros; con esta elección, el autor se pone en gran dificultad porque parece despertar las concepciones del africano vigentes durante la colonización. Sin embargo, pienso que puedo afirmar que el estilo balbuceante se relaciona más bien con la edad y la situación estresante del personaje que con su origen. La construcción de los otros personajes africanos y el desarrollo de los pensamientos de Matías una vez que está en una situación más estable apuntan en esa dirección. A pesar de su estatura impresionante, el ecuatoguineano sigue siendo muy joven. La incoherencia infantil de sus pensamientos al principio del libro reflejaría su juventud y, de ahí, sus dificultades para mantener la cabeza fría en situaciones peligrosas. Afortunadamente para él, puede apoyarse en inmigrantes con más experiencia que lo ayudan a tener una situación estable y menos estresante.

Cuando se siente en seguridad, Matías cobra confianza y puede permitirse pensar en asuntos que no se relacionan directamente con su supervivencia. Una vez que tiene dinero, trabajo y papeles, deambula por la plaza principal pensando que “le gust[a], sí, porque [tiene] vida en medio de la ciudad muerta; y luz en medio de la ciudad oscura; y gente en medio de la ciudad desierta: ¿[va] la gente donde est[á] la luz?; ¿pon[en] la luz donde [va] la gente?” (C. D. 253). Se permite reflexiones casi metafísicas una vez que se normaliza su situación. No obstante, sus distintas interacciones con los habitantes de la ciudad muestran que, aunque tiene una situación estable y dinero, no está a salvo del racismo. A pesar de su euforia por la obtención de un trabajo, se da cuenta rápidamente de que la actitud de los autóctonos hacia él no ha cambiado. Después de escuchar las declaraciones xenófobas de un tabernero y de pagarle más por ser africano, ve cómo se le impide la entrada a una discoteca. Los autóctonos siguen viéndolo como un pordiosero que no puede tener dinero que no haya sido robado. El día del ecuatoguineano se puede sintetizar en una palabra, “miedo” (Ahmed Ismail 2010: 248). No obstante, el protagonista también matiza esta percepción. Reconoce que en medio de las personas que lo rechazan también ha conocido a algunas personas buenas que lo han ayudado –como Édgard, Domingo Muro, el cura, el loco o Mónica– (C. D. 276). Ésta última lo va a ayudar a encontrar un gimnasio para que pueda desarrollar sus talentos deportivos. En cierto sentido, las historias de todos los inmigrantes subsaharianos del libro son complementarias. El joven Matías da una idea de lo que fue el pasado de Bibo, Édgard y Domingo. Todos tuvieron seguramente que afrontar la antipatía de los españoles antes de hacerse un pequeño hueco en su sociedad de acogida. A su vez, la suerte de los otros inmigrantes permite entrever las varias posibilidades de futuro que se abren delante del joven ecuatoguineano: podrá convertirse en un deportista conocido como Bibo si logra abrirse camino en el gimnasio, encontrar un trabajo más estable y más humano que en los invernaderos a la manera de Domingo y Édgard; o quizá, si tiene menos

suerte, quedarse en los invernaderos y seguir al margen de la vida social española o, aún peor, perder ese empleo y caer en la criminalidad para sobrevivir. De todas formas, el motivo del joven ecuatoguineano es muy claro: quiere trabajar. Se inscribe perfectamente en una ideología capitalista basada en el trabajo duro y el mérito. Sus deseos de trabajar y sus capacidades deportivas ofrecen un final abierto, pero no necesariamente utópico. A pesar de sus cualidades, las interacciones de Matías con los autóctonos muestran que le queda mucho trabajo para estar integrado.

El trayecto vital de Matías también es muy interesante. El autor se aleja de los topos de la literatura de pateras para mostrar que esas embarcaciones no son la única vía de acceso a España. El ecuatoguineano explica que pagó 1 000 dólares para embarcarse como polizón en un barco de línea regular con Melilla (*C. D.* 64). No se habla del trayecto que tuvo que hacer entre Guinea Ecuatorial y Marruecos, como si su trayectoria migratoria empezara en el país norteafricano. No se sabe si recorrió la distancia entre los dos países a pie, en coche o en avión. Hay que subrayar que las cifras propuestas en *Al calor del día* son quizá un poco optimistas. Si una travesía en patera cuesta entre 1 000 y 1 200 dólares, es poco probable que se pague un sitio como polizón en un gran barco por el mismo precio. De ser así, la mayoría de los inmigrantes llegarían en barcos regulares. A pesar de esa pequeña incoherencia, la novela ilustra una realidad menos conocida que el desastre de las pateras. Además de llegar de otra forma, Matías no corresponde a la imagen prototípica del inmigrante desprovisto que se marcha a Europa en una óptica de pura supervivencia y con el objetivo de mandar dinero a su familia. Se sabe muy poco de su vida en su país de origen; es Domingo Muro quien sirve de intermediario para revelar una parte de su pasado. Matías es hijo de un pastor y recibió su educación de una cura que le enseñó a hablar español. Es este cura quien le aconsejó que se fuera a España porque ahí “hay trabajo” y posibilidades de ejercer una de sus actividades de ocio: la carrera (*C. D.* 137). Su decisión de emigrar no responde entonces a una necesidad de sobrevivir sino a un deseo de desarrollo personal. Como Occidente es el centro económico, es ahí donde se tienen más oportunidades. No significa que la vida en Midyobo sea fácil, pero Matías no parece haber sufrido demasiado hambre ahí. Casi la descubre en España. El cura revela en efecto que confesó al joven porque éste se sentía culpable de haber llegado “hasta a pensar en robar... para no tener que pedir” (*C. D.* 252). La declaración del cura revela dos informaciones. La primera no debería ser una sorpresa pero hay que subrayarla de igual forma. La angustia y la culpabilidad del ecuatoguineano desmienten la idea preconcebida de una gran parte de los autóctonos del libro, a saber, la propensión de los inmigrantes a robar. La reacción de Matías muestra que tanto los españoles como los subsaharianos tienen dilemas morales cuando se trata de robar; la diferencia

reside en las dificultades que pueden encontrar los inmigrantes para acceder a productos básicos. La segunda información que revela la confesión del ecuatoguineano es que éste nunca ha tenido que robar antes. En otras palabras, nunca en su vida se ha encontrado en una situación tan dramática como en el territorio español. Lo que podría pasar por un detalle, su confesión, adquiere una gran importancia por lo que desvela sobre el personaje. Demuestra que Matías está listo para sacrificar su vida en busca de una mejora estructural. Antepone el trabajo a la familia y al apego por su tierra. Su trayectoria lo convierte en un *self-made man* en proceso de construcción.

2.3 Actitudes de los personajes autóctonos

A través del personaje de Matías, “Naveros refleja la percepción, la valoración, la aceptación o la negación que siente la sociedad española hacia los negros”, una sociedad que reacciona con pena, indiferencia, odio o crueldad a la presencia del ecuatoguineano (Ahmed Ismail 2010: 247). Recrea así distintos tipos de discursos en contra o a favor de los inmigrantes. Varias reflexiones se revelan particularmente interesantes porque llaman la atención sobre los fallos del sistema. El primero de ellos es una reflexión anti-extranjeros pronunciada por el doctor Jacinto Navascués. El médico se posiciona contra todo tipo de inmigración –africana, americana o incluso catalana–, un proceso que relaciona directamente con la victoria del capitalismo sobre el comunismo (C. D. 131). Reconoce que las migraciones son el resultado de una necesidad económica creada por la globalización. Su opinión negativa de la inmigración, una opinión que se relaciona más voluntariamente con la extrema derecha, lo empuja a situarse económicamente en la extrema izquierda. La actitud del doctor denuncia el carácter ilógico del sistema capitalista: crea la necesidad de una inmigración que rechaza. El segundo discurso completa el primero. Es emitido por el nuevo alcalde, Mario Sola, y aparece en la misma página que la crítica de Navascués. Después de una larga reunión con “la asociación de vecinos del barrio de la Fuente Alta”, cuyo eslogan valora la convivencia y exhorta a acabar con el racismo y la xenofobia (C. D. 131-132), el alcalde se ofusca ante la falta de consistencia de las críticas de sus participantes. En vez de unirse para lograr sus objetivos, los distintos miembros de la asociación no han dejado de “culparse unos a otros de la situación que todos d[icen] rechazar” (C. D. 131). Sola sigue su diatriba destacando que cada grupo se presenta como antagonista de los otros y subraya el vocabulario ofensivo y generalizador –*moro, negro, gitano*– empleado durante la reunión. Su enfado muestra una comprensión profunda del problema: una parte de la población se da cuenta de las injusticias que sufren los inmigrantes africanos y está lista para

cambiar las cosas. Sin embargo, la falta de educación en la problemática migratoria subrayada por Goytisolo y Nair puede desembocar en debates todavía cargados de ideas preconcebidas, como ocurre en la reunión de la asociación de vecinos. La reunión y la reacción de Sola ilustran que, a pesar de las buenas intenciones que uno puede tener, cuando esa persona no está suficientemente educada sobre la problemática que quiere solucionar, no logrará ayudar a resolverla de manera adecuada. Esta reunión se presenta como una crítica de las asociaciones antirracismo y de la izquierda, que, a veces, fallan mejorar la situación de los inmigrantes. El último monólogo surge algunas páginas después, de la boca de Javier Munguía, un colega de Domingo Muro que ayuda a Matías a llegar a Las Balsas. Tiene la impresión de dedicarse al transporte clandestino sólo porque ayuda a un inmigrante sin papeles, lo que ya es significativo de la mentalidad en la que se inscribe España. Además, la situación le parece bastante contradictoria: para ayudar a Matías, lo están llevando a los invernaderos, es decir, una “selva de plástico” en la que reina la “sobreexplotación” (C. D. 137). Javier y Domingo están en un punto muerto. Para dar una oportunidad al joven ecuatoguineano, tienen que entregarlo totalmente al sistema capitalista en el que Matías desarrollará el papel de mano de obra barata y explotable. Los dos hombres se sienten impotentes frente al sistema. El discurso de Javier subraya entonces las contradicciones con las que se topan algunos autóctonos bien intencionados: la manera más rápida de ayudar, fácil y segura a los inmigrantes es hacerlos entrar en un invernadero, es decir en el mundo de la sobreexplotación. Esos tres discursos llevan implícitas varias contradicciones tanto del sistema capitalista como de las asociaciones de ayuda. Muestran las dificultades que encuentran los propios autóctonos para situarse frente a la problemática de la inmigración.

La sobreexplotación de los invernaderos está en la base de un sistema hipócrita que rechaza a los inmigrantes al mismo tiempo que los empuja a venir trabajar a Europa. Tal contradicción es revelada por el cura en una reunión organizada por un colegio elitista. Una de las señoras presentes se queja porque piensa que, en el futuro, ya no podrá disfrutar del sol por la mañana por la presencia “de negros y de indeseables” que estarán en “la Rambla cada dos por tres, como en navidades” (C. D. 229-230). Sin embargo, el cura revela que el colegio en el que están se ha convertido “en el mayor signo de distinción social en la ciudad y, muy especialmente, entre los nuevos ricos que surg[en] a la sombra de la impresionante revolución agrícola llevada a cabo” gracias a los invernaderos (C. D. 230). Dicho de otra manera, los *negros e indeseables* de los que se queja la señora son los que le han permitido volverse rica. La llegada de inmigrantes sin papeles hace posible su explotación en el nuevo sistema agrícola y desemboca en un mayor

desarrollo económico que favorece a la región española y a algunos autóctonos que han invertido en la agricultura.

La declaración de la señora en el colegio hace referencia, además, a un acontecimiento subyacente en toda la novela. A lo largo del libro, varios personajes recuerdan un gran reagrupamiento de inmigrantes en la Rambla durante las navidades. Las múltiples alusiones a este suceso no explican claramente de qué se trata; hay que esperar hasta el final de *Al calor del día* para obtener explicaciones por parte del periodista Rafael Peral, un personaje que “por su profesión y sus ideas puede ser considerado como un *alter ego* del autor Naveros” (Kunz 2002: 208). Según Peral, miles de inmigrantes se reunieron en la Rambla durante las navidades para obtener papeles y fueron expulsados por la policía hasta la estación de tren. Este acontecimiento es, sin duda, una alusión a lo que ocurrió en Almería en diciembre de 2000: “unos 16.000 inmigrantes”, venidos de varias provincias españolas e incluso de otros países europeos, “se concentraron en la ciudad porque se había difundido un rumor sobre la apertura de un nuevo plazo para obtener permisos” (Kunz 2002: 209). Lo que pasó en la Rambla se convierte en un tópico que les permite a los personajes del libro expresar sus respectivos puntos de vista sobre la inmigración. Reacciones de disgusto o de miedo alternan así con actitudes más benévolas, pero generalmente motivadas por un sentimiento de pena. Rafael Peral es el personaje que condena más fuertemente las acciones policiales tras declararlas dignas de los nazis y de los campos de concentración. Esa comparación se revela bastante problemática: “hay una diferencia demasiado grande entre la disolución violenta de una manifestación de inmigrantes por la policía, con lo reprobable que nos parezca, y las atrocidades que cometieron los nazis” (Kunz 2002: 211). Es difícil, sin embargo, sacar conclusiones concluyentes de las declaraciones de Peral. Éstas podrían representar una opinión más en la multitud de valoraciones sobre los hechos de la Rambla que se expresan a lo largo del libro. La posible asociación entre Peral y Naveros no se basa en muchos elementos concretos y, si fuera acertada, podría simplemente mostrar que ninguna opinión es mejor que las otras. El periodista se presenta como un personaje simpático, empático hacia los inmigrantes y fiable, pero su declaración excesiva al final de la novela permite poner en perspectiva las ideas que ha transmitido a lo largo de la novela. No es por qué es de izquierda que detenga la verdad o las soluciones a los problemas de los inmigrantes. De todas formas, es muy difícil para los lectores hacerse una opinión sobre los acontecimientos de la Rambla porque nunca se relatan de manera clara y neutra. Los distintos personajes los utilizan para apoyar las peticiones de los inmigrantes o denunciar el desorden que crean, pero ni se analizan sus causas profundas ni se explican las cuestiones políticas que rodearon el asunto.

2.4 ¿Fallos en el tratamiento del tema migratorio?

Esta falta de profundidad es la crítica principal que desarrolla Marco Kunz en “La España que va mal: *Al calor del día* de Miguel Naveros”. En su opinión, plasmar demasiados puntos de vista “repercute en un tratamiento superficial del tema en breves pasajes que no analizan debidamente los verdaderos problemas y recurren a veces a tópicos manidos” (Kunz 2002: 212). En lo que atañe al tema de la inmigración, la novela “se contenta con un ejercicio combinatorio de elementos previsibles y de episodios tópicos [...] que [...] nunca van más allá de la mera anécdota contada en pocas líneas” (Kunz 2002: 212). Tales críticas están bien fundadas y analizan correctamente el libro. Sin embargo, a mi entender, la presencia muy escasa de los personajes migrantes en la novela –el inmigrante principal, Matías, sólo ocupa “aproximadamente el 4% del libro” (Kunz 2002: 208)– es una de las mejores críticas de Naveros sobre la hipocresía europea. Aunque un hombre negro figura en la portada de *Al calor del día*, los subsaharianos aparecen muy poco en la trama, una casi ausencia que Marco Kunz ve como una prueba del “punto de vista hispanocéntrico” del autor, que deja a los inmigrantes en la “marginalidad social y [...] textual” (2002: 208). Pero tal marginación se podría considerar como el objetivo del autor. Refleja, en efecto, el trato que reciben los inmigrantes en su vida cotidiana en España. Al fin y al cabo, están poco presentes en la vida diaria de los autóctonos, dado que quedan concentrados en los invernaderos. Y, no obstante, están omnipresentes en los debates políticos y en las preocupaciones de los españoles. Kunz subraya que Rafael Peral, el supuesto *alter ego* del autor, declara que los acontecimientos de la Rambla le permitieron establecer una red de vínculos entre los distintos personajes de su libro (Kunz 2002: 208). En la novela, la inmigración es un tema subyacente que une a todos los personajes, aunque tengan opiniones opuestas; sólo quedan excluidos de este debate los propios inmigrantes.

El hecho de que casi no hablen los personajes subsaharianos es, a este respecto, muy significativo. Hasta el abogado Domingo Muro deja a Javier expresar su rabia contra el sistema sin tomar parte en ella. El silencio de los inmigrantes, y sobre todo el de Matías, enfatiza el silencio que la sociedad europea les impone, la imposibilidad de tomar parte en debates que los concierne. Tal idea también aparece tras la reunión de la asociación de vecinos de Fuente Alta: cuando empieza la reunión, están esperando al “representante de la minoría africana” (C. D. 102), pero éste nunca aparece delante de los lectores. Aunque toma aparentemente parte en los debates, no se tiene acceso a su voz. El único momento en el que los inmigrantes logran expresar su opinión es durante los sucesos de la Rambla, un episodio que ocurrió antes de la

historia del libro, que no se cuenta correctamente en la novela, que acaba con la intervención de la policía y que encarna, en la memoria de varios autóctonos, una amenaza. La ausencia y el silencio de los personajes subsaharianos son una manera de reflejar la sociedad occidental y de mostrar su hipocresía y su miedo infundado frente a una comunidad que tiene muchísimas más razones para estar asustada a la vista de la actitud de la sociedad con ella.

Miguel Naveros utiliza en *Al calor del día* una estrategia muy diferente a la de Andrés Sorel. Mientras que el segundo intenta transmitir las voces de los inmigrantes pero acaba revelando una visión eurocéntrica tras orientalizar al oriental, el primero asume su posición sesgada. En vez de tratar de esconder que es español, Naveros desarrolla su visión eurocéntrica para denunciarla y apuntar hacia todos sus fallos. No dar voz a los *sin-voz* le permite volver casi tangible su silencio. La ausencia de los inmigrantes en una sociedad obsesionada con ellos se convierte en una contradicción que atrae la atención de los lectores y que empuja a la reflexión. Su silencio grita contra la hipocresía de la sociedad capitalista y denuncia sus abusos.

3. *Donde mueren los ríos* (2006), Antonio Lozano

Donde mueren los ríos es uno de los primeros libros de Antonio Lozano (1956-2019). Este “escritor, profesor, traductor e intérprete” (Álvarez Morice 2019) dedicó su vida al desarrollo cultural de la ciudad de Agüimes. De hecho, fue concejal de Cultura entre 1987 y 2003 y creó varias acciones de intercambio cultural, entre las cuales se destacan el Festival del Sur-Encuentro Tres Continentes y el Festival Internacional de Narración Oral, abierto al mundo entero. Gran africanista, también se distinguió por su papel como profesor de francés y luego como escritor. Aunque empezó a escribir bastante tarde, en 2002, logró escribir nueve libros antes de ser vencido por un cáncer. Aunque se conoce, sobre todo, por el carácter policíaco de sus novelas, la inmigración africana a Europa es también un tema recurrente en su obra e incluso constituye la trama de sus dos primeras novelas, *Harraga* y *Donde mueren los ríos* (en adelante, abreviaré *D. M. R.* para las citas) así como de *Me llamo Suleimán* (2014). Sus vínculos con el continente africano –nació en Tanger– y con el europeo le ofrecen una visión descentralizada y lo distinguen así de los otros cuatro autores analizados en el presente trabajo.

3.1 Inmigrantes en el centro de la historia

La primera gran diferencia entre *Donde mueren los ríos* y las dos novelas anteriores es la elección del narrador. Éste se llama Amadú, es un universitario originario de Sierra Leona y pretende ser el autor del libro. La novela se presenta entonces desde el principio como una autobiografía –una toma de posición claramente desmentida por su publicación por *Tapa Negra* y por la falta de identidad onomástica entre autor, narrador y protagonista–. El falso uso de tal género tiene un doble objetivo. Por una parte, permite crear una impresión de veracidad. Como lo destaca Marie-Thérèse Kilidjian, se trata de “une œuvre hybride qui ne cesse d’osciller entre le roman et le reportage” (2013: 277). El carácter documental del libro está reforzado por la toma de palabra de los distintos protagonistas. Amadú es el narrador principal, pero pretende reproducir en primera persona los testimonios de sus amigos. El uso del género autobiográfico y del estilo documental –con la reproducción del discurso de los protagonistas entrecortado por comentarios del narrador principal– aumentan la impresión de veracidad y ponen de relieve el hecho de que el libro es una tentativa de reflejar una realidad social. Por otra parte, la narración de los hechos por un personaje que los ha sufrido ayuda a establecer una poética de la compasión (Kilidjian 2013: 276), un concepto que hace fuertemente eco a la ética de la compasión que desarrolla Abrighach en su análisis de *Las voces del Estrecho*. Además, desde la primera página Amadú se dirige a un narratario desconocido pero europeo: “creo que aquí, en *vuestra tierra*, he de contaros [...] la parte de mi vida que empieza al salir de mi país” (*D. M. R.* 15, énfasis mío). Se esclarece dentro de la novela misma que ella está destinada a un público lector europeo. Abrighach añade que, gracias al dinamismo creado por el uso de la oralidad, “la enunciación narrativa se consume desde una poética de la proximidad” (2006: 98-99). El uso de un narrador letrado y, para colmo, universitario empuja, siguiendo una valoración europea, a hacerle confianza. Todas las técnicas narrativas utilizadas están diseñadas para que los lectores europeos se sientan próximos a los personajes y se relacionen emocionalmente con ellos. En tal contexto, la intriga policíaca casi se convierte en un mero pretexto para atraer al público y hacerle descubrir la vida de los cuatro protagonistas inmigrantes.

La segunda diferencia con *Las voces del Estrecho* y *Al calor del día* reside en los personajes principales. Todos ellos son inmigrantes originarios de cuatro países distintos. Ya no son sólo personajes marginales que aparecen brevemente en la trama para contar su historia: son los protagonistas del libro y el narrador forma parte de ellos. La única mujer protagonista, Fatiha, es marroquí, así que no voy a detenerme demasiado en ella. De paso, hay que resaltar que es una mujer educada, multilingüe, que emigró a Las Canarias para escaparse del poder tiránico

de su padre y que, por estar mejor integrada, ayuda mucho a los otros inmigrantes. Trabaja en efecto en el Centro de Acogida de Refugiados de Vecindario –después de prostituirse algún tiempo– y es ella la que lleva a cabo la investigación sobre el asesinato de Aida, una amiga prostituta senegalesa. Es en el contexto de esta investigación cuando conoce a Amadú, el narrador de la historia. Este profesor de literatura tuvo que huir de Sierra Leona para escapar a la persecución política de la que era víctima por hablar “de los problemas del país en clase” (*D. M. R.* 16). Es también multilingüe –habla inglés, krío, francés y español–. Su formación debería darle una clara ventaja: su manejo de las lenguas le permite entender rápidamente lo que se espera de él y su educación universitaria es, normalmente, muy valorada en Europa. Por cierto, es por ella que logra entrar legalmente en España. Después de cruzar Guinea y de quedarse un año dando clases en una universidad de Dakar, un amigo suyo le consigue un visado temporal para dar una conferencia en Las Palmas. No obstante, después de la caducidad de su visado de un mes, Amadú se convierte en un inmigrante irregular. A pesar de su diploma y de su estatus de refugiado político, no logra regularizar su situación y tiene que empezar a trabajar en la recogida de tomates como la mayoría de los otros inmigrantes masculinos desprovistos de papeles en orden.

Mientras trabaja en los invernaderos, conoce a Tierno y Usmán, los dos últimos protagonistas de la novela. El primero es un maliense que pertenece al ancestral pueblo *peul*, un pueblo que vive de sus rebaños de ganado. Su presencia como personaje permite sumergirse en la cultura de un pueblo africano ancestralmente nómada. Tierno muestra un gran apego por sus orígenes, pero se ve obligado a emigrar debido a los cambios climáticos que diezman los rebaños. Primero va a Bamako, donde una amiga de su madre lo acoge, y empieza a trabajar duro en un restaurante. Ahí, seduce con sus dotes de cuentista a un capo del tráfico humano que organiza su viaje hasta Gran Canaria, le consigue trabajo en un invernadero y le promete enviarle documentos en orden. Aunque obtiene el apoyo de ese hombre muy poderoso, el viaje de Tierno es duro y se acaba con la travesía del mar en cayuco, de El Aiún –Sahara Occidental– a las Islas Canarias. El segundo, Usmán, es un huérfano que creció en Uagadugú con sus abuelos. Cuando ellos murieron, vivió durante un tiempo mendigando por las calles para sobrevivir antes de ser recogido por Hadama Yameogo en su orfanato. Cuando empieza la novela, Usmán ha ahorrado bastante para irse en cayuco a Europa y así averiguar lo que ocurrió con Adán y Eva, una pareja española que habría tenido que adoptarlo pero que dejaron de dar noticias cuando tenía trece años. El objetivo del adolescente es entonces encontrar a Eva y descubrir la Europa con la que había soñado. Al igual que Tierno, Usmán también encuentra ayuda: se hace amigo de Jonay, un adolescente español, y de los amigos de éste. Todos ellos lo

ayudan a encontrar a Eva y siguen apoyándolo a lo largo del relato. El joven burkinés empieza a trabajar en el mismo invernadero que Amadú y Tierno gracias a un pacto dudoso con Bubacar, un colega senegalés del intelectual sierraleonés. Quizá sea un poco larga la presentación de los protagonistas, pero es importante para que se entienda bien la argumentación. Permite plantear ya las bases del análisis.

3.2 Personajes consistentes y heterogéneos

Como se puede ver por los dos párrafos anteriores, Lozano toma el tiempo de desarrollar el pasado y la personalidad de los personajes. Tras darles a cada uno un carácter único, el autor rompe con la homogeneización reductora que marca los dos libros anteriores. Tanto en *Las voces del Estrecho* como en *Al calor del día*, los personajes inmigrantes carecen un poco de consistencia. En el primer libro, tienen a veces historia y objetivos, pero son más bien prototípicos: las mujeres quieren escapar de la violencia sexista de su país y los hombres de la pobreza. Muchos de esos personajes carecen asimismo de nombre y de origen. En el segundo libro, los inmigrantes están aún menos desarrollados. Le permite a Naveros no hablar en lugar de los extranjeros pero también le impide dar corporeidad a sus personajes. Estos casi son atemporales. No tienen pasado, ni objetivos claros –aparte de trabajar–, ni orígenes fijos. Lozano, por su parte, logra transmitir un cuadro muy completo de las circunstancias en las que sus personajes emigran tras detallar pasado y presente y dar una idea de lo que espera a cada uno de ellos. Su gran conocimiento de África y su uso de un narrador subsahariano le permite dar la palabra a los propios inmigrantes sin caer en una visión eurocéntrica.

En vez de recrear los lugares comunes más frecuentes, el autor utiliza la diversidad de sus personajes y varias inversiones para matizar el proceso migratorio. Su primer mérito es la diversidad de las causas de emigración. Los protagonistas no se van a Gran Canarias sólo para escapar a la pobreza, sino que cada uno tiene varios motivos que se entremezclan. La mayoría de los personajes no querían huir de su país y algunos incluso afirman que vivían mejor en su lugar de origen (*D. M. R.* 68). Tierno, por ejemplo, ama particularmente a su tierra y a su pueblo. Declara a Amadú: “nosotros nunca fuimos pobres. Yo no me imaginaba existencia más feliz que la mía, antes de que el harmatán lo secara todo” (*D. M. R.* 115). Acepta irse para ayudar a su familia a superar las malas condiciones climáticas. También juega en su determinación su impresión de seguir los pasos de sus antepasados. Está convencido de que hay que caminar hasta encontrar su sitio en la Tierra. Por eso, decide seguir su camino desde Gran Canarias hasta Madrid. Tal como el Níger, quieren caminar hasta “donde mueren los ríos”

(D. M. R. 143). El gran río africano se convierte en una metáfora del trayecto de los migrantes. En lugar de ir directamente al mar, “dibuja sobre la tierra una enorme curva [...]. Y tras repartir vida por su camino, regresa, entonces sí, donde mueren los ríos” (D. M. R. 59). Su trayectoria azarosa refleja los caminos tortuosos que emprenden los migrantes subsaharianos que se van a Europa. Estos no se contentan con mudarse al país vecino para tener una vida ligeramente mejor; atraviesan múltiples países africanos, el mar y, a veces, varias regiones españolas para tener “la oportunidad de iniciar una existencia digna” (D. M. R. 87). No buscan simplemente sobrevivir, sino afirmar su humanidad tras deshacerse de los vínculos coloniales establecidos por Europa. Y la mejor forma de hacerlo es integrarse en el sistema capitalista para obtener el mayor poder que exista en el mundo de la globalización: el dinero. Sólo entonces, cuando hayan recuperado su dignidad, pueden volver a atravesar el mar, el lugar donde se mueren los ríos. En su descripción del Níger, el narrador precisa que el río da vida a los diferentes países que atraviesa. De la misma manera, en la novela, los inmigrantes en Europa intentan devolver vida y dignidad a sus países de origen tras luchar por hacer reconocer sus derechos como seres humanos. Se introduce además, a través del personaje de Usmán, lo que Abrighach llama “una sensibilidad africanista” (2006: 167). El joven burkinabé vuelve a su país de origen bastante pronto pero lleno de experiencias. Aunque no se sienta capaz de cambiar las cosas desde Europa, se percató de que es posible introducir los cambios desde África misma. El final de su emigración no reside para él en Europa sino en su continente de origen. Como lo expresa bien el crítico marroquí, “la emigración actúa, aquí, como una experiencia de tránsito hacia la toma de conciencia histórica de la necesidad de luchar, en términos ideológicos, para cambiar el destino de África y de los africanos” (Abrighach 2006: 168). Lozano entra con este personaje en la lógica de los escritores de la *negritud*, que subrayan la necesidad de luchar desde la propia patria para devolver su dignidad al continente. Insiste en el poder de los africanos para hacer cambiar las cosas sin tener que recurrir a los poderes y valores europeos.

3.3 Ni simplificación, ni dicotomía: diversidad y complejidad de lo real

Además de mostrar que las condiciones de vida difíciles no son la única causa de emigración, Lozano da una gran importancia a la cultura subsahariana, un aspecto totalmente olvidado por Naveros y Sorel. La presencia de la cultura africana aparece desde la primera página. Para hablar de la memoria, el narrador cita a Abdourahman Waberi, un autor yibutí que ha trabajado en varias universidades francesas. El relato de Amadú está lleno de referencias a la literatura africana, el sierraleonés encuentra serenidad en los libros que lo acompañan en su

viaje y cita en varias ocasiones a autores africanos como Amadou Hampâté Bâ, Ahmadou Kourouma, Cheik Amidou Kane, Wole Soyinka, Jean Baptiste Mutabaruka o Jean Louis Dongmo. Se sorprende de que los españoles no conozcan a los escritores del continente que está justo al otro lado del Estrecho porque prefieren imitar al norte (*D. M. R.* 66). Esta reflexión recuerda la especie de jerarquía geográfica que existe en el mundo: se valora muchísimo a lo que se hace en el norte occidental y se olvida de lo que ocurre en el sur. Esta división también se desarrolla en el seno de Europa, un continente en el que España todavía intenta hacerse un hueco. Además de las referencias a la literatura africana, Amadú aborda la realidad política en África subsahariana. Describe la situación bélica en Sierra Leona (*D. M. R.* 39) y las tensiones con los países limítrofes, cuya estabilidad social ya precaria es amenazada por la llegada masiva de inmigrantes sierraleoneses que huyen de la guerra civil (*D. M. R.* 40); por boca de Hadama¹⁵, relata el asesinato del líder africanista Thomas Sankara y acusa a los servicios secretos de F. Mitterand de haber participado en el golpe de estado llevado a cabo por Blaise Campaoré en 1987 (*D. M. R.* 22); se indigna, asimismo, de las ejecuciones contra simples ladrones y opositores que ocurrieron en Guinea Conakry pero de las que los periódicos europeos no hablaron (*D. M. R.* 40). Amadú describe así algunos grandes acontecimientos políticos de África subsahariana desde una perspectiva autóctona. En cierto sentido, sirve de guía para introducir al lector en la realidad africana, al menos desde el punto de vista intelectual.

Aunque el papel de Amadú es fundamental para sumergirse en la vida pública del continente, los puntos de vista de Usmán y Tierno se revelan quizá aún más importantes. En efecto, permiten entrever la vida privada y la cultura de algunos pueblos. La vida diaria de los dos jóvenes protagonistas está marcada por dificultades cotidianas, pero también por el amor y la solidaridad. El burkinabé, por ejemplo, está confrontado a la muerte de sus padres primero y luego de sus abuelos, lo que lo obliga a vivir en la calle con otros huérfanos. A pesar de tales dificultades, Usmán logra sobrevivir gracias a la caridad de los habitantes de Uagadugú – aunque admite que ha tenido que cazar ratas de vez en cuando –, hasta conocer a Hadama, una especie de figura paterna para él. En lo que atañe a Tierno, el joven *peul* tiene una infancia bastante feliz. Crece rodeado por los suyos e inmerso totalmente en su cultura. La descripción de la juventud del maliense se convierte en un pretexto para describir varias tradiciones *peul*, como la ceremonia de pasaje para convertirse en un hombre. Su desgracia llega por razones climáticas que ponen en peligro el medio de vivencia de su pueblo: el ganado. De manera

¹⁵ Esa escena acaba de desvelar el carácter artificial de la voz autobiográfica. En efecto, lo que transmite el narrador en primera persona sólo se puede basar en acontecimientos de los que los personajes fueron testigos. En el caso presente, nadie puede haber contado la escena a Amadú, en vista de que Usmán no estaba presente.

sorprendente, ambos describen entonces una vida bastante feliz pero que sus objetivos y las circunstancias les obligan a abandonar. Esos dos personajes muestran la importancia de la oralidad en sus culturas respectivas. Se precisa desde el principio que, “aunque Tierno no sabe leer ni escribir, posee un profundo conocimiento de la historia de su pueblo, de sus tradiciones, de su cultura” (*D. M. R.* 35) gracias a la importancia que tiene la transmisión oral. El pueblo *peul* ilustra perfectamente la famosa cita de Amadou Hampâté Bâ que se retoma en la novela: “cada vez que un viejo muere en África se incendia una biblioteca” (*D. M. R.* 144). Usmán, por su parte, explica que es “mosi, un pueblo que cree en la palabra, sabe que es sagrada” y que no necesita ningún papel para firmar un contrato: se contenta con la palabra de su interlocutor (*D. M. R.* 155). Asimismo, ambos personajes recurren a menudo a proverbios o cuentos africanos. Usmán recuerda regularmente las enseñanzas de Hadama mientras que Tierno transmite los valores de su pueblo tras contar cuentos moralizadores a Amadú.

La gran presencia de la oralidad en los relatos del burkinabé y del maliense revela la ruptura cultural que separa a los europeos de algunos –o quizá muchos– pueblos subsaharianos. Mientras que los primeros sólo confían en la palabra escrita, los segundos funcionan con la palabra oral. Forma parte del sistema de educación y de memoria y permite transmitir los valores y las creencias de una cultura. Esta división entre las dos maneras de pensar se vuelve decisiva en lo que atañe a los inmigrantes: ellos tienen que perderse en un laberinto de trámites administrativos para obtener papeles que regularicen su situación. Como se explica en la novela, sin papeles no tienen identidad y, de ahí, tampoco derechos (*D. M. R.* 130). La pérdida de la identidad al llegar a Europa es un tema recurrente en *Donde mueren los ríos*, pero Tierno lo resuelve al final con su determinación: decide que “tiene el mismo derecho que cualquiera a papeles legales. Y que si no se los dan, que él tiene un nombre, el que su padre y su madre le dieron, y una historia propia. Que esa es su identidad, con papeles o sin papeles” (*D. M. R.* 213). Esta declaración final, transmitida por Fatiha, trae consigo una última nota positiva. Muestra que el joven *peul* ha entendido que no está obligado a adoptar los valores europeos para hacerse un lugar en la sociedad de acogida. Se reapropia de su identidad tras reafirmarla oralmente, mostrando así que es dueño de sí mismo y no el esclavo de la buena voluntad europea. Ambos Tierno y Usmán, con métodos diferentes, se vuelven protagonistas de sus vidas.

Tras las múltiples referencias a la diversidad cultural, política y geográfica del África subsahariana, Lozano evita caer en la extendida trampa de la homogeneización del continente. Reconoce las particularidades de varios países e incluso de varios grupos culturales dentro de un mismo país. Tal matización le permite romper la dicotomía africanos buenos-europeos malos, que está bastante presente en los libros sobre la inmigración subsahariana. Varios

personajes ayudan a borrar esta dicotomía. El primero es Bubacar, un inmigrante senegalés que trabaja en el mismo invernadero que Usmán y Tierno y que es amigo de Amadú. En vez de ayudar a los recién llegados para mejorar la vida de los inmigrantes en general, hace una alianza con los patrones del invernadero para sacar provecho personal de los otros extranjeros. Logra así manipular al joven Usmán: le promete obtenerle un trabajo si el burkinabé acepta que Bubacar cobre su primer mes de salario en su lugar. Sin embargo, el senegalés se aprovecha de la juventud y del aislamiento de Usmán para quitarle también el salario del segundo mes. Se desvela pronto que Bubacar ha manipulado así a otros inmigrantes, pero, cuando el burkinabé quiere denunciar la situación, recibe una paliza. Aunque conoce las dificultades de la vida de inmigrante, el senegalés prefiere servir sus propios intereses para ganar la mayor cantidad de dinero posible. No corresponde al prototipo literario del subsahariano que ayuda a sus camaradas sin pedir nada en cambio. Forma parte de los malos del libro, de las mafias que oprimen a los inmigrantes en la sombra del sistema. Estas mafias, compuestas de europeos y de africanos, no conocen fronteras visto que desarrollan su negocio a ambos lados del mar: “la información circul[a] entre Canarias y África” (*D. M. R.* 202). Controlan tanto “el tráfico de mano de obra” como “la red de prostitución” (*D. M. R.* 202). En África subsahariana, algunas personas, como el hombre que ayuda a Tierno, ganan mucho dinero gracias a su participación en las redes mafiosas. Tales personas están listas para dejar que sus compatriotas sean explotados, lo que no falta de recordar los actos de ciertos poderosos africanos durante la colonización. A través de Bubacar y del carácter internacional de las mafias, se crea una imagen matizada de los subsaharianos que, como cualquier ser humano, pueden decidir ayudar a sus compatriotas o servir sus intereses propios.

3.4 Fronteras ambiguas: una construcción humana

En contraste con Bubacar y las mafias, varios personajes europeos se muestran muy acogedores. Es el caso de Paco –lo que no es tan sorprendente visto que trabaja en el Centro de Acogida de Refugiados de Vecindario– y del círculo de Jonay. Este adolescente se encuentra a Usmán escondido detrás de su coche y decide llevárselo a su casa para ayudarlo. Obtiene de sus padres que el subsahariano se quede algún tiempo en allí, lo ayuda a encontrar a Eva y lo introduce entre sus amigos. Gracias a él, Usmán entra en un grupo de amigos europeos que lo va a sostener a lo largo del libro. Esta buena experiencia lo lleva a pensar que “ser joven [es] como ser de una misma nacionalidad, o algo así. Una misma patria: el mundo; una misma ambición: conquistarlo” (*D. M. R.* 105). Aunque el padre de Jonay rechaza acoger por más

tiempo a Usmán en su casa por miedo a la policía y al cambio, el joven subsahariano no tiene que enfrentarse a actitudes directamente racistas. Aristide y Dieudonné, dos amigos de Amadú, también declaran que no han recibido ningún comentario racista desde que llegaron y que incluso “hay un montón de organizaciones que ayudan” a los inmigrantes (*D. M. R.* 68-69).

Dos cosas que les impiden integrarse bien en la sociedad española son la desconfianza de los europeos hacia ellos, así como su propia pobreza. La falta de dinero les separa estructuralmente de los autóctonos y crea desconfianza e ignorancia. Kilidjian subraya, en efecto, que se impone en el espacio urbano una frontera invisible que se construye “sur la précarité qui oblige les personnages à se loger dans les quartiers les moins chers mais aussi, les plus détériorés de l’espace urbain, et qui balise leurs itinéraires” (2013: 294-295). El espacio urbano europeo, que atrae a tantos inmigrantes subsaharianos, finalmente los rechaza a su periferia por ser pobres, un fenómeno de segregación social llamado *gentrificación* (Kilidjian 2013: 311). Este proceso está bien ilustrado en *Donde mueren los ríos*. Se establece un claro contraste entre la pequeña África, el edificio que aloja casi únicamente a africanos, y la contigua avenida de Las Canteras, un paseo cosmopolita y comercial. La pequeña África es insalubre y sobrepoblada; cada piso acoge a varios inmigrantes. Este ambiente contrasta con el aire ligero y de libertad del exterior, como si los dos lugares pertenecieran a dos mundos diferentes. Sin embargo, Aristide, que vive en ese edificio insalubre, declara que no se queja porque “a otros les ha ido mucho peor” (*D. M. R.* 67). Se refiere a los trabajadores alojados en los invernaderos, entre otros. Amadú, Tierno y Usmán tienen que vivir en un barracón durante algún tiempo y describen ese alojamiento como un lugar infernal. Si la jornada en el invernadero ya es casi insoportable por el calor extremo y el azufre, la noche en el barracón se vuelve infernal. Viven ahí cincuenta subsaharianos de nacionalidades distintas –lo que ya puede provocar tensiones por diferencias culturales– con sólo dos retretes y dos duchas, una situación inhumana. La proximidad extrema, el calor y la falta de condiciones de higiene aceptables dan al barracón un mal olor, “el olor de la muerte” piensa Usmán (*D. M. R.* 156). Si la avenida de Las Canteras es un “paraíso” (*D. M. R.* 67), los barracones se convierten, en comparación con ella, en el infierno que sostiene ese bienestar. Aunque la mayoría de los autóctonos no muestre un racismo directo, las fronteras invisibles que se establecen siguiendo la división del poder económico desvelan un racismo estructural que impide que los inmigrantes tengan acceso al mundo europeo. Incluso dentro de Europa misma están relegados en la periferia del sistema.

La presencia de fronteras invisibles dentro del espacio urbano y las dificultades que los inmigrantes encuentran para acceder al bienestar, incluso una vez que están en Europa, muestran que las fronteras son una construcción (Balibar, citado por Kilidjian 2013: 277). Se

presenta al Estrecho de Gibraltar –o al mar cuando se trata de las Islas Canarias– como una muralla infranqueable, pero la realidad demuestra que es totalmente permeable para cierto número de personas. Por un lado, deja pasar a una serie de inmigrantes considerados como ilegales que vienen a sostener el sistema capitalista europeo. Tal permeabilidad ilustra la hipocresía del continente norteño: se aprovecha de los inmigrantes sin papeles para explotarlos tras hacer la vista gorda en varios sectores económicos pero, al mismo tiempo, los rechaza simbólicamente, convirtiendo en la mente de los autóctonos tales inmigrantes en un peligro para el bienestar. El Estrecho de Gibraltar adquiere un papel simbólico. Se convierte en una excusa para redimir a los gobiernos europeos y esconder su participación, o falta de intervención, en el tráfico de personas y la inmigración ilegal. Por otro lado, esa falsa frontera es totalmente permeable en el otro sentido. Como lo subraya Abrighach, la globalización “se hace en un sentido unilateral en beneficio del capital y de los negocios sucios o legales, pero con la explotación de los desfavorecidos del planeta” (2006: 149). Así, no plantea ningún problema que las mafias actúen en ambos lados del Estrecho. Para ellas, no existe frontera. De la misma manera, Adán y Eva no encuentran ninguna dificultad para llegar a Uagadugú. En calidad de turistas europeos, las puertas de los dos continentes les están abiertas. Lo que se considera como una frontera infranqueable finalmente aparece como una construcción ficticia que sólo afecta a los inmigrantes africanos y empuja a algunos a poner su vida en peligro. Por contraste, se esconden fronteras invisibles y, ahora sí, casi infranqueables dentro de los espacios urbanos europeos mismos. Tales divisiones, diseñadas por el capital económico de los habitantes de la ciudad, se revelan mucho más eficaces que el mar, dado que encierran a los inmigrantes en el círculo vicioso de la pobreza.

3.5 Inversión de lugares comunes

La visita de Adán y Eva a Uagadugú es uno de los primeros indicios del proceso de inversión que Lozano integra en su libro. Los dos europeos se podrían considerar, en efecto, como los primeros inmigrantes del libro. Así como los subsaharianos conocen a Europa por lo que ven en la televisión y los rumores que oyen a diario, la pareja entra en contacto con el continente africano tras un anuncio publicado en un gran periódico por una ONG. Adán y Eva intentan luego juntar más informaciones leyendo la Guía del Trotamundo (edición África Occidental). En otras palabras, la imagen que se hacen del África subsahariana no viene de su experiencia directa, sino de lecturas orientadas. La inversión se hace aparente desde el viaje mismo. Además de llegar legalmente por avión, están directamente acogidos por Hadama, lo que los tranquiliza

mucho. El burkinabé sabe que los turistas europeos siempre están muy estresados al llegar y que se aferran a su presencia como “quien se aferra a una tabla en un naufragio cuando las aguas están a punto de tragárselo” (*D. M. R.* 20). Esta comparación muestra directamente el contraste entre la situación de los dos europeos y la de cualquier inmigrante subsahariano en Europa. Mientras que los primeros llegan sin correr peligro y pueden contar con la ayuda de un autóctono, los segundos están en una situación mucho peor: tienen, a veces, que enfrentarse con la muerte, saben que no podrán contar con ninguna ayuda de los autóctonos y, como no son bienvenidos, seguirán en peligro hasta obtener los papeles. Y, sin embargo, Adán y Eva tienen un ataque de pánico cuando salen del aeropuerto. Su reacción permite al lector entrever, comparativamente, el estrés que puede causar el proceso migratorio para los que no son europeos.

Aunque la inversión que ofrece el viaje de Adán y Eva sea quizá la más interesante porque permite al lector ponerse en el lugar de los inmigrantes, no es la única que ofrece el libro. La pareja forma parte de un conjunto de personajes occidentales que comparten un mismo interés por el sur. También pertenecen a ese grupo la madre de Jonay, Dufour –el creador francés del orfanato de Usmán– o Ernesto –el teniente del bar preferido de Fatiha y asesino de Aida–. Para Abrighach, los sueños del sur de esos personajes “convierte a los autóctonos de los países de acogida en unos migrantes *sui generis*, porque, en opinión de los novelistas, la migración es una constante del ser humano ya que sirve para tender puentes y lazos comunes de interculturalidad entre los humanos” (2006: 293). El interés de los personajes europeos por el sur, inversión del sueño africano con el norte, permite establecer vínculos entre autóctonos e inmigrantes, como se ve en la relación entre Jonay y Usmán. Obviamente, el apego por el continente africano no es cosa propia de algunos europeos soñadores, sino que es compartido por todos los personajes subsaharianos de la novela. Esos inmigrantes reconocen que preferirían vivir en su país de origen si tuvieran oportunidades ahí. Aunque esta nostalgia por la patria parece ser más bien una consecuencia del mito del Eterno Retorno¹⁶ en el caso de los personajes secundarios, los protagonistas muestran un fuerte apego por su tierra natal anterior a la migración. Tierno en particular admira mucho a su pueblo y al continente africano en general. Tal afecto por la patria ilustra, mejor que cualquier dificultad encontrada ahí, la necesidad de emigrar. Los protagonistas no buscan una tierra mejor y perfecta, un El Dorado: ya viven en el lugar donde les gustaría vivir. Desde luego, es el espacio urbano europeo el que está presentado como una

¹⁶ Una noción desarrollada en el Capítulo 2.

selva en la que hay que sobrevivir (*D. M. R.* 149). Pero quieren desarrollarse con toda dignidad para poder llevar tal desarrollo y dignidad a casa cuando vuelvan.

La inversión del mito de El Dorado europeo no se limita a la descripción del apego de los inmigrantes por su tierra. Lozano va más lejos tras pintar una Europa infernal e irreal. El continente presentado por la televisión y los otros medios de comunicación como el epicentro del desarrollo, de la modernidad y del bienestar se revela, en *Donde mueren los ríos*, artificial. Tal artificialidad se traduce por “le sentiment d’irréalité qui semble envelopper tout ce qu’ils [los personajes] voient” (Kilidjian 2013: 318). Por contraste, el continente africano “est présenté par les personnages d’Antonio Lozano comme un espace qui met en éveil tous les sens de l’être humain, et non plus le seul regard” (Kilidjian 2013: 321). Europa ya no es el epítome de la vida moderna; al contrario, aparece como un mundo hiperreal o, desde el punto de vista de los inmigrantes subsaharianos, un mundo definitivamente irreal. Para Abrighach, esta utilización de lo irreal en la caracterización de la pequeña África “sirve como pretexto para connotar el destino de los emigrantes, que acaba con la muerte y el cautiverio [sic] en un edificio-cárcel” (2006: 213). La irrealidad se relaciona entonces con lo mortal y lo infernal que es Europa. Esto lo ilustra la historia de Aida, la prostituta senegalesa asesinada. Según Amadú, su vida tiene “mucho de literario” (*D. M. R.* 95) por las numerosas dificultades que la salpican. Por eso, cuando su familia la envía a Europa para ganar dinero, Aida piensa que está dejando lo peor atrás. En realidad, atraída por los “cantos de sirena” de Europa (*D. M. R.* 130), no hace más que caer de Caribdis en Escila, pasando de niña violada por su padre a prostituta en manos de una mafia. Su historia, la más triste de todas en el libro—es tan triste que se vuelve novela por sí misma—, convierte Europa en un infierno y deconstruye definitivamente el mito de El Dorado.

La inversión de varios clichés, la deconstrucción de las fronteras, la subversión de la dicotomía africanos buenos-europeos malos, la utilización de protagonistas y de un narrador subsaharianos, así como la utilización de elementos culturales africanos dan un punto de vista novedoso a *Donde mueren los ríos*. Lozano presenta un proceso migratorio muy matizado, sin repetir necesariamente los lugares más comunes sobre la inmigración subsahariana. A pesar de los numerosos discursos que deploran o bien la inacción de Europa o bien su participación en los procesos opresores, el mensaje general es bastante optimista. Los protagonistas logran, en efecto, obtener justicia por la muerte de Aida, desarrollan varias redes de amistades que les podrán apoyar en el futuro y cada uno encuentra la vía que le conviene. El hecho de que acaben en distintos países para seguir luchando por la dignidad africana acaba de completar el cuadro internacionalista pintado por el autor. Sólo habría que lamentar la necesidad de utilizar un

narrador que corresponda a las normas europeas y el uso del género negro como mero pretexto para contar la historia de esos inmigrantes subsaharianos. Sería interesante construir una novela policíaca y de inmigrantes en la que los dos géneros estén bien desarrollados sin que ninguno destaque sobre el otro. Pero *Donde mueren los ríos* es un buen primer intento de mezcla de géneros que logra dar profundidad a sus protagonistas.

4. *Contra el viento* (2009), Ángeles Caso

Nacida en 1959, Ángeles Caso es una periodista que presentó durante varios años el Telediario de Televisión Española. Aunque hizo incursiones políticas en 2015 tras presentarse como candidata de Somos Oviedo y proponer una lista electoral para Podemos Asturias, se dedicó plenamente a la escritura a partir de 1994 y fue recompensada en 2009 con el premio Planeta de Novela por su obra *Contra el viento* (en adelante, abreviaré *C. V.* para las citas). Este libro cuenta la historia de São, una joven caboverdiana, hija de una violación y abandonada por su madre, que decide buscar su suerte en Europa. Su vida está llena de imprevistos que la obligan a luchar cada vez más para sobrevivir. Por el número de problemas que le ocurren a lo largo de la novela, me parece preciso resumir brevemente su vida.

Al principio de la novela, São, animada por su profesora doña Natercia, desarrolla en la escuela el sueño de ir a estudiar a Europa para convertirse en una médica y ayudar a los habitantes de su aldea que no tienen bastante dinero como para pagar los gastos médicos. Pero la falta de dinero de Jacinta, la vieja mujer que se ocupa de ella, la devuelven de manera brusca a la realidad. Un año después del fin de la escuela primaria, tiene la oportunidad de ir a trabajar como empleada de casa en Praia, la capital de Cabo Verde. Abandona finalmente ese empleo por el acoso de don Jorge, el dueño de la casa. Empieza luego a trabajar como recepcionista en la oficina *Homero Bureau*. La dueña de la oficina, doña Benvinda, decide ayudarla a tener una vida mejor y le compra un billete de avión para ir a Portugal, así como un pasaporte de turista. Sin embargo, encontrar un trabajo no resulta más fácil en Europa que en Cabo Verde. Después de buscar algún tiempo en Lisboa, São se desplaza hasta el centro turístico costero de Portimão donde encuentra un empleo durante la temporada turística. Ahí, conoce a Bigador, un inmigrante angoleño del que se enamora y que la ayuda a encontrar un trabajo en una panadería en Lisboa así como un piso —que ella deja bastante pronto para ir a instalarse con su novio—. Aunque parece estar en una situación estable y confortable, todo se complica cuando se queda embarazada de Bigador y que éste se revela ser un hombre temperamental y violento. Con la

ayuda de su amiga Liliana, São logra huir a Madrid con su hijo, André, un año después del nacimiento de éste. En la capital española, empieza a limpiar tres veces a la semana la casa de una mujer depresiva, que no es otra persona que la narradora. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no logra encontrar un trabajo fijo con un salario suficiente y decide volver a Lisboa para que su hijo pueda crecer con su padre. Ocurre, en ese momento de la novela, el giro clave: Bigador secuestra a André y lo lleva a Angola. Frente a la inacción de la justicia europea, São reúne el dinero necesario para comprar un billete de avión y se va a Angola, donde logra recuperar a su hijo con la ayuda de los hermanos de su excompañero.

4.1 Una heroína griega moderna

El tamaño de este resumen deja entrever la complejidad de la vida de la protagonista. Cada vez que está en una situación estable, tiene que afrontar una nueva adversidad. A pesar de las dificultades a las que se enfrenta, São es descrita por la narradora como una persona sólida, guapa y alegre, una mujer “asentad[a] en la tierra [...] que nunca llegarí[a] a caerse” (C. V. 207). A lo largo del relato, la protagonista se convierte en el epítome de la determinación y de la fuerza de vivir. Siempre avanza hacia delante y no se deja vencer por acontecimientos exteriores. Es agradable, altruista y apreciada por las personas que la rodean. La caracterización de São la convierte no en una mera protagonista, sino en una heroína, como los grandes aventureros de la mitología griega. Es un personaje lleno de cualidades y de recursos psicológicos que emprende un gran viaje en el que en cada etapa afronta una serie de dificultades. No es inocente el nombre de la oficina de doña Benvinda: *Homero Bureau*. Es una alusión al famoso poeta griego a quien se atribuye la *Ilíada* y la *Odisea*. La segunda obra cuenta la historia del largo y peligroso viaje de Ulises Odiseo para volver a su tierra natal, un lugar casi idílico para un hombre que vuelve de la Guerra de Troya. Como en *Las voces del Estrecho*, aunque São recorre el camino inverso –se va de su patria–, ella también quiere llegar a un lugar idílico en el que la vida no sea una lucha constante. Tal como el héroe griego, va de ciudad en ciudad y tiene que afrontar muchos peligros en su viaje hacia el bienestar: la pobreza, el racismo, la violencia de género, el desempleo, la discriminación... Avanza *contra el viento*, sin ser detenida por los numerosos elementos adversos que aparecen en su camino. Sin embargo, al contrario de Odiseo, que acaba su viaje sólo, la caboverdiana encuentra apoyo en los varios amigos –y, sobre todo, amigas– que hace en su trayecto.

La ayudan y sostienen una multitud de personajes: su profesora doña Natércia, su jefa doña Benvinda, su tía Imelda, Liliana y su organización feminista, durante un tiempo Bigador –

aunque se convierte rápidamente en un peligro–, Zenaida y las mujeres de los hermanos de Bigador. Se desarrolla en el libro una red de solidaridad doble: femenina y subsahariana. Es llamativo que el único hombre que la ayuda se convierta en el peor peligro de su vida. La red se extiende progresivamente de contacto en contacto. Voy a tomar como ejemplo la llegada de São a Portugal. Se instala primero en casa de Ismelda en Lisboa pero, como no encuentra trabajo ahí, su tía la envía a una de sus amigas en Portimão, Liliana. Ésta le recomendará ir a casa de Zeinada para escapar a su compañero violento, y así sucesivamente. Esa red de solidaridad que desarrolla la protagonista ilustra la necesidad para los inmigrantes de tener contactos en el lugar de acogida para acostumbrarse a sus normas y encontrar trabajo. Esta idea ya estaba presente en *Al calor del día* y *Donde mueren los ríos*, pero se muestra con más fuerza en el libro de Caso. En éste, se valora muy positivamente la presencia previa de otros inmigrantes para el desarrollo de los recién llegados en el lugar de acogida. São puede contar con la ayuda de varias mujeres africanas en cada etapa de su viaje, lo que, en combinación con su fuerza de carácter, la convierte en un personaje que no se puede detener.

4.2 ¿Una narradora legítima?

La caracterización del personaje narrador es muy distinta de, o incluso opuesta a, la de la protagonista. La narradora es una mujer española que sufrió una violencia psicológica ejercida por su padre a toda la familia durante su infancia. Depresiva crónica, considera que no es dueña de su propia vida y que sólo tiene que sufrir los aleas negativos que le impone su suerte. Ese personaje se presenta en claro contraste con São. Mientras que la joven caboverdiana es alegre, combativa e inagotable, la española es triste y vencida antes de haber empezado cualquier cosa. Si la primera avanza *contra el viento*, la segunda se deja llevar por él sin pensar ni un segundo que podría resistir. A pesar de su inercia, la narradora tampoco tiene una mala vida. Tiene un empleo, un piso y bastante dinero para contratar una empleada del hogar. Su situación se contrapone fuertemente con la de São que, pese a todos sus esfuerzos, no logra obtener un trabajo y un sueldo fijos. Este doble contraste de carácter y de situación denuncia la distancia entre los privilegios de los autóctonos y los esfuerzos de los inmigrantes. La narradora no tiene que pelear, ya tiene suerte en la vida, aunque necesita conocer a São para darse cuenta de eso. Subraya la injusticia a la que la protagonista tiene que hacer frente.

Las dos mujeres entran en contacto mientras la joven inmigrante está buscando trabajo en Madrid. La narradora contrata a São como empleada de casa que viene a limpiar su piso tres veces por semana. A pesar del vínculo empleada-empleadora que las une, se establece una

relación amistosa entre las dos mujeres. Esta amistad encarna la capacidad del hogar para convertirse, en palabras de Michelle Murray, en “a site of connection between national and immigrant women, owing to their shared experience of domesticity” (2018: 92). Aunque no sea siempre el caso, el trabajo de la caboverdiana en el piso de la narradora española les permite hablar de sus vidas y conocerse verdaderamente, en una proyección de “«good» empathy – based on dialogue and respect–” (Hemmings, en Murray 2018: 114). Los dos personajes se comunican de igual a igual; la española incluso admite admirar mucho a São por su determinación y su fuerza de vivir. Aunque quiera ayudar a su amiga inmigrante, es consciente de que “hubiera sido insultantemente caritativo que la emplease más tiempo para ocuparse de mi pequeño piso” (C. V. 223). No cae entonces en la trampa de la caridad excesiva, que despoja en parte a los inmigrantes de lo que les queda de dignidad. Esta actitud por parte de la narradora muestra su voluntad de ayudar verdaderamente a São en función de sus necesidades y no de tomar un crédito egoísta en una demostración de altruismo forzado.

A pesar de la “buena” empatía que se establece entre los dos personajes y del respeto que muestra la española hacia la inmigrante caboverdiana, es problemático que la primera sea la narradora. São es una mujer inteligente que sabe leer y escribir pero no es ella la que transmite su propia historia. Una vez más, la voz principal pertenece a una europea. Quizá esta elección permita establecer cierta confianza entre el lector y la narradora. No obstante, me parece que tampoco es muy difícil desarrollar cierta empatía por la protagonista, sin necesidad de tener a una intermediaria para hacer el relato más creíble. Resulta un poco artificial que São no pueda contar su propia historia. Aunque la narradora transmite la suerte de muchas mujeres inmigrantes, con un claro afán feminista, en cierto sentido le quita la voz a la protagonista. Es uno de los problemas de la tercera ola feminista que Murray subraya. Según ella, “such a form of feminism could even claim to speak for non-Western women rather than giving them a platform to speak for themselves or learning from their experiences” (Murray 2018: 93). En vez de dejar expresarse a las mujeres marginadas, la narradora impone su discurso y describe una visión miserable de la situación de las mujeres en general, y aun más de las mujeres subsaharianas. Se dice que doña Natércia tiene miedo a que su protegida “se conv[ierta] en una más de las muchas mujeres desprotegidas y esclavizables del mundo”, condenada a ocupar empleos “subalternos y mal pagados”, a emigrar para tener una vida mejor y a ser víctima de la violencia de los hombres (C. V. 92). Todas esas predicciones de la profesora de São se cumplen, haciendo de la inmigrante una de esas mujeres desprotegidas. Lo llamativo es que la protagonista misma no parece darse cuenta de eso o no le prestar importancia, como si la narradora supiera mejor que ella lo inaceptable de su condición. A este respecto, hay que

subrayar que la empleadora española de São no puede haber tenido acceso a los pensamientos de doña Natercia. En varios momentos, la voz narrativa se aleja de la visión reducida de la primera persona del singular para volverse casi omnisciente. Es lo que ocurre cuando la caboverdiana se va del piso muy deteriorado en el que vivió algunos días con angoleños desconocidos. São se va sin saber que la dueña fue violada por un grupo de soldados, que los dos hombres son desertores y que las dos mujeres están obligadas a prostituirse. El caso es que, como la narradora puede contar la historia de su amiga porque ella misma se lo ha contado, es imposible que sepa cosas que ignora la protagonista. Se pueden encontrar dos explicaciones a esos bandazos omniscientes: o bien hay otro narrador escondido y omnisciente, o bien la narradora inventa partes de vidas para crear una historia más chocante. La segunda opción no sería sorprendente, en vista de la propensión de la narradora a exagerar su sufrimiento y las dificultades de la vida. Se impone entonces una visión eurocéntrica en la historia de São, una visión que pone el acento en los problemas del África subsahariana y refuerza, por un tiempo al menos, el mito de El Dorado europeo.

4.3 África bárbara y Europa civilizadora

Contra el viento pone la inmigración subsahariana en el centro del relato para devolverle su legitimidad. Sin embargo, lo hace de la misma manera que *Las voces del Estrecho*, es decir, tras dramatizar las condiciones de vida en los distintos países africanos. Según Maimouna Sankhé, éstos “están descritos como lugares inhóspitos donde la vida es una eterna lucha para sobrevivir” (2016: 124). El libro también pinta una imagen muy negativa de los hombres africanos y los describe como personas irresponsables que “pegan, violan o abandonan a sus mujeres e hijos” (Sankhé 2016: 124). De manera general, la narración está marcada por “los estereotipos, las miserias, las tragedias” (Sankhé 2016: 124). La descripción de las infancias de São y Bigador concuerda bien con las críticas de la investigadora. La primera es hija de un violador y de una madre, devastada por la pérdida de un primer hijo, que la abandona para ir a vivir con su nuevo novio en Italia y a la que São tiene que enviar dinero desde el momento en el que empieza a trabajar. La joven protagonista es educada, a cambio de algo de dinero, por Jovita, una vieja viuda alcohólica víctima por un tiempo de la violencia de género y cuyos hijos residen en Europa. De niña, São pierde a una amiga suya de una enfermedad que se habría podido curar si sus padres hubieran tenido más dinero, tiene que despedirse de su sueño de estudiar medicina también por falta de recursos económicos y sufre de los acosos de su primer empleador. En la narración, se insiste mucho en el peligro que representan los hombres y la

protagonista decide bastante temprano que, si quiere progresar en la vida, tiene que llevar “una vida de independencia” (C. V. 134). Además de los hombres y de la falta de dinero, la naturaleza en sí misma es también un peligro. El sol implacable obliga a “cada criatura a mantener una feroz lucha por la supervivencia” (C. V. 100) y trae sequías que empujan a mucha gente a migrar dentro de Cabo Verde; el viento harmatão, venido de África continental, destruye los sembrados y los frutales (C. V. 62); y el mar ofrece promesas inalcanzables de bienestar europeo (C. V. 97). Todos los elementos les hacen la vida difícil a los caboverdianos y convierten su vida cotidiana en una lucha por la supervivencia.

En Angola, la situación es similar pero empeorada por la guerra civil que devastó el país hasta 2002. Bigador nace allí en plena guerra en una familia numerosa con un padre ausente. El joven angoleño crece en un ambiente de violencia extrema y de pobreza, que lo empuja a empezar a robar desde los seis años. Es finalmente recogido por un cura que decide educarlo para que pueda obtener un trabajo en la construcción. No obstante, la guerra civil nunca deja de proyectar su sombra amenazadora. Cuando Bigador trabaja en Caungula, tiene que matar a soldados para proteger su vida y la de dos monjas, una experiencia traumatizante que todavía lo afecta mucho cuando conoce a São. Al contrario de ella, el angoleño no logra conservar su benevolencia. En calidad del hombre que ha logrado salvar a su familia a costa de grandes esfuerzos, se convierte en –o quizá revela ser– un hombre autoritario y violento con las mujeres que lo rodean. Encarna una de las plagas asociadas con el continente africano en el libro: la violencia masculina hacia el género femenino. Aunque se presenta primero como un héroe que venció los peligros de su país de origen, se convierte bastante pronto en uno de esos peligros. La caracterización de Bigador transmite un mensaje bastante pesimista sobre la capacidad de emancipación y de progreso de los subsaharianos y los encierra en un círculo vicioso de violencia. En palabras de Sankhé, la descripción del continente africano en *Contra el viento* “constituye una perpetuación del trabajo de los medios de comunicación occidental que se empeñan en no mostrar de África más que su lado negativo haciendo caso omiso de todo lo positivo” (Sankhé 2016: 132). Las numerosas dificultades que puedan encontrar los habitantes de los distintos países africanos no son compensadas por el amor a la patria, una tradición cultural rica, la solidaridad familiar, el sentimiento de pertenencia o el deseo de mejorar la situación del país, por ejemplo. La única luz de esperanza es la posibilidad de emigrar a Europa.

Al contrario del África subsahariana, el continente europeo encarna, en el mundo de São, el sueño de El Dorado asequible. Por una parte, “para conseguir una vida mejor, todo el que pueda, tiene que emigrar a Europa. Los que no pueden, sobreviven con el dinero que les mandan sus hijos desde Europa” (Sankhé 2016: 126). Lo occidental se convierte en la salvación para los

subsaharianos. Aunque la protagonista tiene problemas para conseguir un empleo fijo –debe abandonar el único que consigue para huir de Bigador–, la mayoría de los otros inmigrantes en Europa logran buscarse la vida sin demasiados problemas, a pesar del “tiempo en que transcurre la novela (el año 2007)” (Sankhé 2016: 128), un momento marcado por la crisis económica. Por otra parte, “en la novela, los personajes negros no pueden valerse por sí mismos, necesitan el mestizaje o, de alguna manera, el contacto con Europa para poder avanzar [...], para humanizarse” (Sankhé 2016: 124-125). El continente occidental no es sólo una forma de sobrevivir, sino también un intermediario civilizador para los subsaharianos.

Tres grupos de personajes y acontecimientos ilustran la asociación de Europa con ese papel educador. El primero es la ayuda de hombres de la Iglesia en Cabo Verde y Angola. Aunque se desconoce el origen geográfico de los dos curas presentes en el libro, se pueden asociar con la ideología europea. Representan en efecto la religión católica impuesta por el continente occidental durante la colonización. La presencia de representantes de la religión europea por excelencia “recuerda [el] autoproclamado papel [europeo] de «salvador» de los negros en la época de la esclavitud y que consistía en convertirlos a la religión apostólica y romana” (Sankhé 2016: 131). En *Contra el viento*, los religiosos no convierten a los personajes—en realidad, São ya es una cristiana—, pero los ayudan a tener una educación y los empujan hacia un futuro mejor. El cura que está activo en la aldea de São en Cabo Verde es el padre Virgilio. Le permite a la joven chica obtener su primer empleo. Este trabajo la ayuda a salir de la especie de depresión en la que había caído al enterarse de que no podría cumplir su sueño. El padre Virgilio le da el empujón necesario para que la caboverdiana recobre su deseo de vivir. Otro cura de importancia clave es el padre Barcellos. Este religioso saca a Bigador de la calle para educarlo y darle la formación esencial para obtener un trabajo —leer, escribir, construir o hacer reparaciones—. Es gracias a él que el joven angoleño encuentra trabajo en la construcción una vez en Portugal. Los dos hombres de Iglesia les dan a São y Bigador el primer empujón hacia la posibilidad de tener un futuro mejor. Otro elemento significativo en cuanto a la postura civilizadora de Europa es el segundo novio de la caboverdiana, Luis. Es un profesor de matemáticas portugués que se muestra muy paciente y comprensivo con São. Su actitud no sería sorprendente si no hubiera venido después de Bigador, el exnovio violento de la inmigrante caboverdiana. Resulta problemático que sea europea la persona que redime a los hombres en el espíritu de São. Los dos novios de la inmigrante conforman una imagen dicotómica del género masculino: se oponen los hombres subsaharianos violentos e irresponsables a los europeos gentiles, prudentes y responsables. El último elemento revelador del papel que desempeña Europa en la mente de los

inmigrantes lo desvela al final uno de los pensamientos de la protagonista. São revela que quiere salvar a su hijo de la locura de Bigador porque

dese[a] que t[enga] una vida tranquila, lejos de la violencia de su padre y de la del país adonde él le h[a] llevado, lejos de la miseria y las enfermedades que asol[an] como plagas bíblicas los barrios de Luanda, una vida decente y en paz, estudiando, aprendiendo a creer en el poder de la razón y no en el de los puños, los machetes o los kaláshnikov, aprendiendo a responsabilizarse de las consecuencias de su paso sobre la tierra. (C. V. 255)

Esta cita muestra la visión dual que São se hace de África y Europa. Mientras que el primer continente se caracteriza por la miseria, las enfermedades y la violencia como única regla, el segundo ofrece una vida tranquila y la posibilidad de estudiar para poder reflexionar en vez de utilizar la violencia. El uso de la palabra *razón* es, en sí, muy significativo. Es un término que lleva consigo la ideología colonizadora de Europa. Para justificar la colonización, los europeos argumentaban, en efecto, que ellos basaban sus acciones en la razón, prueba de la humanidad de uno, mientras que los colonizados eran más bien guiados por sus emociones. La utilización del léxico colonizador muestra la vigencia de su ideología en el tiempo.

Se construye entonces, a lo largo del relato, una imagen dicotómica de los dos continentes. A pesar de su voluntad de transmitir las desgracias de las inmigrantes subsaharianas, la escritora adopta un punto de vista eurocéntrico que continua la dicotomía civilización-barbarie que marca las relaciones entre colonizadores y colonizados. Sankhé hasta afirma que “las desgracias de los africanos sirven para que los europeos tengan su autoestima bien alta y se sientan afortunados por haber nacido en Europa” (2016: 133), como le ocurre a la narradora, que sale de su depresión tras darse cuenta de que tiene muchos privilegios. Además de transmitir la visión dramática y negativa de África que presentan los medios de comunicación y de dar continuidad a la ideología colonizadora que muestra Europa como un continente civilizador, la voz narrativa habla en lugar de las propias inmigrantes y proyecta en ellas ideas recibidas y lugares comunes. Por ejemplo, están muy presentes el baile y el canto como maneras de disminuir la presión. Esas dos actividades se asocian con la barbarie ancestral del África subsahariana. Cuando el fantasma de su último marido le dice a Jovita que le gusta cuando ella está borracha, se “pon[e] salvaje y [se] da por cantar y bailar”, la vieja recuerda “el viejo placer del alcohol, aquella sensación de que el alma cristiana se le [va] disolviendo, disolviendo, mientras otro ser muy antiguo, que proced[e] del tiempo de los lagartos y las imprevisibles serpientes la domin[an] poco a poco hasta convertirla en una fiera” (C. V. 113). Esta representación estereotipada del baile refleja de nuevo la dicotomía África bárbara-Europa civilizadora tras la división entre el alma cristiana y el bailar como una fiera. Otro ejemplo del

pobre conocimiento del continente africano de la narradora está en la alegación de São según la cual las hienas viven en la selva (C. V. 250), cuando en realidad esos animales se encuentran en la sabana. Es llamativo que una subsahariana no sepa donde vive una especie animal altamente asociada con el continente africano, sobre todo porque la caboverdiana ha recibido la educación básica de la escuela primaria. Hay que conceder, sin embargo, que, como la joven vive en una isla, es posible que no tenga acceso a ese tipo de información sobre el resto del continente africano. Estos dos ejemplos muestran que el acceso a los pensamientos de los personajes es bastante problemático en *Contra el viento*. Dado que se trata de una narración en primera persona, no es posible que la narradora sepa lo que han pensado los otros personajes. Inventa entonces ese tipo de informaciones –quizá sea una elección estilística por parte de la autora, un intento de dar más cuerpo al texto—. El problema es que se proyecta entonces una visión muy eurocéntrica en los pensamientos de personajes, lo que impide una problematización de tal imagen del mundo a través de la percepción de sus víctimas. Los personajes subsaharianos mismos transmiten una visión eurocéntrica.

De forma general, *Contra el viento* es un intento de hablar por las inmigrantes subsaharianas que parece surgir de una buena intención. En los “Agradecimientos”, Caso les da las gracias a sus amigas caboverdianas, mostrando su intención de dar voz a las sin-vozes de Europa. Y es verdad que logra evitar algunos de los lugares comunes de la literatura sobre la inmigración, como pueden serlo la descripción de un viaje traumatizante en patera, el aislamiento total de los extranjeros con respecto a los autóctonos o la asociación de la inmigrante con un trabajo inhumano y próximo a la esclavitud. Presenta a su protagonista como una víctima, pero una víctima que nunca se deja vencer y que, por su determinación y su fuerza de carácter, consigue convertirse, de alguna forma, es la dueña de su destino. El final del libro es bastante optimista, puesto que deja entrever una vida feliz para São y André en Europa. A pesar de estos puntos positivos, se cuenta la historia desde una perspectiva eurocéntrica que, en vez de dar voz a los inmigrantes, los silencia aún más. Los personajes principales no muestran, al contrario de lo que pasa en *Donde mueren los ríos*, ningún apego por su tierra natal, ni le ofrecen ningún rasgo redentor al continente africano. El centro civilizador del mundo es Europa para ellos y la única manera de encontrar algún sentido a su vida es emigrar. No se presenta realmente la visión de las inmigrantes subsaharianas y los dilemas a los que se enfrentan. La autora no logra devolverles la voz; habla en su lugar desde una posición europea.

5. *19 cámaras* (2012), Jon Arretxe

Jon Arretxe es un autor vasco nacido en 1963. Doctorado en Filología Vasca y licenciado en Educación Física, se dedica también a la escritura y la música. Escribe su primer libro en 1991 y continúa publicando novelas y libros de relatos regularmente. Se destaca especialmente por sus novelas negras, entre las cuales resalta la serie sobre el detective Mahamoud Touré. Ahora compuesta por cinco volúmenes¹⁷, esta saga policíaca pertenece a la “Spanish Crime Fiction on Immigration” (Lino 2019: 2). Se centra en efecto en las investigaciones de un inmigrante burkinabé en Bilbao. Permite sumirse en las partes más desagradables de la realidad cotidiana de los extranjeros en esa ciudad vasca y, en menor medida, en el resto de España. Por razones de equilibrio en el análisis de los distintos autores, he decidido concentrarme en el primer tomo de la saga, el más antiguo pero también el que introduce a ese personaje tan inusual que es Touré¹⁸.

5.1 Un protagonista poco convencional

El protagonista Mahamoud Touré es uno de los dos narradores de *19 cámaras* (en adelante, abreviaré *19 C.* para las citas). A su relato en primera persona se añade, al final de la mayoría de los capítulos, pequeñas incursiones de un narrador omnisciente del que hablaré más adelante. El protagonista es bastante distinto de los personajes inmigrantes presentes en los otros libros. Difiere en cierto número de aspectos. El primero es que no cuenta su trayecto de inmigrante. El relato empieza cuando ya está instalado en Bilbao; está desempleado y sin papeles pero al menos vive en un piso que comparte con otros siete subsaharianos. En vez de adentrarse en su recorrido migratorio y de describir sus dificultades cotidianas, cuenta el principio bastante informal de su carrera de detective, así como los golpes de suerte que empiezan a favorecerlo. Después de perder su empleo en la construcción por la crisis económica como la mayoría de sus compañeros, se establece como vidente. Basándose en ciertas creencias de la magia africana, pretende poder leer en los cauris. Sin embargo, en realidad es un charlatán que no sabe interpretar lo que dicen esas pequeñas conchas blancas, pero que, en contraste, entiende bien a las personas, lo que le permite interpretar sus reacciones. Practica poco este trabajo principal en el libro; se dedica más bien a pequeños empleos puntuales que le permiten crear nuevos

¹⁷ *19 cámaras* (2012), *612 euros* (2013), *Sombras de la nada* (2014), *Juegos de cloaca* (2015) y *Piel de topo* (2016)

¹⁸ El análisis, pues, sólo considerará el primer libro; significa que no se toman en cuenta las posibles informaciones sobre los personajes subsaharianos que podrían aparecer en los libros posteriores.

vínculos con los habitantes de Bilbao. Esos trabajos se revelan fundamentales porque le permiten ganar un capital económico, social y un poco cultural. Son el primer paso hacia su integración en la ciudad vasca.

El empleo que desarrolla Touré a lo largo del libro es el de detective. Dos mujeres muy distintas lo llaman para que investigue para ellas: una prostituta nigeriana, Ada, que busca a su hermana que desapareció con un cliente y Charo, una española que quiere que Touré demuestre que su marido la engaña con prostitutas. La primera no es muy rentable para el protagonista, visto que su clienta es una prostituta ya agobiada por las deudas. La segunda se convierte, sin embargo, en una persona clave para el futuro desarrollo del inmigrante burkinabé. Charo es uno de los únicos personajes que desdeñan a Touré. Siempre adopta con él un aire de superioridad y lo trata como si fuera lento para comprender las cosas. A pesar de su desdén, el protagonista se da rápidamente cuenta de que la española lo necesita, no para averiguar si su marido la engaña, sino para tener relaciones sexuales. En esto consiste su segundo trabajo: varias personas –entre las cuales Charo y Xuxu, el presidente de la ópera– le proponen “ganar dinero extra” (19 C. 50) acostándose con ellos, una propuesta que Touré acepta con la española sin darse cuenta, al principio, de que se está prostituyendo. El marido infiel le explica al protagonista que su mujer “tiene fijación por los africanos”, que son los únicos que aceptan acostarse con ella (19 C. 163) y ella misma confirma que lo de la investigación “solo fue una disculpa para probar otro rabo negro” (19 C. 187). Touré se da entonces cuenta de su papel de “puto” (19 C. 187), pero, en vez de sentirse humillado, aplastado y desprovisto de dignidad, se replantea rápidamente como el agente de su vida, como “el puto, sí, ¡el puto amo!” (19 C. 188). Se presenta, por lo tanto, como un personaje capaz de hacer muchas cosas por un poco de dinero y, al mismo tiempo, con una fuerza de carácter que le permite no convertirse en el esclavo de los europeos que lo rodean. No se convierte en un mero hombre-objeto, sino que guarda su agencia.

Además de ofrecerle trabajos en la investigación y la prostitución, Charo lo introduce en el coro de la ópera, que lo acepta con los brazos abiertos por su extraordinaria voz grave. Aunque no tiene ningún conocimiento de estudios musicales, Touré se revela bastante dotado y empieza a descubrir otro mundo, uno en el que se puede ganar dinero cantando. Esta experiencia le permite, asimismo, conocer a una multitud de nuevos españoles que lo integran, poco a poco, en el grupo. El trabajo de investigación que le propone la española, a pesar de que sea falso, le ayuda también a hacerse amigos europeos. Conoce así a Txema, un distribuidor de libros entusiasta y amistoso, y al propio marido de Charo, Txomin Apraiz, que le propone ganar dinero pescando con él. Esos encuentros fortuitos, nacidos de la flexibilidad del protagonista, de su

simpatía y de su condición de marginado, lo ayudan a desarrollar una red de conocimientos pocos comunes para un inmigrante. Al final del libro, ya no sólo se relaciona con otros inmigrantes y marginados, sino que tiene “contactos con la élite de Bilbao” (19 C. 236). Es esa red la que le permite salir del centro de detención de los inmigrantes al que lo lleva la policía al final de la novela, un milagro que no habría sido posible sin el apoyo de las “más altas instancias judiciales” bilbaínas (19 C. 236). El capital social¹⁹ de Touré lo distingue ya drásticamente del resto de los personajes de los otros libros.

Algunos de sus trabajos deconstruyen varias ideas preconcebidas o invierten las expectativas, lo que produce efectos cómicos e incomprensiones. Uno de los tópicos recurrentes del libro es el tamaño del sexo de Touré. Siempre produce asombro, pero no en el sentido esperado: “¿Esto es todo lo que tienes para mí? Pensaba que los hombres negros estabais mejor dotados” (19 C. 51). Varios personajes europeos se sorprenden así a lo largo del libro y el protagonista tiene que recordarles que “lo del rabo de los negros es un mito” (19 C. 22). Es un tema que no se aborda en los otros cuatro libros. Está planteado aquí de manera ligera y con un tono de humor, pero transmite un mensaje más general: uno no se puede basar en el color de piel de Touré para saber quién es. Hay que conocerlo más íntimamente –aunque sólo sea como amigos– para descubrir aspectos de su personalidad que, quizá, no correspondan con la imagen que un autóctono europeo se hace de los subsaharianos. La fijación en el sexo del protagonista muestra la sexualización constante de la cual es víctima, una asociación bastante frecuente dentro de los autóctonos: “as a sexualized object of the hegemonic gaze perceived to destabilize the hierarchized Eurocentric structure of the imagined nation family, the migrant Other is simultaneously sexualized and criminalized” (Tobin Stanley 2019: 7). No obstante, Touré logra desmontar estas dos asociaciones. Sus vías más o menos legales de ganar dinero le permiten no caer en la ilegalidad, mientras que sus relaciones al principio sólo sexuales se convierten poco a poco en relaciones amistosas o, al menos, de ayuda mutua. Además de desmontar el cliché sobre el aparato reproductor de los subsaharianos, se invierte en cierto momento una valoración por el color de piel de Touré. Después de su prueba para integrar el coro, el protagonista piensa que el director se quedó horrorizado por su demostración. Charo le contesta que, al contrario, Viktor se quedó “maravillado. Estaba alucinando con [su] color” (19 C. 128). Frente a la incomprensión del inmigrante, precisa que habla del “color de su voz” (19 C. 128). Esta confusión entre color de piel y de voz es bastante reveladora. Touré se asombra por la respuesta

¹⁹ En la acepción propuesta por Bourdieu, el capital social representa la pertenencia a redes de contactos, cuya importancia depende del volumen de esas redes y de su valor –es decir, del estatus de esos contactos– (Bourdieu 1979).

de la española porque, hasta entonces, su color de piel siempre había sido un factor de rechazo y no de admiración. En el coro, sin embargo, otro color entra en juego, uno menos superficial y que le hace ganar la aceptación más o menos rápida de todos. El juego sobre color de piel y de voz es una segunda inversión que revela la postura superficial de la sociedad de acogida. Sin la intervención de Charo, los otros miembros del coro se habrían parado en el color de piel de Touré y no habrían apreciado nunca el color de su voz, una dote escondida hasta ese momento.

La familia del protagonista es otro punto en el que el burkinabé se distingue de los otros personajes inmigrantes analizados hasta aquí. En los libros anteriores, los inmigrantes son generalmente jóvenes que no tienen otra familia que sus padres –cuando éstos todavía están vivos–. Touré es el primero que ya se ha hecho una vida familiar en Gorom-Gorom, su pueblo natal, antes de emigrar. Está casado y tiene varios hijos; una de sus hijas, Sira, incluso vive en París como inmigrante legal. El hecho de que tenga una familia tiene como consecuencia cierto estrés para él. El protagonista envía una gran parte del dinero que gana a su mujer en Burkina Faso, lo que le dificulta la vida en España porque tiene que calcular cuánto dinero necesitará antes de obtener una nueva fuente de ingresos. Asimismo, se preocupa mucho por Sira. Como tiene pocas noticias de ella y conoce la dura realidad de las mujeres inmigrantes que tienen que prostituirse, siempre teme lo peor. La existencia de sus hijos le impone cierta presión suplementaria y provoca nostalgia en él, aunque Touré nunca habla de su vida en Burkina Faso. Evita hablar de su familia; cuando alguien le plantea pregunta acerca de ella, le da “rienda suelta a [su] imaginación” (19 C. 49). A pesar de ser una persona abierta que habla con facilidad, Touré se muestra muy discreto en lo que atañe a su vida privada porque “no [le] gust[a] nada hablar de aquel tema” (19 C. 79). No explica por qué lo molesta. Podría ser para proteger a los suyos, para esconder una parte de él demasiado íntima, o para no caer en la nostalgia. El hecho de que evite el tema demuestra cierto dolor por estar lejos de los suyos.

5.2 Un barrio en cambio

Si la disimulación de su pasado deja entrever su apego por su tierra natal, reconoce, después de evitar ser expulsado del país, que Bilbao es su “segundo hogar” (19 C. 240). El uso de la palabra *hogar* es muy significativo; remite a la vez al sitio donde uno vive y a la constitución de una familia. Tras usar ese término, Touré muestra que ya está integrado en la ciudad, tanto como para considerarla como su casa. Es la primera vez que un personaje inmigrante expresa su apego por el lugar de acogida. Y, sin embargo, el barrio en el que vive, San Francisco, no es muy acogedor. Apodado *Pequeña África* –nombre que hace eco al edificio

insalubre en *Donde mueren los ríos*–, ese barrio es un punto caliente del tráfico de drogas y de la prostitución, dos negocios en los que están involucrados grupos nacionales muy precisos. Así, los traficantes –generalmente drogadictos también– son, en su mayoría guineanos, mientras que muchas prostitutas vienen de Nigeria. Aunque esta manera de asociar nacionalidades con ocupaciones laborales está en parte basada en la realidad –el vínculo que uno tiene con otros inmigrantes de su país condiciona bastante el sector hacia el que se va a orientar–, puede crear estereotipos. Es un reproche que se hace regularmente a los medios de comunicación, que también tienden a generalizar demasiado. Además de la división laboral, se crean divisiones geográficas. Cada grupo étnico tiene sus lugares favoritos para reunirse. Los originarios del África subsahariana ocupan la plaza del Doctor Fleming, los gitanos –asociados en varios libros con los extranjeros– se quedan en la plaza del Corazón de María, los magrebíes han elegido el cruce con la calle Dos de Mayo y los sudamericanos están dispersos por distintos bares (19 C. 59). Los raros blancos que se atreven a aventurarse en esa zona son estudiantes que se aprovechan de los alquileres baratos y no suelen salir por la noche. La concentración de tantas nacionalidades distintas en unas pocas calles ilustra perfectamente el carácter multiétnico de San Francisco y la mezcla heterogénea de los distintos grupos. Aunque tal convivencia pueda provocar tensiones, cada grupo logra más o menos arreglárselas con los otros. Los únicos que no encuentran su sitio en tal multiétnicidad son los españoles mismos.

Tales tensiones subyacentes se hacen sentir en la reunión semanal de los representantes de los colectivos mayoritarios del barrio, una “especie de ONU en miniatura” (19 C. 115). Un miembro bien integrado y arraigado de cada comunidad viene a hablar de los problemas principales del barrio de San Francisco. El más importante del momento es la violencia creciente. Pese a que intentan encontrar soluciones colectivas, no logran evitar proteger a su grupo de origen, lo que desemboca a su vez en cierta tensión. Sin embargo, el papel de esos representantes es decisivo para los recién llegados. Organizan eventos que permiten que los distintos colectivos se conozcan y se mezclen. Incluso hay un representante de la comunidad española, el cura Alfredo, que intenta ayudar a los inmigrantes con los trámites para obtener los papeles. Tiene un rol conciliador en las reuniones semanales, pero nunca se impone a los otros miembros. La simple existencia de ese grupo da un toque optimista al libro. Muestra que los inmigrantes no están solos cuando llegan, sino que pueden contar con la ayuda de todos los colectivos ya presentes para lograr regularizarse y acostumbrarse a nuevos hábitos. A través de esos representantes, los distintos grupos étnicos trabajan juntos para poder escapar de la violencia provocada por su miseria.

Aunque ese comité intenta mejorar las cosas, para los bilbaínos la llegada de los extranjeros las empeoró al principio. El tráfico de drogas y la prostitución ya existían en San Francisco desde décadas. No obstante, “la situación se complicó mucho, tanto más cuanto mayor se iba haciendo la mezcla de razas y religiones” (19 C. 73). Tal mezcla sería un cóctel explosivo que desembocaría en la violencia. Hasta dos antiguas bailarinas de cabaret consideran que el barrio se portaba mucho mejor antes. Mientras le describen a Touré cómo era el San Francisco de antes, casi lo convencen “de que en sus tiempos de juventud, antes de que llegar[an] los africanos y otras gentes, aquel barrio de drogas, prostitución y miseria había sido poco menos que un paraíso” (19 C. 154). Según esas dos mujeres, la mera presencia de los extranjeros ha cambiado totalmente el ambiente que reinaba antes en esa parte de Bilbao. Les disgusta en particular la llegada de las prostitutas africanas, que les parecen menos decentes que las españolas. El uso del término *paraíso* es, obviamente, determinante y muy pesimista. Para las dos españolas, lo que antes era un lugar casi paradisiaco se ha convertido en un espacio peligroso y decadente con la llegada de los inmigrantes. Lo problemático es que éstos abandonan sus países y sus familias para llegar a un supuesto paraíso europeo. Si su mera presencia despoja un barrio de lo que hace de él un lugar paradisiaco, la inmigración subsahariana pierde sentido. Quizá muestre que los subsaharianos podrán cambiar de patria física tanto como quieran, no cambiarán su patria económica: la pobreza. No es Europa como tierra el paraíso, sino el bienestar que ofrece a los que tienen los recursos económicos suficientes. Además, esta visión del pasado que tienen las dos mujeres nace de su nostalgia. No representa necesariamente la realidad.

Para controlar la violencia del barrio y la ilegalidad que reina ahí, la Ertzaintza –la policía autonómica del País Vasco– aparece de forma omnipresente. Hace rondas regulares, se queda cerca de los lugares más problemáticos y controlan a todas las personas de color que se cruzan en su camino. No obstante, está presentada de manera muy negativa. Es excesiva, humillante para los inmigrantes e inútil cuando hay problemas reales. El libro describe varios controles de papeles por la policía. En cada uno de ellos, los representantes del orden público se muestran burlones y superiores con los inmigrantes que controla. Uno de los controles incluso se revela violento. Cuatro municipales acompañados por un perro interrogan a un magrebí; se muestran muy dudosos sobre sus respuestas y le impiden recoger sus cosas – papeles, tarjetas, *tickets*, teléfonos móviles...– que se están mojando bajo la lluvia. Después del control, los cuatro policías lo obligan a entrar en un portal, para poder darle una paliza sin ser vistos deduce el observador que transmite la escena. Los ertzaintzas no pierden la ocasión para controlar a cualquier inmigrante. Por contraste, siempre llegan tarde cuando se comete un acto

de violencia contra un extranjero. Reaccionan muy rápido cuando un blanco cae víctima de un robo, pero están ausentes mientras se mata a Juliet –la hermana de Ada– o al traficante gitano. Incluso dejan ahogarse a un ladrón magrebí. Tampoco están presentes cuando un grupo de blancos armados atacan a las prostitutas subsaharianas. De manera general, se puede decir que la Ertzaintza está omnipresente para vigilar a los inmigrantes, salvo cuando éstos son las víctimas de la violencia. Se establece una justicia unilateral que actúa contra los extranjeros no europeos sin protegerlos nunca. Esta injusticia se hace más aparente cuando Touré habla con españoles. Ambos Txomin y Txema le dicen que conocen a la mayoría de los policías y que no tendrán problemas si los pillan cometiendo delitos. Esta impunidad contrasta mucho con la situación de los inmigrantes, que pueden ser detenidos simplemente por caminar por la calle. Además, un ertzaintza admite que, a veces, las fuerzas del orden público llevan acciones contra el tráfico de drogas o los extranjeros sólo para demostrar a los autóctonos que están activos y que los protegen. Se despliega así en el libro una justicia parcial y artificial que rechaza claramente a los inmigrantes.

5.3 El segundo narrador: la ignorancia en la omnisciencia

La actitud de indiferencia o desconfianza de la policía hace eco al segundo focalizador del libro. Empecé el análisis diciendo que Touré era uno de los dos narradores. Es tiempo de interesarme por el segundo. Se trata de un narrador omnisciente en tercera persona que, de manera interesante, sólo se centra en un sitio concreto: el centro de vigilancia de San Francisco. Como lo explica el protagonista en la parte principal del relato, se instalaron diecinueve cámaras en el barrio para calmar a la SFAE, una “asociación formada, sobre todo, por los dueños de algunas tiendas y comercios de blancos” (19 C. 121). Aunque afirma luchar por mejorar la vida en el barrio, ese grupo usa métodos violentos y xenófobos. El protagonista piensa que la SFAE está detrás del ataque contra las prostitutas subsaharianas, por ejemplo. Las instalaciones que dan su título al libro permiten que un vigilante, centro de atención del narrador omnisciente, observe todo lo que ocurre en San Francisco. Al final de los siete primeros capítulos, se intercala una descripción de los acontecimientos –generalmente violentos– registrados por las cámaras de seguridad. Mientras que el cuerpo principal del libro, la parte contada por Touré, está relatada con verbos conjugados en el pasado, los pasajes de las cámaras se desarrollan en el presente. Sin embargo, las dos historias acaban juntándose al empezar el capítulo 8. Los acontecimientos transmitidos por las cámaras empiezan a hacerse cada vez más presentes en el relato principal, hasta que Touré aparezca en las cámaras mismas.

Esas herramientas tecnológicas de vigilancia se focalizan en la violencia y los peligros de la vida nocturna en el barrio, una violencia cometida tanto por inmigrantes –robo, asesinatos por droga– como por autóctonos –falta de ayuda a una persona en peligro, palizas, asesinato de una prostituta–. Los acontecimientos recogidos de manera neutra por las cámaras de seguridad muestran una imagen muy contrastada de San Francisco. Es un barrio violento, sí, pero esa violencia surge de todos los grupos presentes en la ciudad, incluso de los policías. Como lo explica Tobin Stanley, la “malfeasance perpetrated on irregular victims seems to be extralegal [meaning not governed or regulated by law] in that the perpetrators boast impunity, yet the acts committed by the irregular characters carry with them the fear of punitive and, at times would seem draconian, repercussions” (2019: 1). No tener papeles se convierte en un delito peor que la violencia de la que caen víctimas. Asimismo, los actos violentos están dirigidos, la mayoría de las veces, hacia las mismas personas: mientras que los autóctonos arremeten contra los extranjeros, éstos últimos generalmente cometen crímenes entre ellos y muy pocas veces contra los autóctonos. En realidad, los inmigrantes son las principales víctimas de la violencia que se les atribuye. Tienen que hacer frente a una multitud de enemigos: la droga, las mafias traficantes de prostitutas, la pobreza, la desconfianza de los autóctonos e incluso el resto de los extranjeros. Tal como lo hace Lozano en *Donde mueren los ríos*, Arretxe presenta una visión contrastada de la solidaridad entre los inmigrantes. Ésta existe, pero tiene que superar rivalidades y conflictos de intereses que aparecen entre los varios colectivos y dentro de un mismo grupo. Al final, las cámaras de seguridad no sirven para lo que indica su nombre. Como la policía, sólo protegen a los autóctonos; los inmigrantes, centro de su atención, están en segundo plano en lo que atañe a su protección.

Obviamente, no son las cámaras las que deciden qué se hace con sus imágenes. El que tiene ese papel es un vigilante español. Ese hombre “observa día a día que los blancos como él se están convirtiendo en una minoría dentro de ese barrio” (19 C. 60). Es a través de su focalización que el lector tiene acceso a una visión global del barrio y al reparto de los distintos grupos de inmigrantes en San Francisco. El hecho de que el vigilante sea español obviamente influencia en la interpretación de los hechos recogidos por las cámaras. En vez de observar de manera neutra y objetiva las escenas que se desarrollan delante de sus ojos, toma posición contra los inmigrantes. Cuando asiste al interrogatorio del magrebí por los cuatro policías, no tiene ninguna duda: “ese puto moro está mintiendo” (19 C. 138). Más que la valoración de las afirmaciones del inmigrante –que el vigilante en realidad sólo imagina porque las cámaras no recogen el sonido–, es el uso espontáneo y gratuito del insulto que es revelador. Para él, el magrebí sólo es un *puto moro* y no merece su empatía. Aunque es su única reacción abierta de

racismo, es evidente que el vigilante se preocupa poco por la suerte de los inmigrantes. A pesar de la violencia de ciertos altercados entre o contra los extranjeros —que a veces desembocan en un asesinato—, nunca se subleva o se conmueve por lo que está viendo. Se queda psicológicamente distante, como si estuviera viendo una película, y ni siquiera piensa en llamar a la policía. Y, no obstante, parece conocer bastante bien a las personas que pasean por el barrio. Identifica a Touré, al gitano asesinado, al subsahariano del traje blanco... Pero esa especie de cercanía no crea empatía en el vigilante. Observa la vida de los inmigrantes fríamente, sin criticar la actitud de los otros españoles. Su indiferencia y su pasividad son reveladoras de lo que piensa de los nuevos habitantes de San Francisco. Su idea preconcebida del papel de los extranjeros en la violencia cotidiana lo ciega y le impide ver que ellos son más víctimas que victimarios.

5.4 La invisibilidad de Juliet y el peligro de la investigación

Aunque lo observa todo, el vigilante no es consciente de nada durante el secuestro y posterior asesinato de la prostituta nigeriana Juliet. Otros hechos menos discretos llaman toda su atención y sin embargo ocultan la suerte de la joven. La subsahariana es casi invisible para las autoridades oficiales. Es sólo una prostituta más en un país en el que el 85% de las trabajadoras del sexo viene de otro país (Murray, en Tobin Stanley 2019: 12). Esa actividad deshumaniza aún más a las inmigrantes, dado que “reduces the (feminized) human being to a singular value: sex object” (Tobin Stanley 2019: 13). Y como objeto, Juliet era un desecho para su último cliente. Fue llevada al parque de Miribilla, donde fue drogada y asesinada antes de ser tirada a la basura, un gesto cargado de sentido. No se menciona ninguna investigación oficial para aclarar el caso, así que Ada, la hermana de Juliet, llama a Touré para pedirle ayuda como vidente. Ella tiene que quedarse escondida porque tiene una enorme deuda doble ahora que su hermana está muerta y teme que la mafia la busque para amenazarla. El burkinabé acepta ayudarla y empieza a buscar a partir de un indicio muy fuerte: la matrícula del coche que se llevó a la nigeriana. Con este dato, la policía habría podido llegar fácilmente hasta el culpable. Sin embargo, el trabajo y la condición de ilegal de la víctima la convierten en un caso de menor importancia. Además, el protagonista se entera, gracias a una amiga, de que el ocupante del coche era una persona importante en la vida bilbaína y, por si no fuera suficiente, un expolicía.

El trabajo anterior del victimario complica mucho la investigación de Touré y la vuelve peligrosa. Cuando los policías se dan cuenta de que está investigando sobre un excolega, lo detienen y lo envían al CIE (Centro de internamiento de los extranjeros) de Madrid para que

sea expulsado cuanto antes. Las fuerzas del orden público no le dan ninguna explicación al protagonista: no le dicen a dónde va, ni por qué. Esta falta de explicaciones es la primera de una serie de críticas contra el sistema de los centros de detención. En *19 cámaras*, tales centros son presentados como cárceles que no respetan los derechos humanos de los inmigrantes, apenas les permiten comunicarse con el exterior –y eso sólo si tienen bastante dinero– y los expulsan sin hacer ningún trámite administrativo, es decir, sin ninguna base legal. Los CIE fueron reformados en 2013. Desde ese año, todo inmigrante ingresado en el centro pasa por un juez que analiza su caso, puede hacer dos llamadas gratuitas –a un abogado y a una persona de referencia, que sea su familia o un residente de España– y debe “ser informado en un idioma que le sea inteligible de su situación, así como de las resoluciones judiciales y administrativas que le afecten” (Ministerio del Interior). Esta reforma muestra una toma de consciencia, por parte de las autoridades, de los problemas que afectaban a los CIE, problemas denunciados fuertemente por Arretxe. En realidad, se expulsan pocos subsaharianos, al no poder identificar su país de origen. En *19 cámaras*, sin embargo, la amenaza es palpable y los que logran salir del centro son una minoría afortunada de la que Touré forma parte. El protagonista sólo logra escapar de la expulsión gracias al apoyo de sus amigos de la élite bilbaína. Su pasaje en el CIE cierra la investigación –por el peligro que representa y porque Ada fue repatriada a Nigeria desde el mismo centro–. Al final del libro, no obstante, el narrador omnisciente describe una última escena transmitida por las cámaras: el asesinato a golpes del negro del traje blanco, el proxeneta directo de Juliet.

El final es contrastado. Por una parte, se puede ver con optimismo porque Touré logra quedarse en España rodeado de amigos y porque el asesinato del proxeneta transmite una impresión de justicia. Pero, por otra parte, es muy pesimista. El protagonista no puede, en efecto, acabar con su investigación. Las presiones de las mafias y de las autoridades son demasiado fuertes. Por lo tanto, no se logra ninguna justicia: el victimario sigue siendo libre e intachable para las instancias judiciales de España, la muerte del negro del traje blanco no amenaza de ninguna forma el funcionamiento de la mafia de la que era el último eslabón y la suerte de Touré no se debe a la justicia española, sino a su propia propensión a hacerse amigos. *19 cámaras* no presenta la historia de un héroe, casi sobrehumano en su determinación, que obtiene justicia gracias a su perseverancia. Es el relato de la vida de un hombre normal que sobrevive a diario en una ciudad extranjera, con un poco de suerte y un carácter bastante agradable como para atraerse la simpatía de los autóctonos. Aunque Touré no tenga la vida de un inmigrante subsahariano típico, su historia resulta verosímil y bastante representativa de los problemas a los que se enfrentan los extranjeros en España.

Capítulo 4

Puesta en perspectiva y reflexión poscolonial

El análisis de los libros desvela una variedad de técnicas literarias y de planteamientos narrativos. Desde el título hasta la visión transmitida por el narrador, todas las decisiones artísticas tienen un impacto en la representación de la inmigración subsahariana en España. Cada autor utiliza la estética realista y la de la compasión de manera distinta y las adapta a su propia concepción del proceso migratorio. Tal interpretación de la inmigración puede desembocar en discrepancias entre los estudios demográfico y sociológico y su representación literaria. A través de las elecciones técnicas, los escritores dejan vislumbrar sus opiniones y, de vez en cuando, algunas preconcepciones sobre los inmigrantes subsaharianos y el continente africano. Este capítulo funciona siguiendo una doble dinámica: parte de la comparación de los libros en su conjunto con los análisis demográfico (Capítulo 1) y sociológico (Capítulo 2) para introducir una reflexión vinculada con la corriente intelectual del poscolonialismo. La lectura en clave poscolonial permite averiguar las ventajas o las limitaciones que influyen en los cinco autores españoles en su reflexión sobre la inmigración subsahariana.

No es fácil definir el poscolonialismo. Es un campo de investigación múltiple que no corresponde a un proceso crítico único (McLeod 2000: 2). Pero el tamaño del presente trabajo no permite perderse en consideraciones terminológicas o metodológicas, de ahí que voy a adoptar una definición bastante amplia y explorar los conceptos principales para analizar cómo esas nociones aparecen en las cinco novelas. Gregorio Hernández Zamora define el pensamiento poscolonial como una reflexión que “cuestiona las políticas y discursos que niegan o inferiorizan las prácticas culturales no dominantes en la sociedad y, a la vez, reivindican sus saberes, voces, identidades y prácticas” (2019: 363). Es una reflexión que se detiene en los distintos discursos producidos por la sociedad occidental para averiguar qué tipo de relación con la alteridad proponen. Los libros sobre la inmigración escritos por europeos son, por lo tanto, un tipo de discurso muy interesante, en vista de que se presentan como defensores de relaciones igualitarias con “las prácticas culturales no dominantes en la sociedad” emitidos desde una perspectiva occidental. En cuanto a los conceptos que voy a utilizar, se pueden dividir en tres campos: las nociones que se relacionan con la definición de lo qué es una nación, las que desvelan los discursos coloniales impuestos en el mundo (sobre todo en lo que se relaciona con la economía, el sitio de las mujeres y la construcción de la identidad) y las que permiten

entender cómo intentos para devolverles la voz a los grupos no dominantes en realidad se la quitan. Todas esas nociones aparecen de manera subyacente en las novelas y, de manera interesante, surgen a la luz cuando uno trata de adentrarse en cómo los autores han adaptado lo real en la literatura.

1. ¿Qué es una *nación*?

Una cosa que parece segura es que, a pesar de una voluntad realista, los escritores no han respetado fielmente la realidad o, al menos, han ignorado una parte de ésta. Lo revela, por ejemplo, el tratamiento de la cuestión del origen de los inmigrantes subsaharianos. En *Las voces del Estrecho* y *Al calor del día*, los lugares de proveniencia de los extranjeros son vagos. En el primer libro, no siempre se precisan, lo que –como lo expliqué en el capítulo 3 punto 1.1– desemboca en cierta homogeneización de la emigración africana. Aunque cada país emisor tiene sus particularidades –en las rutas migratorias, el tipo de trabajador enviado, el sexo de los emigrantes...–, en la novela de Sorel ni se hace la distinción entre la parte norteafricana y la parte subsahariana. En el segundo libro, el de Naveros, se dice que el protagonista viene de Guinea, pero sin precisar de qué Guinea se trata, como si el narrador ignorara que existen varias. Esta media ignorancia lo aproxima a los personajes europeos de la novela, que tampoco parecen conocer la geografía del continente africano –el mejor ejemplo de eso es el entrenador de fútbol que ni recuerda de qué país viene uno de sus jugadores principales–. En esos dos libros, el país de procedencia no parece ser relevante. Esa imprecisión concuerda con la actitud de los autóctonos. A éstos no les importa de qué país vienen los inmigrantes; lo que es determinante sólo es su continente de origen. Además, los personajes españoles rechazan mayoritariamente a los extranjeros, a veces de manera verbal o físicamente violenta. Reflejan el miedo a los inmigrantes y la voluntad de echarlos del país antes de que lo controlen –una idea preconcebida vinculada con la psicosis de la invasión–. Se puede decir que en *Las voces del Estrecho* y *Al calor del día*, la mayoría de los españoles expresa un *racismo simbólico* y *prejuicios manifiestos* (Cf. Capítulo 2, punto 3), es decir que rechaza abiertamente a los inmigrantes.

Por contraste, Lozano, Caso y Arretxe dan una visión bastante positiva de la relación entre los autóctonos y los extranjeros. Aparte de algunos abusos por parte de individuos aislados, la mayoría de los personajes españoles se muestran benévolo, acogedores y abiertos. Representan la otra cara de la moneda, a saber, la gran parte de la población que intenta actuar de manera no racista, aunque no siempre logre deshacerse de sus preconcepciones. Así, en

Donde mueren los ríos, Contra el viento y 19 cámaras, se ilustran más bien un *racismo aversivo* y *prejuicios sutiles*. Dicho de otra manera, los personajes autóctonos son conscientemente no racistas, aunque inconscientemente todavía tengan ideas preconcebidas que asignan a los inmigrantes en un papel dado –es particularmente el caso en las relaciones entre Touré y los bilbaínos–. Esos tres autores incriminan así al Estado por los problemas de los inmigrantes, pero no a la población española. Además, permiten que el lector se haga una idea precisa del origen geográfico de los protagonistas de sus libros. Los tres mencionan las ciudades de las que son originarios los personajes de sus novelas respectivas y los dos escritores masculinos incluso hablan de unas etnias que viven en los países emisores designados. A pesar de la diferencia de precisión en el planteamiento del origen geográfico de los inmigrantes subsaharianos, se puede destacar una característica común a las cinco novelas²⁰: los protagonistas no vienen de los países que más inmigrantes envían a España, a saber, Senegal y Nigeria²¹ (seguidos de lejos por Mali). Son “guineanos”, burkinabés, caboverdianos, sierraleoneses o, en un único caso, malienses. Por contraste, una parte de los personajes secundarios son, esta vez sí, senegaleses y nigerianos –sobre todo nigerianas–. Además de hacer parte del grupo marginado *extranjeros*, los protagonistas forman parte de comunidades de inmigrantes muy reducidas, convirtiéndoles en dobles marginales: son minoritarios tanto dentro de los autóctonos como dentro de la comunidad migrante subsahariana²². Aunque no aparecen como muy marginados dentro del grupo subsahariano, lo son dentro de la sociedad europea, todos más o menos separados de los autóctonos por la frontera invisible creada por sus dificultades económicas.

La cuestión del origen se relaciona con un concepto muy occidental: la *nación*. En el sentido actual, se trata de una noción bastante reciente que se revela como un “fundamental component of imperialist expansion” (McLeod 2000: 68). Se basa en “notions of collectivity and belonging, [...] [on a] sense of the shared history and common origins of its people” (McLeod 2000: 69). Es una construcción ideológica basada en la falsa percepción de que todos sus constituyentes tienen orígenes comunes y mantenida por el rechazo a la alteridad, “for the political unity of the nation consists in a continual displacement of its irredeemably plural modern space, bounded by different, even hostile nations, into a signifying space that is archaic

²⁰ Con la excepción de *Las voces del Estrecho*, que no tiene protagonista inmigrante real y no precisa el origen geográfico de los inmigrantes.

²¹ En el capítulo 1, subrayo que el 25,67% de los inmigrantes subsaharianos en España en 2010 eran senegaleses, el 18,30% nigerianos y el 10,04% malienses.

²² Tal marginación podría surgir de una voluntad de los autores para reducir la impresión de omnipresencia de los inmigrantes. Como sus libros se centran en protagonistas migrantes y describen de manera realista la concentración de la población extranjera en algunos barrios, hay riesgos de que refuerzan la psicosis de la invasión. El uso de nacionalidades aisladas podría disminuir los efectos de esa concentración en los grupos migrantes.

and mythical” (Bhabha 1990: 300). Ese concepto es bastante importante en Europa para definir la identidad de sus miembros y puede desembocar en tensiones entre extranjeros y autóctonos asustados por la idea de perder la supuesta homogeneidad que asegura su identidad, como se explica en el Capítulo 2. Es lo que ocurre en los libros de Sorel y de Naveros, mientras que, en los otros tres, se tematiza menos el miedo de los autóctonos. La nación se convierte en una noción problemática cuando se aplica al África Subsahariana. En efecto, son los colonos occidentales los que impusieron fronteras durante la Conferencia de Berlín (1885). La cuestión del origen de los inmigrantes en los libros estudiados se convierte, pues, en una problemática ambigua. Precisar la nacionalidad de los personajes subsaharianos los hace entrar en una lógica occidental a la que los propios inmigrantes no necesariamente adhieren; no mencionarla resulta en cierta homogeneización del colectivo africano, impidiendo así la posibilidad de introducir matizaciones ligadas con las distintas culturas que individualizan a los pueblos subsaharianos.

Es posible que la solución resida en una mayor precisión cultural y geográfica. Asociar los personajes no a una nación, sino a una ciudad o un pueblo particulares puede ayudar a representar la heterogeneidad africana sin caer en concepciones puramente europeas. Lozano y Arretxe lo logran bien tras utilizar respectivamente a Tierno, un joven *peul*, y a Touré hijo de una *peul* y de un *bambara*. Los *peul* son un pueblo nómada. Aunque una parte de ellos se ha instalado en varios países subsaharianos, la mayoría sigue desplazándose de un país a otro. La presencia de ese grupo étnico permite, en *Donde mueren los ríos*, valorar la literatura y la educación oral, la vida en autarquía fuera del sistema capitalista y un modo de vida basado en los desplazamientos. En el libro de Lozano, Tierno desarrolla su identidad como *peul* internacional no en oposición con otro grupo, sino porque tiene el sentimiento de formar parte de esa cultura. Su proceso migratorio, en vez de alejarlo de sus lazos culturales, los refuerza. Tierno se convierte en un perfecto ejemplo de inmigrante subsahariano con una individualidad cultural marcada, pero que tampoco se reduce al concepto occidental de nación. Es, sin embargo, un ejemplo bastante aislado en las novelas estudiadas, puesto que los otros personajes originarios de ciudades o pueblos precisos no se desarrollan tan bien en su especificidad cultural como el joven *peul*.

Tierno es uno de los personajes que tienen a una familia que los sostiene desde su tierra natal. Aparecen tres tipos de inmigrantes en los cinco libros: los inmigrantes sin familias, los que tienen una familia con la que ya no tienen contactos y los que tienen a una familia que los sostiene en su proyecto migratorio. No obstante, incluso esos últimos no planean traer a sus familiares a España. La reagrupación familiar está, pues, ausente de las novelas analizadas, lo que corresponde bien a las cifras expuestas en el primer capítulo. La ausencia de familiares

próximos²³ tiene como consecuencia cierto aislamiento para los protagonistas. Tienen que esperar obtener la ayuda de otros inmigrantes bien intencionados y, por eso, se forman redes de contactos, como le ocurre a São en *Contra el viento*. Un estudio realizado por Alexandra Ríos y Lina Hernández “evidenció que las diversas redes sociales que conforman los colectivos de inmigrantes dentro de la provincia, son el soporte emocional de sus miembros, aportando al bienestar de sus compatriotas” (2014: 74). Sin embargo, no se cuantifica el número de inmigrantes subsaharianos que acude a tales organizaciones y es posible que los libros exageren un poco el número de extranjeros benévolo en el territorio español. Son pocos los personajes migrantes que se sirven de los demás migrantes, en realidad son sólo tres: Bubacar en *Donde mueren los ríos*, el hombre del traje blanco en *19 cámaras* y, en cierta medida, Bigador en *Contra el viento*. Los dos primeros están involucrados en las mafias de tráfico de personas y, por consiguiente, utilizan a sus compañeros de infortunio para ganar dinero. El último es un caso más complicado, en vista de que cae en la categoría de la violencia de género, un fenómeno que va más allá de la mera manipulación para ganar dinero. Esos tres hombres matizan la imagen muy idealista de una comunidad multiétnica de inmigrantes que se entreayudaría constantemente y de manera benévola, lo que quizá represente mejor la realidad.

Aunque no sea un tema muy explorado por los autores, la noción de *hogar* tiene un sentido particular para los inmigrantes. Pocos protagonistas expresan claramente el deseo de volver a su tierra natal. Sin embargo, el hecho de que no piensen en una reagrupación familiar puede apuntar hacia una voluntad de irse de Europa cuando tengan suficiente dinero²⁴. Si no todos los inmigrantes comparten el *mito del Eterno Retorno* expuesto en el Capítulo 2, la mayoría de ellos necesitan mantener un contacto con su lugar de origen. Como lo explica McLeod, el concepto de *hogar* “can act as a valuable means of orientation by giving us a sense of our place in the world” (2000: 210). Aunque varios protagonistas expresan nostalgia por su familia y su país natal, solamente tienen contactos con su vida pasada por su memoria, a pesar de que “the mind is notoriously unreliable and capricious” (McLeod 2000: 211). Es como si, a partir del momento en que ponen los pies en España, desaparecieran las nuevas tecnologías de sus vidas. La televisión y el acceso al Internet también están presentes en Europa, a veces por precios asequibles –aunque es cierto que el acceso a tales tecnologías depende de la situación de cada uno–. Como lo afirma Kai Hafez, “for the first time in the history of migration [migrants] have access to news and entertainment from their homelands almost as if they were

²³ Algunos personajes obtienen la ayuda de un miembro de la familia menos cercana que no conocen.

²⁴ Es posible también que no consideren la reagrupación familiar como una posibilidad porque la mayoría de ellos no está regularizada.

still at «home»” (2016: 85). Los autores se olvidan totalmente de esta posibilidad, quizá por una voluntad de presentar a sus personajes como inmigrantes que intentan integrarse en vez de quedarse en el pasado. La ausencia de las nuevas tecnologías en la sociedad de acogida les permite a los protagonistas entrar directamente en contacto con las personas que los rodean y no quedarse aislados por los recuerdos. Para Touré en *19 cámaras*, resulta en la creación de un gran capital social, hasta que pueda declarar que Bilbao es su segundo hogar (*19 C.*: 240). Sentirse en casa en el país de acogida es una de las mejores pruebas de aclimatación a su nuevo cuadro de vida. De esa declaración, surge la impresión de que el detective ha reencontrado su sitio en el mundo, un proceso todavía en marcha –y sin ninguna seguridad de estar llevado a cabo– para los otros protagonistas.

2. Imposición de los discursos coloniales

Una manera de acostumbrarse a la sociedad de acogida es tener un trabajo e integrarse así en la economía local. Aunque sea mal pagado, un empleo permite disminuir los problemas de alojamiento y hacer frente más fácilmente a las dificultades de la vida cotidiana como inmigrante. En lo que atañe al tema de los empleos, los autores son coherentes con las cifras reales. La mayoría de los protagonistas trabajan en la agricultura, en la venta callejera o en la construcción, con momentos en paro. Asimismo, algunos personajes ocupan puestos laborales un poco distintos, como el servicio en un bar, la adivinación o la investigación detectivesca. Esos empleos menos corrientes permiten diversificar las ocupaciones de los inmigrantes, quizá para evitar caer en la homogeneización y los lugares comunes. También podría ser una manera de despertar cierto interés en el lector con la creación de empleos sorprendentes. El tema del trabajo es bastante importante en los libros sobre la inmigración, en vista de que es lo que motiva a los subsaharianos a emigrar. Varios motivos de emigración emergen de las cinco novelas –violencia de género, persecución política, sueño de hallar a los padres adoptivos–, pero el motivo que vuelve con más frecuencia es el de mejorar las condiciones de vida. En la mayoría de los libros, los personajes migrantes no se morían de hambre en su país de origen. No obstante, decidieron irse a Europa para tener una posibilidad de cambiar drásticamente su suerte tras abrirse nuevas oportunidades. Mientras que los personajes de *Las voces del Estrecho* y *Contra el viento* idealizan el continente europeo, viéndolo como una especie de paraíso terrenal –una visión difundida por la globalización, como se explica en el Capítulo 2–, los protagonistas de *Donde mueren los ríos* son conscientes de la realidad europea antes de emigrar,

o al menos saben que los medios de comunicación idealizan ese continente. Para ellos, emigrar no es solamente una manera de sobrevivir, sino de vivir dignamente, es decir, con los recursos suficientes para vislumbrar un futuro distinto. Ganar mucho dinero significa para uno poder lanzar su propia empresa y contribuir al desarrollo económico de su país. Aunque los autores no se olvidan de la necesidad de enviar remesas a la familia que se quedó en el pueblo de origen, muchas veces no es el objetivo final de los personajes inmigrantes, sino una manera de compensar por su ausencia y de reembolsarle a la familia el dinero que invirtió en el proyecto migratorio.

De manera general, se puede decir que el campo económico es la faceta de la sociedad española a la que los protagonistas mejor se adaptan. Incluso los que trabajan en la economía sumergida –es decir, la mayoría de los personajes– contribuyen al desarrollo del país. Como ya lo he explicado, su voluntad de trabajar para mejorar solos sus vidas, así como su determinación muestran que los inmigrantes subsaharianos literarios están totalmente integrados en la mentalidad capitalista. Encarnan el ideal del *self-made man* en pleno desarrollo. No obstante, el hecho de que los escritores no problematicen esa adopción total de un sistema económico impuesto por Europa es llamativo. El capitalismo parece ser tan anclado en el pensamiento occidental que se presenta como el único modelo económico posible. La imposición de ese sistema se vuelve aún más problemático cuando se toma en cuenta su relación con el imperialismo: éste “continues apace as Western nations such as America are still engaged in imperial acts, securing wealth and power through the continuing economic exploitation of other nations” (McLeod 2000: 8). Tal explotación económica se hace de manera indirecta a través del capitalismo. Como lo explica Gabrielle Naglieri,

the danger of perception is the creation of a reality informed and reinforced by manufactured truths that allow for the illusion of difference and agency. Terms like localization and hybridity turn capitalism into a malleable economic force that adapts to the socio-cultural fabric of a nation. [...] What perception does not see is the tyranny of this ‘integration’ into the world economy, the absence of alternatives to capitalism. (2010: 157)

En otras palabras, aunque las novelas ofrecen la impresión de que sus personajes logran desarrollar cierta agencia tras hacerse un hueco en el mercado laboral español, no son capaces de desvelar un enemigo en esas tomas de agencia, un enemigo tan visible que se vuelve invisible: el propio sistema. Los protagonistas se convierten en agentes sólo en un modelo económico que controla su nivel de agencia. Para ellos, la única vía de desarrollo se encuentra dentro del capitalismo. Aunque algunos reconozcan que ese sistema los explota, asocian tal explotación con su clase social –pertenecen a la clase baja de los pobres– y no su posición

estructural en el mundo. Al fin y al cabo, como se integran en el modelo económico vigente sin intentar cambiarlo, perpetúan un sistema que explota el continente africano y lo utiliza como fuente de materias primas y de mano de obra barata. Falta en los cinco libros analizados una denuncia del sistema capitalista y una reflexión sobre otras alternativas posibles para los inmigrantes subsaharianos.

La exploración del tema del trabajo sólo vale para los personajes masculinos y eso por una razón muy simple: la casi total falta de agencia de las inmigrantes femeninas en esas ficciones. En el primer capítulo, se evidencia que las mujeres representan el 30,91% de la inmigración subsahariana y que las que se lanzan en un proyecto migratorio lo hacen de manera autónoma –un dato que ilustra el poder agentivo de las migrantes subsaharianas–. No obstante, las novelas les prestan poca atención y poca agencia. La única excepción es *Contra el viento*. Ángeles Caso transmite una imagen bastante positiva de sus personajes femeninos. Las mujeres africanas de su ficción se muestran fuertes, ingeniosas, solidarias y determinadas. El mejor ejemplo de esa valoración de las mujeres migrantes es, obviamente, São. Ella es valiente, logra obtener varios trabajos –camarera, ayudante en una panadería, empleada de hogar– y, aunque cae víctima de la violencia de género de su compañero, logra recuperar su agencia y convertirse en la actriz de su vida. No es el caso de las demás inmigrantes subsaharianas. Éstas son generalmente personajes secundarios; el mayor rol que pueden desempeñar es el de motor de la acción en las novelas orientadas hacia el género policial (*Donde mueren los ríos* y *19 cámaras*). Intentan escapar la violencia de género o sus condiciones de vida, pero sólo dos destinos las esperan: la prostitución o la muerte –y, a veces, ambas–. Aparte de São, las inmigrantes subsaharianas solamente se representan como víctimas de un proceso superior que las cosifica (Tobin Stanley 2019: 13) y sobre el que no tienen ningún control, una caracterización bastante reductora y pesimista. No son todas las mujeres subsaharianas presas de las mafias e incapaces de controlar –o al menos de influir en– su destino. La figura subsahariana femenina es, pues, pobremente representada en la mayoría de los libros analizados.

La suerte de las mujeres es un tema bastante complicado, incluso en los estudios poscoloniales. Ellas sufren una *doble colonización* (McLeod 2000: 175), ejercida por el colonialismo y el patriarcado. Ni la descolonización ni el feminismo han logrado mejorar de manera radical sus condiciones de vida porque ninguno de los dos procesos toma en cuenta el segundo poder que influencia el cotidiano de las mujeres subsaharianas y ambos siguen imponiendo ideas preconcebidas en su representación. Por ejemplo, “Western feminism is criticised for the Orientalist way it represents the social practices of other «races» as backwards

and barbarous, from which black and Asian women need rescuing by their Western sisters” (McLeod 2000: 181). Las opiniones y las demandas de esas mujeres nunca se oyen. Éstas son invisibilizadas por discursos exteriores que se les imponen. Es llamativo que la mayoría de las inmigrantes subsaharianas en los libros sean prostitutas: es un “papel que la[s] relega a objeto del deseo de la mirada masculina blanca y adinerada, y la[s] aboca a actuar bajo una máscara que la[s] invisibiliza como ciudadana[s] de pleno derecho” (Alcaide Ramírez 2015: 181). Aparte de Ángeles Caso, que atribuye una gran agencia a sus personajes femeninos, los autores aquí analizados no logran deshacerse de esa visión victimizadora de las mujeres subsaharianas. Las cosifican y las invisibilizan sin darse cuenta tras atribuirles el rol de prostitutas secundarias. En sus libros, las inmigrantes subsaharianas se convierten en meros pretextos para despertar la piedad de los lectores.

Esa piedad también puede surgir del relato del viaje desde la tierra de origen hasta la de acogida. Es particularmente el caso en *Las voces del Estrecho*, que se focaliza en la travesía en pateras y en los numerosos naufragios que ponen fin brutalmente al proceso migratorio. Los otros libros, por contraste, presentan cierta variedad en las maneras de llegar a España. Varios personajes hacen el viaje en avión con papeles temporarios en orden, mientras que otros se esconden en barcos oficiales. En *Donde mueren los ríos*, incluso se describen procesos migratorios más largos, durante los que los personajes se paran en una ciudad africana transitoria para trabajar ahí algún tiempo y prepararse a seguir con su viaje, una realidad descrita en el Capítulo 1 pero que raras veces se representa en la literatura. Amadú se queda, en efecto, en Dakar hasta encontrar un contrato de unos meses en Las Canarias y Tierno trabaja un tiempo en Bamako, ciudad donde conoce a un traficante que lo ayuda a llegar hasta la isla española. Lozano muestra así que el proyecto migratorio no empieza en la travesía del Estrecho, sino mucho antes, desde el momento en el que uno se va de su pueblo natal. Es un largo proceso en el que uno se va alejando poco a poco de sus orígenes. La llegada a España tampoco marca el fin del viaje. De hecho, varios personajes no se quedan en la primera ciudad europea en la que llegan, sino que siguen buscando su suerte en distintos lugares, hasta encontrar el que les convenga. Las novelas en su conjunto describen bastante bien un proceso migratorio completo y bastante fiel a la realidad, compuesto por viajes, escalas y la búsqueda del mejor lugar posible para que uno pueda realizar sus objetivos de desarrollo.

Varios personajes, como São o Tierno, encarnan algo que se podría llamar una *identidad migratoria*. Son inmigrantes que no han encontrado una ciudad que les convenga. Por lo tanto, siguen viajando hasta encontrar el lugar idóneo para quedarse. Son muy móviles y no les da miedo lo desconocido. Van donde encontrarán –o esperan encontrar– trabajo, sin tener ninguna

garantía antes de llegar. Se distinguen como los protagonistas que más oportunidades tienen de lograr sus objetivos; su adaptabilidad espontánea representa su fuerza. También les permite integrarse fácilmente en el mercado laboral europeo, convirtiéndose así en inmigrantes ideales desde el punto de vista de los españoles. En realidad, se puede afirmar que los protagonistas de los cinco libros son, globalmente, inmigrantes ideales. No crean problemas, tratan de integrarse en el mercado europeo, desempeñan trabajos útiles a la sociedad, ya manejan el castellano o lo aprenden muy rápido²⁵ –salvo en *Las voces del Estrecho* y *Al calor del día*– y, sobre todo, comparten cualidades morales valoradas por los europeos: son justos, solidarios, trabajadores, amistosos, honestos... Asimismo, dentro de las cuatro maneras de relacionarse con la sociedad de acogida –separación, marginación, asimilación e integración (Cf. Capítulo 2)–, adoptan la última. Quieren salir del margen de la sociedad para integrarse en ella. No rechazan ni la cultura africana, ni la española, sino que tratan de encontrar un equilibrio entre las dos. Se presenta a través de los protagonistas una visión muy idealizada de los inmigrantes subsaharianos.

Esa imagen podría ser una manera, por parte de los autores, de invertir o contradecir la identidad que la colonización occidental impuso en África –además de simplemente convertir a los protagonistas en personajes simpáticos con los que el lector empatizará más fácilmente–. La colonización despertó en los europeos la necesidad de definir claramente su identidad. Lo hicieron a partir de una oposición dual entre los colonizados y ellos mismos, puesto que “every definition of identity is always defined *in relation* to something else” (McLeod 2000: 74). Ese proceso de auto-identificación desembocó en lo que Edward Said llamó *orientalismo*. Consiste en definir el Oriente como el *alter ego* negativo del Occidente (McLeod 2000: 40-41). Éste proyecta en lo oriental todos los defectos imaginados como opuestos a los valores europeos, sin ninguna base factual. Un proceso similar, llamado *africanismo*, se aplicó a África, transformando el continente en una proyección de las fantasías occidentales. Tal como ocurrió con el Oriente, los europeos empezaron a ver el continente africano como “un modelo civilizatorio estático, conservador, despóticos, atrasado, patriarcal e informal” (Mansilla 2017: 2), es decir, un modelo totalmente opuesto a los valores que los occidentales se auto-atribuían. En su estudio de W.E.B. Du Bois, Reiland Rabaka explora el concepto de *double-consciousness*. Se trata de la “*psychological condition and social state where blacks incessantly*

²⁵ El manejo rápido del castellano, así como la comprensión casi natural entre las diferentes nacionalidades subsaharianas ofrecen la posibilidad de desarrollar diálogos interesantes desde el principio de la migración. Sin embargo, no corresponden ni a la realidad multilingüe del continente africano –Bernd Heine y Derek Nurse afirman, de hecho, que existen 2000 lenguas en el continente africano, es decir, casi un tercer de los idiomas del mundo entero (Heine y Nurse 2000: 1)–, ni a la experiencia de los inmigrantes en España. Como se explica en el Capítulo 1, 55,2% de los encuestados por Calvo Buezas afirma, de hecho, que su mayor problema al llegar a España fue la lengua, es decir, la imposibilidad de entenderse con los autóctonos.

and uncritically engage and judge their life-worlds and life-struggles exclusively utilizing the white world's anti-black racist culture and conceptions of civilization” (2015: 9, énfasis en el original). La colonización ha tenido una doble consecuencia. Por una parte, ha impuesto ciertos valores como un ideal de vida, obligando así a los africanos a cuestionarse constantemente sobre su adecuación con las normas europeas, como lo explica la cita de Rabaka. Por otra parte, ha encerrado a esos mismos africanos en una identidad supuestamente opuesta a la europea, definiéndolos como los *Otros*. Esa discrepancia entre una identidad presentada como idónea y una identidad impuesta sin ninguna consideración por la heterogeneidad del continente africano crea problemas identitarios en los subsaharianos y, en cierto sentido, los priva de agencia: a pesar de sus esfuerzos para adecuarse a las normas occidentales, siempre están considerados como el *Otro* cuando llegan a una ciudad europea. Tras utilizar protagonistas ejemplares, los autores proponen una desconstrucción de esa identidad impuesta sobre los inmigrantes y ofrecen una revisión de la *Otredad*. No obstante, idealizan tanto a sus personajes que éstos se convierten en una caricatura, una encarnación excesiva de los valores europeos, y pierden las matizaciones –defectos, rasgos asociados con la cultura africana, muestras de carácter...– que los habrían humanizado.

3. Cuando los portavoces se convierten en *quitavoces*

En realidad, la valoración de los personajes inmigrantes en la mayoría de los libros se hace solamente desde una perspectiva occidental, como si, para ser aceptados en la sociedad, los subsaharianos tuvieran que olvidarse de sus características culturales propias, de todo lo africano. Con la excepción de *Donde mueren los ríos*, las novelas exaltan lo europeo y ponen entre paréntesis lo africano, un proceso dual que se ve en el tratamiento de los dos continentes. Cada libro los explora de manera diferente. Globalmente, las novelas presentan las dos áreas geográficas como zonas infernales, en las que es difícil vivir para un subsahariano. Sin embargo, la valoración del Occidente es más frecuente que la del África Subsahariana. Cada libro critica en cierta medida Europa; pero son críticas que basadas en un buen conocimiento de la realidad y no en ideas preconcebidas, dado que todos los autores son españoles. Además, se complementan con valoraciones del continente europeo –tales valoraciones están muy presentes en *Contra el viento* por ejemplo–, lo que permite pintar una imagen completa y matizada. Por contraste, la visión de África transmitida es unilateral. En *Las voces del Estrecho* y *Contra el viento*, se describe un continente violento, patriarcal y atrasado. A pesar de las

críticas del sistema español, estos libros establecen una clara dicotomía entre Europa civilizadora y África bárbara, una dicotomía inventada durante la colonización y en parte perpetuada por los medios de comunicación. Según Kilidjian, la televisión muestra imágenes de un “espace urbain occidental dans lequel s’épanouit, heureuse, la société de consommation” por una parte y, por otra parte, difunden imágenes “de famine et de guerres [...] [qui] incitent à la méfiance et à la crainte de l’émigré africain” (2013: 318). Sorel y Caso parecen compartir esta visión en sus libros. Naveros y Arretxe evitan los problemas tras no hablar del continente africano²⁶. Se concentran en el presente europeo de sus protagonistas respectivos y silencian más o menos su pasado. Lozano, por su parte, es el escritor que más valora a África, además de criticar mucho Europa. Tras dar una cultura subsahariana a sus protagonistas, logra pintar una imagen contrastada de la vida en sus países natales. Europa y África no son infernales en sí. Sólo ciertos aspectos de la vida que proponen lo son; pero muchas otras facetas de los dos continentes son menos duras. Prueba de eso es el apego de los personajes de *Donde mueren los ríos* por su tierra natal. La imagen de los continentes africano y europeo transmitida en los libros refleja, en su mayoría, los lugares comunes asociados con África –pobreza, falta de desarrollo, guerras, violencia de género, falta de educación...–, lo que deja vislumbrarse una visión globalmente eurocéntrica del continente africano. Lozano es el único que se atreve a adentrarse en culturas africanas²⁷ para matizar esa representación.

Los problemas de representación del continente africano surgen probablemente de una causa común muy simple: la nacionalidad de los autores. Todos son españoles. Intentan transmitir cierta compasión por los inmigrantes subsaharianos a sus lectores, pero no son las personas más adecuadas para hablar de países y de culturas que desconocen. En vez de simplemente transmitir las voces de esos extranjeros –una voluntad claramente expuesta por el título del libro de Sorel–, se las apropian y las modifican inconscientemente, lo que desemboca en un proceso de usurpación de la voz de los grupos no dominantes denunciada por Gayatri Chakravorty Spivak en su famoso libro *Can the Subaltern Speak?*. La crítica india denuncia el silenciamiento de las mujeres de las antiguas colonias por parte de los intelectuales. Aunque “the intellectual is cast as a reliable mediator for the voices of the oppressed, a mouth-piece through which the oppressed can clearly speak” (McLeod 2000: 192), se muestra, al fin y al cabo, incapaz de servir de intermediario neutro. Es un círculo vicioso en el que los intelectuales

²⁶ Hay que subrayar sin embargo que el libro de Arretxe es el primero de una serie de cinco novelas. Es posible que el autor trate más profundamente el tema del continente africano en un libro posterior. Significa también que el propio protagonista ha podido evolucionar a lo largo de sus investigaciones.

²⁷ Lo ayudó seguramente su contacto regular con autores africanos gracias al Festival del Sur-Encuentro Tres Continentes y al Festival Internacional de Narración Oral, creados por él mismo.

occidentales tratan de ayudar a los *sin-vozes* utilizando su fama para ser oídos, pero, tras intervenir, sólo refuerzan el silenciamiento de los grupos no dominantes, un punto ya tratado en el análisis de varios libros. Según Hernández Zamora, la mirada colonizante “construye al otro como incapaz de ver, pensar, hablar y actuar por sí mismo, como alguien que no habla ni escribe, *sino del que se habla y escribe*” (2019: 379, énfasis mío). Los cinco autores analizados, al escribir libros sobre la inmigración, perpetúan ese proceso de cosificación de los inmigrantes. Además de utilizar el género novelesco –un género muy occidental²⁸–, pocos de los escritores utilizan narradores subsaharianos –los narradores son o bien españoles, o bien omniscientes–. Dentro de los que dejan a un inmigrante contar la historia, Lozano se siente impulsado a proponer un narrador letrado, como si se necesitara que Amadú sea un intelectual para que obtenga credibilidad en los ojos del público. Quizá la solución resida en *Al calor del día*, un libro en el que el autor asume la imposibilidad de hablar por los inmigrantes son hablar en su lugar y denuncia ese problema tras silenciar a los personajes que, según lo que se ve en la portada, deberían ser el sujeto de su novela. El silencio de Matías parece ser más efectivo que las diatribas de Amadú, por ejemplo, para revelar ese proceso de usurpación de voz. Prueba de eso es la indignación de Kunz frente a la casi ausencia de los inmigrantes en *Al calor del día*, mientras que ningún crítico se ha preguntado quién hablaba en realidad a través de la boca de Amadú.

El silenciamiento que sufre el colectivo de los inmigrantes subsaharianos no surge de una falta de voz. Como lo afirma J. Maggio, “«speaking» is intimately linked to «being heard»” (2007: 430). Significa que no son los *subalternos* los que no hablan, sino los *dominantes* que no los escuchan. Por eso, imponen una imagen parcial de la realidad basada en sus concepciones europeas, sin diálogo con la cultura de los que deberían ser sus interlocutores. Es llamativo, por ejemplo, que Caso se centre en los aspectos más negativos del África Subsahariana –la violencia, el patriarcado y la pobreza²⁹– y luego les agradezca a sus amigas caboverdianas haber aceptado compartir su historia. Parece que la autora sólo transmite media-imagen del África Subsahariana, concentrándose en los aspectos que parecen asociar el continente con una cultura *atrasada* y olvidándose de una multitud de otros factores –el entorno, la cultura, las tradiciones,

²⁸ No hay que olvidar que los europeos impusieron la escritura como única manera válida para transmitir información y fijar acuerdos. Hernández Zamora, tras interesarse por los Nuevos Estudios Literarios, explicar que estos han desmontado “la hipótesis de las «grandes consecuencias» de la alfabetización [...] —según la cual el simple uso de la escritura alfabética tuvo grandes consecuencias en el desarrollo económico, político, ético y cognitivo, en los ámbitos social e individual—” (2019: 366). El Occidente ha impuesto en el mundo esa hipótesis, así como la idea de que la escritura es sinónimo de modernidad. El reconocimiento del carácter literario de la oralidad es bastante reciente y todavía no hace la unanimidad.

²⁹ Son aspectos que no son propios al África Subsahariana, sino que se pueden encontrar en el mundo entero. La violencia, el patriarcado y la pobreza se hallan en el mundo entero, aunque distribuidos quizá de manera irregular.

la construcción de valores morales propios...– que ayudan a los subsaharianos a formarse una identidad individual, alejada de los clichés impuestos por el *africanismo*. El que transmite la imagen más matizada de la dualidad Europa-África es, otra vez, Lozano, quizá porque ha podido, gracias a sus festivales internacionales, escuchar a sus pares subsaharianos. Ser capaz de escuchar a los grupos no dominantes se convierte, por lo tanto, en una prioridad: antes de denunciar los problemas que encuentran los migrantes subsaharianos, hay que preguntarles lo que consideran como problemático.

Conclusión

El análisis de los cinco libros desvela una dinámica dual en su construcción. Por una parte, los autores respetan más o menos las pautas migratorias reales. Tras utilizar a protagonistas originarios de países poco representados en la inmigración en España, logran aislarlos en una sociedad nueva y mostrar que esos extranjeros no están en condiciones para *invadir* el país. Aunque la focalización de los libros en los inmigrantes no permite realmente evidenciar que la comunidad subsahariana en España no es muy numerosa en cifras relativas –es decir, sobre el conjunto de inmigrantes–, el planteamiento de las relaciones entre extranjeros y autóctonos demuestra que los primeros no están en una posición dominante –todo el contrario–. Se victimiza más bien a los personajes, lo que permite romper con la psicosis de la invasión. El uso de distintos transportes por parte de los personajes para llegar a Europa rompe, por su parte, con la imagen dominante en los medios de comunicación: los naufragos de pateras. Asimismo, la fuerte voluntad de trabajar de los protagonistas y la adopción de empleos no deseados por los españoles desmonta la idea según la cual los inmigrantes llegan a España para robar los trabajos de los autóctonos y aprovecharse del sistema. La variedad de motivos que empujan a los personajes a emigrar toma parte en esa desconstrucción: la pobreza no es la única razón por la que los subsaharianos deciden irse a Europa. Buscan sobre todo la posibilidad de desarrollar una vida digna y llena de oportunidades. En las novelas, los inmigrantes no representan un peligro ni por el mercado laboral, ni por la seguridad de los autóctonos: ningún protagonista cae en la delincuencia o la violencia. Tras respetar la realidad demográfica, los escritores logran entonces romper con una serie de imágenes preconcebidas compartidas por la consciencia colectiva española –como la psicosis de la invasión, la idea de que los extranjeros son, mayoritariamente, criminales, la impresión de que el paro se debe a la presencia de los inmigrantes...–. La representación de los migrantes en las novelas se aleja bastante bien de los lugares comunes transmitidos por los discursos políticos y los medios de comunicación.

Por otra parte, sin embargo, los escritores se olvidan de una serie de elementos que le dan su heterogeneidad a la migración. Así, la poca presencia de las mujeres –aunque en realidad representan el 30% de la inmigración subsahariana– y su falta de agencia reflejan una visión todavía muy patriarcal, en la que, en la consciencia global, son los hombres los que emigran y logran encontrar una vía en la sociedad de acogida. Las inmigrantes subsaharianas se convierten en meras víctimas, supuesto centro de focalización de la compasión de los lectores. Los hombres, por su parte, no son reducidos a su papel de víctimas –que, por cierto, también

desempeñan—. A pesar de las condiciones exteriores, aparecen como personajes ideales, imbuidos de todas las cualidades valoradas por el Occidente y desprovistos de defectos, capaces de convertirse en agentes en sus propias vidas. La imagen global que se da de los personajes subsaharianos masculinos es una caricatura occidentalizada, una idealización de lo que debería ser un inmigrante perfecto en la consciencia colectiva europea. Tal occidentalización también se aplica a la representación de África, un continente descrito —cuando no se lo ignora pura y simplemente— como un lugar bárbaro, atrasado y violento.

Esa dinámica dual demuestra que, aunque los autores tratan de desmontar las ideas recibidas sobre la inmigración subsahariana, basándose en cierto conocimiento de la realidad demográfica, la mayoría de ellos no logra deshacerse de su ideología occidental. Sus libros permiten denunciar los fallos de los discursos políticos y mediáticos sobre esta inmigración; pero, en un empeño para convertir a los subsaharianos en hombres modelos con los que uno tendría que tener empatía, perpetúan una visión reductora y basada en el carácter de víctima del África Subsahariana. Quizá irónicamente, tras utilizar la estética de la compasión para mostrar a los lectores que los inmigrantes son seres humanos dignos de su empatía, los autores deshumanizan a sus personajes, convirtiéndolos en modelos prototípicos que deberían atraer compasión.

Los problemas que plantean la representación del África Subsahariana y de sus migrantes desembocan en una pregunta esencial: ¿quién debería hablar y cómo darle voz? Es evidente que mi propia posición es problemática, siendo belga y no teniendo contactos con inmigrantes subsaharianos en España. De ahí que solamente puedo emitir propuestas teóricas para contestar a esa pregunta. Lo ideal sería, obviamente, dejar la palabra a los propios migrantes. En otros países, como Inglaterra para citar sólo un ejemplo, son generalmente los inmigrantes de segunda generación —a saber, los hijos de los que emprendieron el proceso migratorio— los que han desarrollado una literatura sobre la inmigración —como Caryl Phillips, Andrea Levy, Salman Rushdie o Fred D’Aguiar, entre otros—. Su posición les ofrece un buen conocimiento tanto de la cultura de origen como de la de acogida, así como una visión contrastiva que surge de la comparación entre el posicionamiento de sus padres y su propia toma de posición en el país de acogida. Puesto que la inmigración subsahariana en España es bastante reciente, se puede esperar que una literatura similar se desarrolle en los próximos años, cuando la segunda generación tenga la experiencia necesaria para empezar a producir literatura. Evito la palabra *escribir* a propósito: hoy en día, se reconoce que lo oral también es una forma de literatura. La reivindicación de la experiencia migratoria, pues, podría hacerse en formato oral. Lo que resulta cierto es que, cualquiera que sea el modo de transmisión elegido, una

intervención de los medios de comunicación sería bienvenida para mediatizar a los nuevos *autores* y darles legitimidad.

No existe, entonces, una respuesta unívoca. Creo que son los propios inmigrantes o hijos de inmigrantes subsaharianos los que deberían tomar la palabra; no obstante, España –y, en realidad, Europa en general, porque las luchas que enfrenta el país hispánico hoy en día todavía no están resueltas en el resto del continente– tendría que estar lista para escuchar a esas nuevas voces. Los autores analizados han abierto el camino para una literatura sobre la inmigración, pero hace falta una visión matizada y consciente de las preconcepciones tanto europeas como africanas para representar el fenómeno migratorio en toda su complejidad y sus matices.

Bibliografía

Bibliografía primaria

- ARRETXE, J. (2012): *19 cámaras*, Donostia: Erein.
- CASO, Á. (2009): *Contra el viento*, Barcelona: Editorial Planeta.
- LOZANO, A. (2006): *Donde mueren los ríos*, s. l.: Almuzara.
- NAVEROS, M. (2001): *Al calor del día*, Madrid: Alfaguara.
- SOREL, A. (2000): *Las voces del Estrecho*, Madrid: Akal.

Bibliografía secundaria

Fuentes citadas

- ABELLA VÁZQUEZ, C. M. (2002): “La construcción de la inmigración como problema en la prensa escrita”, *Sociedad y utopía: Revista de ciencias sociales*, nº 19: pp. 61-82.
- ABRIGHACH, M. (2006): *La inmigración marroquí y subsahariana en la narrativa española actual*, Agadir: ORMES.
- ACCEM (Asociación Comisión Católica Española de Migraciones) (2008): “Análisis de las migraciones. España como «emisor» y «receptor» de inmigrantes”, *Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración del Gobierno de España*.
- AHMED ISMAIL, R. (2010): “Fronteras asesinas e identidades culpables: «moros» y «negros» en la literatura española del nuevo milenio”, *Anaquel de Estudios Árabes*, vol. 21: pp. 235-252.
- ÁLVAREZ ACOSTA, M. E. (2011): “Comportamiento y tendencias de las migraciones”, *África Subsahariana: Sistema capitalista y relaciones internacionales*, Buenos Aires: CLACSO.
- ÁLVAREZ MORICE, M. (2019): “Muere Antonio Lozano, escritor, experto en África y exedil de Agüimes”, *La Provincia*. URL: <https://www.laprovincia.es/cultura/2019/02/11/muere-antonio-lozano-escritor-experto/1146470.html> [Consulta: 11/03/2020].
- BHABHA, H. K. (1990): “DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation”, en Homi K. Bhabha (ed.): *Nation and Narration*, Bungay: Routledge.
- BLANCO, P. (2011): “Migraciones desesperadas en África Subsahariana poscolonial”, *África Subsahariana: Sistema capitalista y relaciones internacionales*, Buenos Aires: CLACSO.

BLEDSONE, C., R. HOULE y P. SOW (2007): “High fertility Gambians in low fertility Spain: The dynamics of child accumulation across transnational space”, *Demographic Research*, vol. 16: pp. 375-412.

BORTOLI, G. (2019): “La representación de la mujer inmigrante en España a través del cine y la literatura española del siglo XXI”, *Rassegna iberistica*, vol. 42, n° 111: pp.179-188.

BOURDIEU, P. (1979): *La distinction. Critique sociale du jugement*, Paris: Les éditions de minuit.

CALVO BUEZAS, T. (2018): *Voces de inmigrantes*, Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.

CASTILLA-VÁZQUEZ, C. (2017): “Mujeres en transición: La inmigración femenina africana en España”, *Migraciones Internacionales*, vol. 9, n° 2, julio: pp. 143-171.

CEBRIÁN DE MIGUEL, J. A. y S. BIHINA (1998): “Subsaharianos en España”, *Migraciones*, vol. 3: pp. 141-165.

CEBRIÁN DE MIGUEL, J. A., M. ISABEL BODEGA y A. M. LÓPEZ-SALA (2000): “La presencia africana en la inmigración española del cambio de siglo”, *Estudios Geográficos*, vol. 61, n° 240: pp. 435-460.

Escritores.org (2019): “Andrés Sorel”, *Escritores.org*. URL: <https://www.escritores.org/biografias/25740-sorel-andres> [Consulta: 21/06/2020].

European Commission (2019): “Governance of Migrant Integration in Spain”, *European Web Site on Integration*. URL: <https://ec.europa.eu/migrant-integration/governance/spain> [Consulta: 27/11/2019].

FAJARDO DEL CASTILLO, T. (2006): “La conferencia ministerial euro-africana de Rabat sobre la inmigración y el desarrollo. Algunas reflexiones sobre la política de inmigración de España y de la UE”, *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, n° 25: pp. 913-943.

FERNÁNDEZ AMADOR, M. (2018): “Miguel Naveros: escritor, periodista e intelectual”, en Helena Lima, Ana Isabel Reis y Pedro Costa (ed.): *Comunicación y Espectáculo. Actas del XV Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación*, Porto: Universidade do Porto.

FERNÁNDEZ, M., C. VALBUENA y R. CARO (2017): *Evolución del racismo, la xenofobia y otras formas de intolerancia en España. Informe-Encuesta 2017*, Madrid: Ministerio de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social.

GARCÍA BENITO, N. (2004): “Por la vía de Tarifa o la letra con sangre entra”, en Dolores Soler-Espiauba (ed.): *Literatura y pateras*, Madrid: Akal.

GONZÁLEZ-FERRER, A. y E. KRAUS (2012): “Migrantes Senegaleses en Francia, Italia y España. Primeros resultados de la encuesta MAFE-Senegal en Europa”, *Analysis of the Real Instituto Elcano*.

GOYTISOLO, J. y S. NAÏR (2000): *El peaje de la vida: integración o rechazo de la emigración en España*, Madrid: Aguilar.

GOZÁLVEZ PÉREZ, V. (1996): “La inmigración africana hacia España: el acceso a través de la frontera sur”, *Investigaciones geográficas*, vol. 15: pp. 5-18.

GUAY, J-H. (2005): “Musulmans”, *Perspective Monde*. URL: <https://perspective.usherbrooke.ca/bilan/stats/0/2005/fr/14/carte/WR.RELG.PRA.ISLM.ZS/x.html> [Consulta: 30/07/2020].

HAFEZ, K. (2016): “The «Global Public Sphere» – A Critical Reappraisal”, en K. Mertens y L. Krämer (eds.): *Post-colonial Studies Meets Media Studies*, Bielefeld: transcript.

HEINE, B. y D. NURSE (2000): “Introduction”, en Bernd Heine y Derek Nurse (eds.): *African Languages: An Introduction*, Cambridge: Cambridge University Press.

HERNÁNDEZ ZAMORA, G. (2019): “De los nuevos estudios de literacidad a las perspectivas decoloniales en la investigación sobre literacidad”, *Íkala, Revista de Lenguaje y Cultura*, vol. 24, n° 2: pp. 363-386.

HERNANDO DE LARRAMENDI, M. y F. BRAVO (2005): “El lugar de la lucha contra la inmigración clandestina de origen subsahariano en las relaciones España-Marruecos (2000-2005)”, *Documentación social*, n° 137: pp. 207-226.

Instituto Nacional de Estadísticas (2020): “Población (españoles/extranjeros) por País de Nacimiento, sexo y año”, *Principales series de población desde 1998*. URL: <https://www.ine.es/jaxi/Tabla.htm?path=/t20/e245/p08/10/&file=02006.px&L=0> [Consulta: 21/01/2020].

IZQUIERDO ESCRIBANO, A. (1996): *La inmigración inesperada. La población extranjera en España (1991-1995)*, Madrid: Trota.

KILIDJIAN, M. T. (2013): *Itinéraires humains dans l'espace urbain à partir de la lecture de quatre auteurs de roman policier : Alicia Giménez Bartlett, Antonio Lozano, Juan Madrid, Andreu Martín*, Strasbourg, reproducción fotocopiada. Tesis doctoral.

KUNZ, M. (2002): “La España que va mal: *Al calor del día* de Miguel Naveros”, en Irene Andres-Suárez, Marco Kunz e Inés D’Ors (eds.): *La inmigración en la literatura española contemporánea*, Madrid: Verbum.

LAHLOU, M. (2002): “Entrada, estancia y salida de los extranjeros en (y de) Marruecos”, en Pablo Pumares y Paolo Ruspini (eds.): *La inmigración irregular subsahariana a través y hacia Marruecos*, Organización Internacional del Trabajo, Estudios sobre migraciones internacionales, n° 54S.

LAHLOU, M. y C. ESCOFFIER (2002): “Informe de la encuesta a migrantes llevada a cabo en Marruecos”, en Pablo Pumares y Paolo Ruspini (eds.): *La inmigración irregular subsahariana a través y hacia Marruecos*, Organización Internacional del Trabajo, Estudios sobre migraciones internacionales, n° 54S.

MACLEOD, J. (2000): *Beginning Postcolonialism*, Manchester: Manchester University Press.

MAGGIO, J. (2007): “«Can the Subaltern Be Heard?»: Political Theory, Translation, Representation, and Gayatri Chakravorty Spivak”, *Alternatives*, vol. 32: pp. 419-443.

MANSILLA, H. C. F. (2017): “Formas barrocas y contenidos escasos: El Postmodernismo, los Estudios Postcoloniales y la aproximación a la verdad en las Ciencias Sociales”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 3, n° 53: pp. 1-14.

MILLÁN PLANELLES, Á. (2004): “Sobre la identidad y la alteridad”, en Dolores Soler-Espiauba (ed.): *Literatura y pateras*, Madrid: Akal.

Ministerio del Interior (2013): “Centro de internamiento de extranjeros”, *Gobierno de España: Servicios al ciudadano*. URL: <http://www.interior.gob.es/web/servicios-al-ciudadano/extranjeria/regimen-general/centro-de-internamiento-de-extranjeros> [Consulta: 10/07/2020].

MURRAY, N. M. (2018): “Homeward Bound: Coloniality and Domesticity”, en: *Home Away from Home*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.

NAGLIERI, G. (2010): “Imperialism is on the March: Market Tyranny and the Fight Beyond Revolution”, en S. Nagy-Zekmi y C. Zabus (eds.): *Colonization or Globalization? Postcolonial explorations of Imperial Expansion*, Lanham: Lexington Books.

ODDEN, G. (2010): “Parcours et projets des migrants subsahariens en Espagne”, *Hommes et migrations*, n° 1286-1287: pp. 98-107.

Organización Internacional para Migraciones (2020): “Arrivées de migrants en Europe par la Méditerranée en 2020 : 16 724 ; décès en mer : 256”, *ONU Migration*. URL: <https://www.iom.int/fr/news/arrivees-de-migrants-en-europe-par-la-mediterranee-en-2020-16-724-deces-en-mer-256> [Consulta: 04/08/2020].

PUMARES, P. (2002): “La inmigración subsahariana y la política de extranjería en España”, en Pablo Pumares y Paolo Ruspini (eds.): *La inmigración irregular subsahariana a través y hacia Marruecos*, Organización Internacional del Trabajo, Estudios sobre migraciones internacionales, n° 54S.

RABAKA, R. (2015): *The Negritude Movement*, Lanham: Lexington Books.

RÍOS, A. M. y L. M. HERNÁNDEZ (2015): “Descripción de procesos migratorios en Almería-España y su repercusión en la salud mental”, *Rev. Fac. Nac. Salud Pública*, vol. 32, n° 1: pp. 67-77.

SALEH TAHA, A. (2017): “El discurso narrativo femenino en *Las Voces del Estrecho*, de Andrés Sorel”, *Cincinnati Romance Review*, vol. 43: pp. 107-122.

SANKHÉ, M. (2016): “*Contra el viento* de Ángelas Caso: entre afropesimismo y eurocentrismo”, *Revista Iberoamericana*, vol. 82, n° 254: pp. 123-134.

SENA RODRÍGUEZ, I. (2004): “La tragedia del Estrecho”, en Dolores Soler-Espiauba (ed.): *Literatura y pateras*, Madrid: Akal.

SOLER-ESPIAUBA, D. (2004): “De los Campos de Níjar a los invernaderos de El Ejido”, en Dolores Soler-Espiauba (ed.): *Literatura y pateras*, Madrid: Akal.

TOBIN STANLEY, M. (2019): “Seeing (as) the Eroticized and Exoticized Other in Spanish Im/Seeing (as) the Eroticized and Exoticized Other in Spanish Im/migration Cinema: A Critical Look at the (De)Criminalization of Migrants and Impunity of Hegemonic Perpetrators”, *Studies in 20th & 21st Century Literature*, vol. 43, n° 2 (article 7): pp. 1-26.

Fuentes consultadas

ANDRÉS-SUÁREZ, I. (2004): “Mitos e imágenes de la migración en la literatura española contemporánea”, en Isaías Lerner, Roberto Nival y Alejandro Alonso (eds.): *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, New York: Juan de la Cuesta, vol. 3: pp. 53-63.

BHABHA, H. K. (1990): “Introduction: narrating the nation”, en Homi K. Bhabha (ed.): *Nation and Narration*, Basingstoke: Routledge.

CHARONI, E. (2017): “The Migrant Protagonists in Ignacio del Moral’s *La mirada del hombre oscuro* and José Moreno Arenas’ *La playa*”, *Journal of Arts and Humanities*, vol. 4, n° 2: pp. 57-70.

DOS SANTOS, M. (2018): “Power, rights, freedom, technocracy and postcolonialism in sub-Saharan Africa”, *Acta Academica*, vol. 50, n° 3: pp. 88-101.

ESTÉVEZ HERNÁNDEZ, P. (2015): “Censo y etnicidad en España. Historia de una ausencia”, *Papeles del CEIC*, vol. 2, n° 131: pp. 1-28.

LINO, S. (2019): “Sueños de Tánger: Extraterritorial Basque Crime Fiction on Immigration to Spain”, *Studies in 20th & 21st Century Literature*, vol. 43, n° 2 (article 9): pp. 1-17.

MARTÍNEZ-SÁEZ, C. (2016): “La persistencia de la mirada imperial: Imaginando el colonialismo de la Guinea Española a través del filme *Palmeras en la nieve* (2015)”, *Afro-Hispanic Review*, vol. 35, n° 2: pp. 26-39.

MORAGUES CHAZARRA, Á. (2013): “La novela política. Novelistas españolas del siglo XXI y compromiso histórico”, *Signa*, n° 22: pp. 749-751.

NAGY-ZEKMI, S. y C. ZABUS (2010): “Preface: The Language of Imperial Expansion”, en Silvia Nagy-Zekmi y Chantal Zabus (eds.): *Colonization or Globalization? Postcolonial explorations of Imperial Expansion*, Lanham: Lexington Books.

ODA-ÁNGEL, F. (2007): “España en el África Subsahariana: multilateralismo eficaz”, *Quorum*, n° 19: pp. 87-93.

RENAND, E. (1990): “What is a nation?”, en H. K. Bhabha (ed.): *Nation and Narration*, Basingstoke: Routledge.

ROMERO MORALES, Y. (2018): “De odaliscas, velos, harenes y babuchas: El arquetipo de Sherezade en la narrativa española del siglo XX”, *Lectora*, vol. 24: pp. 223-238).

RONCAGLIOLO, S. (2007): “Los que son de aquí: Literatura e inmigración en la España del siglo XXI”, *Quórum*, vol. 19: pp. 150-167.

SEKA, C. E. (2017): “Exode et immigration dans *Las voces del Estrecho*”, *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, n° 14: pp. 260-281.

TRIGO IBÁÑEZ, E. y M. ZAMBRANO MORENO (2010): “Los clásicos de la literatura española y la inmigración: una propuesta didáctica”, *Revista Internacional de Estudios Migratorios*, vol. 0, n° 3: pp. 55-90.

WIEVIORKA, M. (2009): “La influencia de los medios de comunicación”, en *El racismo: una introducción*, Barcelona: Editorial Gedisa.

ZOVKO, M. (2009): “La imagen del inmigrante en la novela española actual”, *Otras Modernidades*, n° 2: pp. 163-172.

ZOVKO, M. (2010): “Mitología y religión en la narrativa de inmigración: la ilusión de el dorado en la literatura española contemporánea”, *Verba Hispánica*, vol. 18, n° 1: pp. 59-72.